



SR. BIANCHI

SECRETOS Y PODER

AITOR FERRER

SR. BLANCHI



SECRETOS Y PODER

AITOR FERRER

SR. BIANCHI



SECRETOS Y PODER

AITOR FERRER

Primera edición.

Sr. Bianchi. Secretos y poder

©Aitor Ferrer

©agosto, 2024.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Sr. Bianchi. Secretos y poder

©Aitor Ferrer

©agosto, 2024.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)
- [Capítulo 30](#)
- [Capítulo 31](#)
- [Capítulo 32](#)
- [Capítulo 33](#)
- [Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Epílogo](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



ENZO

Me llamo Enzo Bianchi y mi historia no es precisamente convencional. Estoy seguro de lo que digo y a los hechos me remito.

A mis 40 años recién cumplidos acababa de sufrir la dolorosa pérdida de mi padre, Luigi Bianchi, un hombre poderoso y fuerte donde los hubiese que hacía años dejó en mis manos nuestro imperio automovilístico.

Los Bianchi habíamos amasado una fortuna gracias al proyecto que un día puso mi padre en marcha y que dio como fruto una de las más aclamadas marcas del sector del automóvil en Italia.

Mi padre no solo había puesto todo el empeño del mundo en fabricar coches, sino que no dudó en vender su alma al diablo cuando contaba con pocos años de edad y, dado que parecía tener olfato para los negocios (y no poco), forjó la mayor de las alianzas posibles casándose con la hija de Leonardo Ferré, un verdadero portento del sector que, por tanto, se convertiría en su suegro.

Ya desde pequeño intuí que mi padre y mi madre no se amaban. Él se había casado con ella por interés y ella con él por seguir los dictados de su padre, quien vio en su yerno desde el principio a su potencial aliado, uniendo dos de las principales firmas del automóvil, que terminaron fusionadas.

En fin, que en mi casa el dinero siempre sobró, pero no el amor. A pesar de eso y de que entre las principales características de mi padre se encontraba la de ser un hombre tremendamente reservado, siempre intuí que guardaba algún secreto para sí, aunque no su envergadura.

Mis padres se terminaron divorciando a mis 20 años. De hecho, no pudieron hacerlo en un momento más inesperado, ya que nos dieron la noticia en la misma fiesta de mi cumpleaños. Sé bien que no lo hicieron a propósito, sino que mi madre le pilló justo en ese instante en plena conversación telefónica con una amante y la cólera se apoderó de ella.

Desde entonces no es que adorasé yo celebrarlo, pues aquel día salimos todos mal parados y ese se convirtió en un recuerdo imborrable para mí.

Mientras que mi madre se trasladó a vivir a un rincón paradisíaco del Caribe con su nuevo amor, Carlos Alberto, al que conoció en Mónaco en una fiesta y que se enamoró de ella en un santiamén, yo permanecí con mi padre en Roma, donde vivíamos la mayor parte del año, aunque tuviésemos más residencias regadas por distintos puntos de Italia.

No puedo decir que mi padre me diese mala vida en mi juventud ni mucho menos, pero sí que se volvió más reservado y huraño aún. Por mucho que yo rascaba, y lo hacía, no podía dar con el motivo que no le permitía ser feliz.

La marcha de mi madre no es que tuviera que ver con esa repentina tristeza y melancolía que se adueñó de él. Al menos a mí no me lo parecía así.

^s Conforme los años fueron pasando, la cuestión no hizo más que empeorar, ya que mi padre se escondió más detrás de esa coraza que nunca se quitó.

A menudo le sorprendía en conversaciones privadas con personas a las que no conocía de nada, tratando temas que no me contaba y que silenciaba tan pronto se percataba de mi presencia.

Tuve que esperar a verle en su lecho de muerte para que arrojara luz a un asunto que antes no me reveló en lo más mínimo.

—Enzo, hijo, te dejo una fortuna fabulosa y me consta que no eres un hombre ambicioso. Además, has heredado mi olfato para los negocios y el dinero jamás te faltará, más bien te sobraré. Por ese motivo, es justo que busques a tu hermana, te lo ruego—me encomendó.

Me quedé paralizado por completo. No podía entender de qué demonios me estaba hablando, ¿yo tenía una hermana? ¿A qué se refería? Y si era así, ¿dónde estaba? Y es más, ¿dónde se ocultó todos esos años?

A mi padre no le dio tiempo a explicarme demasiado porque murió minutos después de hacerme la confesión que cambiaría mi vida para siempre, la mayor de todas y la que me dio a entender que no solo habíamos vivido en un entorno familiar en el que no reinó el amor, sino en el que lo hicieron los secretos.

En la lectura del testamento, que se produjo unos días después, encontré ciertos datos que podrían conducirme a dar con el paradero de una hermana que se suponía contaba con unos años más que yo.

Por lo que pude saber, su nombre era Adriana, el mismo que el de su madre, quien fue el verdadero amor de juventud de mi padre. La madre de mi hermana, Adriana Vanetto, había servido como asistente en casa de mi abuelo paterno, donde mi padre se enamoró de ella. Mi hermana llevaría no solo su mismo nombre, sino también su apellido, por ser hija de madre soltera.

1

Y si la chica fue madre soltera, tuvo que ver con el hecho de que mi abuelo la pusiera de patitas en la calle el

mismo día que supo que estaba liada con su hijo.

Lo que ignoraba en ese momento, al igual que mi padre, era que Adriana se marchaba embarazada de la casa. Es probable que ni ella misma lo supiera por aquel entonces.

En la mente de mi abuelo, ya estaba la idea de casar a su hijo con mi madre, haciendo fuerza ambas familias, y si alguien sobraba era aquella mujer perteneciente a un entorno muy humilde, que no pintaba nada para alguien con los pocos escrúpulos de aquellos ricos.

Por lo que pude leer en el testamento, mi padre terminó pagando caro el acallar su corazón en aras de la codicia. Un buen día, años después de la marcha de su amada, escuchó un comentario conforme se habría marchado encinta de la casa y habría dado a luz una niña lejos del que un día consideró su hogar.

s

Esa casualidad cambió el rumbo de la existencia de mi padre y, una vez divorciado de mi madre, puso el alma y la vida en intentar dar con el paradero de su hija no reconocida. Y es que, para más inri, Adriana era su primogénita y ni siquiera tuvo constancia de su nacimiento hasta que se dio esa casualidad.

En fin, que el karma le dio a mi padre en toda la cara por avaricioso, por haber dejado a la madre de mi hermana ; por una mujer que no amaba, con la intención de unir dos fortunas que le hicieron inmensamente rico, pero que le empobrecieron el alma.

a

mismo día que supo que estaba liada con su hijo.

Lo que ignoraba en ese momento, al igual que mi padre, era que Adriana se marchaba embarazada de la casa. Es probable que ni ella misma lo supiera por aquel entonces.

En la mente de mi abuelo, ya estaba la idea de casar a su hijo con mi madre, haciendo fuerza ambas familias, y si alguien sobraba era aquella mujer perteneciente a un entorno muy humilde, que no pintaba nada para alguien con los pocos escrúpulos de aquellos ricos.

Por lo que pude leer en el testamento, mi padre terminó pagando caro el acallar su corazón en aras de la codicia. Un buen día, años después de la marcha de su amada, escuchó un comentario conforme se habría marchado encinta de la casa y habría dado a luz una niña lejos del que un día consideró su hogar.

Esa casualidad cambió el rumbo de la existencia de mi padre y, una vez divorciado de mi madre, puso el alma y la vida en intentar dar con el paradero de su hija no reconocida. Y es que, para más inri, Adriana era su primogénita y ni siquiera tuvo constancia de su nacimiento hasta que se dio esa casualidad.

En fin, que el karma le dio a mi padre en toda la cara por avaricioso, por haber dejado a la madre de mi hermana por una mujer que no amaba, con la intención de unir dos fortunas que le hicieron inmensamente rico, pero que le empobrecieron el alma.

Capítulo 2



ENZO

Dediqué meses a dar con la pista que me llevara a conocer el paradero de mi hermana y estaba siendo ciertamente extenuante.

No me resultaba nada fácil tirar de la madeja y ninguna de las mujeres cuyo nombre y apellido coincidían con los de mi hermana, que eran bastante comunes, resultaron ser ella.

Ni siquiera el fruto del trabajo de un par de investigadores privados surtió efecto, ya que parecía habérsela tragado la tierra.

No puedo con las injusticias y cualquiera podría haber pensado que ya había hecho bastante buscándola sin cesar por toda Italia y parte del extranjero, pero yo no lo consideraba así.

De haber vivido como hija de mi padre, Adriana habría gozado de muchos privilegios de los que se vio privada por el egoísmo de otros, y eso era algo que me pesaba como una losa.

Además, que me hacía muchísima ilusión conocer a mi hermana. Nunca quise ser hijo único y, a pesar de que mis padres no me dieron demasiadas explicaciones al respecto, siempre pensé que una vez tuvieron a su heredero en los brazos, o sea, a mí, cabe la posibilidad de que ni volvieran a dormir juntos, pues no voy a decir que su amor se marchitara pronto porque sería otorgarle un matiz romántico a una relación que jamás lo tuvo. Ellos, simplemente no se amaron.

Así las cosas, y como todo tiene un límite y aquello me estaba afectando más de la cuenta, estaba a punto de tirar la toalla cuando una buena mañana de domingo recibí una llamada de teléfono.

—Buenos días, ¿hablo con Enzo Bianchi? —me preguntó una mujer cuya llamada había sido filtrada antes de llegar a mí.

—Con el mismo, ¿quién es usted?

—Adriana Vanetto, creo que me está buscando.

Casi se me cae el teléfono de las manos. La emoción que sentí fue casi infinita y las lágrimas afloraron a mis ojos.

—¿Adriana Vanetto? ¿Usted es mi hermana?

—Me temo que sí, hermano, por lo que creo que deberíamos hablarnos con más cercanía, ¿no te parece?

—Por supuesto. Necesito verte a la mayor brevedad. ¿Dónde vives?

—En Bérgamo, vivo en Bérgamo.

—Ahora mismo me pondré a hacer las gestiones oportunas para ir a visitarte, necesito conocerte. Es una necesidad imperiosa para mí.

—También tengo muchas ganas de conocerte, pero me parece mejor idea que yo misma me desplace a Roma. Quisiera conocer la casa de nuestro padre. Cielos, qué difícil se me hace, se me ha formado un verdadero nudo en la garganta.

—Pues entonces, júntate conmigo. No puedo explicarte lo que estoy sintiendo en estos momentos. Yo, yo...

—Tú no tienes la culpa de nada. Conozco la historia por mi madre. Ella me habló de mi familia paterna durante años, aunque nunca me reveló su verdadera identidad por miedo a que me hicieran daño.

—¿Hacerte daño? Pero eso es llegar demasiado lejos. Sé que nunca deberían haberla apartado de nuestro padre y que él tampoco debió consentirlo. Pero de ahí a pensar que fueran a hacerte daño...

—Entiendo que no quieras ni pensar en ello. Tú fuiste la parte favorecida de esta historia, Enzo. No es momento de discutir nada ni estoy en posición de hacerlo, pero es obvio que pensamos muy distinto.

—¿Por qué dices que no estás en posición de hacerlo? Reconozco que estoy muy emocionado y algo se me escapa. Va a ser eso.

—Pues porque tú eres Enzo Bianchi, dueño de un imperio, y yo no soy nadie. Por eso.

—No digas eso, Adriana, por favor. Todo lo que yo tenga será de los dos en cuanto vengas a Roma y solucionemos todo el papeleo.

—¿Estás seguro de lo que dices? —me preguntó un tanto reacia a creerlo.

—¿Y tú lo dudas? Si no hubiera querido compartir la herencia de nuestro padre contigo no te habría buscado. Tan sencillo como eso. Puede que hubiera traicionado su memoria. Es más, estoy seguro de que lo hubiera hecho, pero

él nada podría haberme recriminado ya.

—No las tengo todas conmigo respecto a que te recriminase nada, la verdad. Pero bueno...

—Creo con sinceridad que papá sufrió mucho con la marcha de tu madre, Adriana.

—Está bien, está bien, como tú digas. Supongo que necesitarás pruebas fehacientes de que soy tu hermana. De otra forma, cualquiera podría llamarte para contarte una milonga.

—Bueno, todo se andará... Pero es cierto que me quedaría más tranquilo. Eso sí que no puedo negártelo.

d—Estoy dispuesta a someterme a las pruebas en cuanto llegue a Roma. Ten presente que soy la primera interesada en clarificar una situación que, de otro modo, podría resultarme de lo más incómoda.

—Mi querida Adriana, créeme cuando te digo que lo último que deseo es que te encuentres incómoda entre nosotros. Ojalá demos con la fórmula para que pronto te sientas como en casa, ¿qué digo como en casa? ¡¡Es que se trata de tu casa!!

—Bueno, bueno—añadió en un tono algo arisco—. Lo que sí quiero comentarte es que me veo en la necesidad de viajar hasta allí con mi hermana Nicole. Ella es joven, mi madre la tuvo un buen puñado de años después de que naciera yo, y cuando ella falleció, se quedó a mi cargo. Es así porque se trata de una chica un poco retraída y...

—¿Tienes una hermana? ¡¡La familia crece!! Cielos, me hace mucha ilusión conocerla también. Y ahora dime, ¿cuándo vendréis?

—En un par de días estaremos allí. Ella es muy buena chica y no te preocupes, porque no nos creará problema alguno.

—No se me había pasado por la cabeza que lo hiciera, no creo que se trate de una cría muy pequeña y, aunque así fuera, dudo mucho que me causara ningún contratiempo. Los niños me encantan.

—No, mi hermana ya ha cumplido los 25. ¿Tienes hijos?

—Sí, tengo un niño y una niña. Para mi desgracia, viven con su madre en Bruselas. Me hubiera encantado poder criarlos más de cerca, pero cuando nos separamos ella, que es abogada, se marchó por motivos de trabajo, aunque supusiera en la práctica separarme de mis hijos.

—Entiendo, las raíces son muy importantes.

—Lo siento, creo que he hablado de más. Espero no haberte causado ningún daño.

,

—¿Más daño? No, créeme que eso no es posible.

—Lo siento tanto, Adriana. Ojalá yo pueda compensarte en algo por todo lo que has tenido que pasar.

—Puede que sí, ya se verá—me contestó en un tono áspero porque no es que se tratase precisamente de la alegría de la huerta.

A esa mujer se le notaba que la vida no la había tratado bien y que estaba como enfadada con el mundo. Era de justicia entenderla. No debe ser plato de buen gusto saber que te han relegado a un segundo plano, que tu madre no le interesó a nadie, que fue echada a patadas y que eso implicó que el fruto de su vientre no corriera mejor suerte.

1

He de decir en honor a la verdad que sentía mucha vergüenza ajena. Uno no es culpable de lo que hayan hecho sus padres, como tampoco puede serlo de los actos de los hijos, pero pese a ser consciente de ello no podía evitar sentir algo contradictorio en mi interior.

Mi hermana vendría a casa y lo haría acompañada de quien también era la suya. Lo asumí como si a mi árbol genealógico, de repente, le hubieran salido ramas.

Me considero un hombre muy familiar y el hecho de que mis hijos vivieran lejos de mí no lo llevaba demasiado bien. La vida dispone la partida, pero tú juegas tus cartas... Eso es muy cierto, aunque también lo es que en el reparto de las cartas influye la suerte.

No me consideraba un hombre desafortunado, tampoco se trataba de eso, aunque he de confesar que estaba pasando por horas bajas. No siempre es fácil asumir las consecuencias de nuestros actos y, al menos, me quedaba con la sensación de que con respecto a mi hermana lo había hecho bien, dejándome la piel en encontrarla.

Respiré profundo y llegué a la conclusión de que había cumplido con la tarea que me encomendó mi padre. Él pagó en este mundo por lo que había hecho, al no tener la posibilidad de hallar a su hija. Todo el mal que se hace, lo normal es que nos sea devuelto. Y, a veces, hasta multiplicado.

—¿Más daño? No, créeme que eso no es posible.

—Lo siento tanto, Adriana. Ojalá yo pueda compensarte en algo por todo lo que has tenido que pasar.

—Puede que sí, ya se verá—me contestó en un tono áspero porque no es que se tratase precisamente de la alegría de la huerta.

A esa mujer se le notaba que la vida no la había tratado bien y que estaba como enfadada con el mundo. Era de justicia entenderla. No debe ser plato de buen gusto saber que te han relegado a un segundo plano, que tu madre no le interesó a nadie, que fue echada a patadas y que eso implicó que el fruto de su vientre no corriera mejor suerte.

He de decir en honor a la verdad que sentía mucha vergüenza ajena. Uno no es culpable de lo que hayan hecho sus padres, como tampoco puede serlo de los actos de los hijos, pero pese a ser consciente de ello no podía evitar sentir algo contradictorio en mi interior.

Mi hermana vendría a casa y lo haría acompañada de quien también era la suya. Lo asumí como si a mi árbol genealógico, de repente, le hubieran salido ramas.

Me considero un hombre muy familiar y el hecho de que mis hijos vivieran lejos de mí no lo llevaba demasiado bien. La vida dispone la partida, pero tú juegas tus cartas... Eso es muy cierto, aunque también lo es que en el reparto de las cartas influye la suerte.

No me consideraba un hombre desafortunado, tampoco se trataba de eso, aunque he de confesar que estaba pasando por horas bajas. No siempre es fácil asumir las consecuencias de nuestros actos y, al menos, me quedaba con la sensación de que con respecto a mi hermana lo había hecho bien, dejándome la piel en encontrarla.

Respiré profundo y llegué a la conclusión de que había cumplido con la tarea que me encomendó mi padre. Él pagó en este mundo por lo que había hecho, al no tener la posibilidad de hallar a su hija. Todo el mal que se hace, lo normal es que nos sea devuelto. Y, a veces, hasta multiplicado.

Capítulo 3



NICOLE

Mi nombre es Nicole y en ese momento estábamos llegando a Roma.

Miraba a Giulia y me costaba trabajo creer que lo estuviéramos haciendo. Soy la hermana pequeña de la mujer que estaba dispuesta a estafar a Enzo Bianchi y eso me dolía.

A mis 25 años me consideraba una chica con principios y lo que mi hermana Giulia estaba a punto de hacer me parecía cualquier cosa menos algo decente, ¿en qué momento habíamos llegado a ese punto?

No voy a negar que nosotras no habíamos tenido suerte en la vida y que nos tocó pasarlas canutas, pero eso no justificaba nada de lo que ella tenía en mente.

Giulia, quien ya me había prohibido por completo llamarla por su verdadero nombre por si se me escapaba en algún lugar inconveniente, se había convertido de la noche a la mañana en la enemiga número uno de Enzo Bianchi, alguien que estaba demostrando tener buen corazón y que no se lo merecía.

Supongo que por aquel entonces ni me sorprendía tanto, porque casi se me había metido en la cabeza que basta con que seas buena gente para que te las den todas en el mismo lado. Que me lo contasen a mí.

Mi hermana y yo fuimos víctimas de unos padres atormentados. Él terminó muriendo muy joven con el hígado destrozado por el alcohol, algo que nuestra madre creo que hasta agradeció, puesto que su marido tenía la mano muy larga y más cuando bebía, que era noche sí y noche también.

Entre mi hermana y yo había una gran diferencia de edad, unos 18 años. Cuando nuestro padre murió, nuestra madre subsistió prostituyéndose y Giulia siguió su estela.

Supongo que mi hermana tuvo que vivir mil situaciones desagradables para comenzar a detestar a los hombres como lo hizo. No la culpo de absolutamente nada en ese sentido, pues soy consciente de que su debut en el mundo de los adultos fue cualquier cosa menos agradable.

Un tiempo después de que ambas hicieran la calle, una buena noche llamaron a casa y me dieron la noticia de que

un cliente puesto hasta las cejas de todo había apuñalado a mi madre. Llegué a lo justo al hospital para despedirme de ella. A mi hermana no le dio tiempo.

De nuevo se nos arruinaba la vida, aún más. Adriana se sumió en un dolor espantoso y más odio generó hacia los hombres. Quizás fue por ello que pronto la vi acompañada, en sus ratos libres, de mujeres con las que adoptaba una actitud que indicaba que entre ambas había nacido algo más que una amistad.

Mi hermana no es que fuese precisamente cariñosa, sino bastante arisca. Creo que un papel de lija a su lado podría considerarse suave, si bien tampoco puedo culparla de eso en concreto, aunque sí lo haría de otras cosas que vinieron después.

Con los años, conoció a la verdadera Adriana Vanetto, quien se convertiría en su pareja. Ella era la mujer a la que con tanto ahínco buscaba Enzo Bianchi y a quien ya os adelanto que no encontraría, no al menos en el mundo de los vivos.

Adriana le contó a mi hermana que odiaba con todo su ser a Luigi Bianchi, el padre de Enzo y el suyo propio, ya que su madre no tuvo cabida en su vida y la echaron a patadas de la casa en la que trabajaba al saber de su lío con Luigi.

Mi hermana se enamoró totalmente de Adriana y maldijo a los Bianchi. Esa chica había vivido toda su vida con su madre y apenas conoció mundo. Lo hizo en un recóndito pueblecito muy cercano a Bérgamo, donde a la muerte de su madre generó una serie de deudas porque no estaba acostumbrada a valérselas por sí misma.

Mi hermana pasó por aquel pueblo casi por casualidad y paró en la única gasolinera de los alrededores. Allí había comenzado Adriana a trabajar como dependienta. Ella siempre vivió a la sombra de su madre, que se ganó la vida como costurera y a la que ayudaba con los arreglos. Hasta que esta murió y las deudas la obligaron a tratar de salir de su zona de confort.

Mi hermana fue toda la vida lo que puede decirse una bala perdida y no era la primera vez que tenía problemas con la justicia, esa es la verdad. También lo es que se enamoró de Adriana en el mismo momento en el que la conoció y que quiso ayudarla al escuchar que debía pasta a más de un vecino del pueblo.

Ella fue quien le propuso a Adriana el atraco de la gasolinera o, mejor dicho, el simulacro de atraco. Mi hermana actuaría como ladrona y la otra haría ver que, muerta de miedo, no tuvo más remedio que entregarle toda la pasta que había en la caja.

Con lo que no contaban ninguna de las dos fue con el hecho de que un policía vecino del pueblo entrase en ese momento y redujera a mi hermana. Muerta de miedo, Adriana cantó y dijo que todo era una farsa, un argumento que no le valió para nada pues ambas fueron derechitas a chirona.

Mi hermana no era la primera vez que pisaba una prisión pero para Adriana supuso un total impacto. A pesar de que ella juró protegerla y que lo hizo hasta las últimas consecuencias allí entre barrotes, Adriana terminó

enfermando del corazón, pues una chica sencilla como ella se vio metida en un marrón de la noche a la mañana que no pudo soportar.

El corazón de Adriana se paró de repente una noche en la que nada pudieron hacer en la cárcel por reanimarla. Fue la misma noche en la que el corazón de mi hermana se partió.

Cuando Enzo Bianchi comenzó con su búsqueda, algo de lo que se hicieron eco los medios, a mi hermana la pilló en pleno luto y entonces fue cuando juró venganza hacia un hombre que ningún mal le había hecho, pues Enzo solo era el hermano de Adriana y alguien que no supo de su existencia hasta que su padre se lo confesó cuando ya tenía una pierna en el otro mundo.

Ese argumento de nada le valía a ella, quien estaba dispuesta a llegar hasta las últimas consecuencias. No solo planeaba quedarse con la parte del dinero que le correspondiera a su amada Adriana, sino arruinarle la vida a Enzo en todos los aspectos. Solo así se habría vengado de Luigi Bianchi, el padre de Adriana, y también de Enzo.

1

r

enfermando del corazón, pues una chica sencilla como ella se vio metida en un marrón de la noche a la mañana que no pudo soportar.

El corazón de Adriana se paró de repente una noche en la que nada pudieron hacer en la cárcel por reanimarla. Fue la misma noche en la que el corazón de mi hermana se partió.

Cuando Enzo Bianchi comenzó con su búsqueda, algo de lo que se hicieron eco los medios, a mi hermana la pilló en pleno luto y entonces fue cuando juró venganza hacia un hombre que ningún mal le había hecho, pues Enzo solo era el hermano de Adriana y alguien que no supo de su existencia hasta que su padre se lo confesó cuando ya tenía una pierna en el otro mundo.

Ese argumento de nada le valía a ella, quien estaba dispuesta a llegar hasta las últimas consecuencias. No solo planeaba quedarse con la parte del dinero que le correspondiera a su amada Adriana, sino arruinarle la vida a Enzo en todos los aspectos. Solo así se habría vengado de Luigi Bianchi, el padre de Adriana, y también de Enzo.

Capítulo 4



El alma se me cayó a los pies cuando llegamos a aquella casa en la que Enzo Bianchi nos recibió a bombo y platillo, prácticamente.

A mi corta edad no estaba acostumbrada a que nadie nos tratase con tanta efusividad. Nosotras nunca habíamos tenido tanta suerte.

Yo miraba a Giulia y no la reconocía. Su aspecto, que era bastante macarra por naturaleza, había cambiado al llegar a Roma, y lucía uno mucho más formal.

Yo vestía como siempre, de modo informal... Unos jeans, una camiseta blanca, el pelo recogido y unas sandalias cómodas.

Enzo Bianchi... Eso ya era otra cosa. En mi vida tuve delante a un hombre más elegante. No es que nos recibiera vestido de esmoquin, como es lógico, pero solo el apresto de su camisa y el desorbitado precio que debían tener sus zapatos eran ya para flipar.

Y luego estaba lo de su casa... Una de esas que hasta la fecha yo solo había visto a través de una pantalla. Siempre estuve a la sombra de Giulia, quien manejó a su antojo los hilos de mi vida. Sé que eso es absurdo y que no tengo justificación, pero hubo un hecho que marcó un antes y después en mi joven existencia que provocó que mi hermana mayor quisiera defenderme a capa y espada, como si yo fuese incapaz de hacerlo sola.

Hablaré de ese hecho más adelante porque he de reunir fuerzas para hacerlo. Mientras, os contaré que Enzo Bianchi no solo me pareció el maduro más atractivo del planeta, con su complexión fuerte y su pelo moreno cuyo monopolio del color era roto por unos ojazos verdes como un par de esmeraldas situadas bajo su frente.

Sus múltiples cualidades no se reducían a lo físico. También era un tipo amable donde los hubiese que recibió a su supuesta hermana con una emotividad difícil de describir.

A Giulia le costaba mantener el tipo, no gritarle a la cara que le consideraba el responsable de la muerte de su querida novia, pero debía hacerlo porque era consciente de que si existe en este mundo un plato que se sirve frío, ese es la venganza.

Nadie más que ella fue la verdadera culpable de que esa chica se metiera en problemas, pero Giulia nunca lo vería así. Ella era cabezota y rencorosa. Mi hermana solo veía lo que le interesaba ver y la manipulación formaba parte de su vida.

A la vista estaba. Allí me encontraba yo, sin haber sido capaz de contradecirla en ningún momento, haciendo lo que se le antojaba.

Bien sabe Dios que traté de disuadirla cuando me contó su disparatado plan de suplantar la identidad de Adriana Vanetto. También sabe que me faltaron las fuerzas para abandonarla cuando me dijo que “te advierto que tienes que situarte conmigo o contra mí”. Ojalá hubiese sido capaz de dejarla colgada en ese momento, pero me moría de miedo. Sin mi madre, ella era mi único referente en la vida y mis temores pudieron a mis ganas de abandonarla.

Yo amaba a Giulia, pero ella a mí no, ese era el problema. Deseaba cambiarla, para bien, mientras ella quería hacer lo mismo conmigo, pero para mal; moldearme como si fuera un títere con la falsa excusa de que todo me iría genial mientras le hiciera caso.

—Por fin estáis aquí, querida hermana—la abrazó Enzo nada más llegar y yo detecté el asco en los ojos de ella mientras le devolvía el más forzado de los abrazos.

En cuanto tuvo la oportunidad sin despertar sospechas, se apartó de él.

—Sí, Enzo, por fin. Parece que todo llega—le comentó mientras echaba un vistazo al fabuloso palacete en el que vivía su “hermano” —. Te presento a Nicole, mi hermana pequeña. Ya te dije que vendría conmigo.

—Por supuesto. Estoy encantado de recibirte también, Nicole—me comentó dándome un beso en la mano, algo que me pareció tan elegante como surrealista porque jamás me había sucedido.

—Quiero darle las gracias por su amabilidad—me salió del alma y Giulia me miró de soslayo, pues me conocía lo suficientemente bien como para saber que las palabras me salían del alma y que las pronunciaba de corazón.

—No hay de qué. Y otra cosa, sé que debo parecerle un tipo muy mayor—me comentó aquel cuarentón que estaba para chuparse los dedos—, pero también debes saber que terminaré deprimido si vuelves a hablarme de usted.

—Está bien, está bien, lo siento. Te llamaré Enzo.

¹

—Mucho mejor así, Nicole. Y ahora, si me hacéis el favor de entregarme el equipaje, haré que lo lleven a vuestras habitaciones.

—No, gracias. Mi maleta prefiero llevarla yo—le contestó Giulia, quien era tremendamente desconfiada y quien llevaba en esa maleta una especie de “seguro de vida”. Ella se entendía.

El mismo Enzo Bianchi nos condujo hacia un par de dormitorios de invitadas que eran para perder el norte. Yo jamás me había alojado en un lugar así y me sentí maravillada.

—No es necesario, podemos dormir las dos en el mismo—le indicó Adriana, a quien le encantaba dar órdenes.

—No lo dudo, si bien no tendría ningún sentido con la cantidad de ellos vacíos que hay. Así estaréis más cómodas, como es mi deseo. Y ahora, si os parece bien, podéis tomar una ducha antes del almuerzo.

—A mí me parece—le comenté y mi hermana me miró. Ella tenía la habilidad de siempre de hacerme callar con solo una maldita mirada.

Nada más irse Enzo, me advirtió. Se había quedado conmigo en el dormitorio en el que me alojaría para darme las oportunas instrucciones.

—Ojo con ser demasiado complaciente con él. Recuerda que estamos aquí para joderle la vida y no para bailarle el agua.

No habría osado replicarle nada porque en el fondo le temía. Temía sus desquiciadas y violentas reacciones, porque Giulia podía llegar a perder el control de un momento para otro. Y hasta sacar a pasear la mano si le daba por ahí.

Solo hubiese faltado que algo de eso ocurriese en aquella mansión en la que fuimos tan bien recibidas y en la que tomé una ducha de lo más reconfortante antes de bajar a disfrutar de ese almuerzo con el que nos agasajaron.

,

a

s

El mismo Enzo Bianchi nos condujo hacia un par de dormitorios de invitadas que eran para perder el norte. Yo jamás me había alojado en un lugar así y me sentí maravillada.

—No es necesario, podemos dormir las dos en el mismo—le indicó Adriana, a quien le encantaba dar órdenes.

—No lo dudo, si bien no tendría ningún sentido con la cantidad de ellos vacíos que hay. Así estaréis más cómodas, como es mi deseo. Y ahora, si os parece bien, podéis tomar una ducha antes del almuerzo.

—A mí me parece—le comenté y mi hermana me miró. Ella tenía la habilidad de siempre de hacerme callar con solo una maldita mirada.

Nada más irse Enzo, me advirtió. Se había quedado conmigo en el dormitorio en el que me alojaría para darme las oportunas instrucciones.

—Ojo con ser demasiado complaciente con él. Recuerda que estamos aquí para joderle la vida y no para bailarle el agua.

No habría osado replicarle nada porque en el fondo le temía. Temía sus desquiciadas y violentas reacciones, porque Giulia podía llegar a perder el control de un momento para otro. Y hasta sacar a pasear la mano si le daba por ahí.

Solo hubiese faltado que algo de eso ocurriese en aquella mansión en la que fuimos tan bien recibidas y en la que tomé una ducha de lo más reconfortante antes de bajar a disfrutar de ese almuerzo con el que nos agasajaron.

Capítulo 5



Giulia no tenía ni un pelo de tonta. No solo sabía por boca de su fallecida novia un montón de detalles con los que hacerse pasar por ella, sino que en los últimos días estuvo investigando todo lo que pudo.

Por esa razón, contaba con todas las armas para suplantar la identidad de esa pobre chica, incluso contando anécdotas en la mesa sobre su madre. El mayordomo, Federico, tenía más años que un bosque y llevaba toda la vida al servicio de los Bianchi. Él había conocido a la madre de Adriana y pudo corroborar muchos de los aspectos que ella contó.

Enzo la creía a pies juntillas y asentía maravillado cuando Federico le daba la razón.

—Y ahora es cuando podemos brindar por fin. Doy gracias a la vida por haberte encontrado, hermana—le dijo al final del almuerzo.

—Y yo también le doy gracias por haberte encontrado a ti—le soltó ella con toda la sorna.

Yo, que la conocía muy bien, entendí que bien podía haberle puesto la coletilla de “y por desplumarte”.

Me daba mucha pena la situación. Sobre todo, porque veía que se trataba de un hombre que no solo estaba bueno, haciendo la broma, sino que lo era y que no se merecía ser la parte engañada de una historia de la que podía salir muy mal parado.

En fin, que todos tuvimos que brindar y que mi hermana me hizo el oportuno gesto para que adoptase una mueca más alegre que, a priori, como que no me salía para nada. Eso me daba una pena tremenda, pero no tenía más remedio que seguirle la corriente y así lo hice.

Enzo no paraba de hablar. Se le notaba muy contento. Para él se trataba de todo un hallazgo.

—Siempre quise tener un hermano o una hermana, Adriana. Ojalá hubiese sabido antes de tu existencia. Lamento mucho que no fuese así y también lamento todo lo malo que hayas tenido que pasar en la vida a consecuencia de ello. Sé que aquí lo habrías tenido todo infinitamente más fácil, pero te prometo que trataré de compensarte cuanto pueda.

Si él supiera... Ni ella era su hermana ni jamás él podría compensarla por la pérdida de su novia. Giulia solo buscaba venganza y no pararía hasta conseguirla.

Me atraganté con la copa de champán tan pronto vi la miradita que ella le dirigió. Se trataba de una mirada perversa que él no supo identificar, pero yo sí, porque la conocía como a la palma de mi mano. Giulia le miraba con odio que debía contener por fuerza, pero que no dejaba de ser un tremendo odio.

Tras el almuerzo, se vino conmigo a mi dormitorio.

—Le tengo en el bote. El muy imbécil se lo ha creído todo. Te juro que me las va a pagar. Se lo prometí a Adriana y me las va a pagar. No pararé hasta que todo lo suyo sea mío, hasta verle hundido en la miseria, hasta haberle devuelto todo el daño que me ha hecho.

—Giulia, creo que nada de esto tiene sentido. Deberíamos replanteárnoslo, ¿y si te pillan? Volverías a la cárcel, ¿es eso lo que quieres? —le pregunté con lágrimas en los ojos porque todo aquello me ponía muy mal.

—Ni se te ocurra llorar, ¿es que no te harás fuerte nunca en esta puta vida? Qué harta estoy de ti, Nicole. Ojalá te parecieras en algo a mí, ojalá.

—No me digas eso, por favor. Yo soy como soy, y no puedo evitarlo.

—Eres una blandengue y así te va. No puedo soportarte. Ni se te ocurra joderme el plan o me las pagarás todas juntas tú también. Adriana sabe que estoy aquí para hacer justicia. Ella nunca debió morir. Si hubiera llevado desde el principio la vida que se merecía...

Yo me identificaba mucho con Adriana. Ella nunca había salido de la sombra de su madre hasta que esta murió. Era débil de carácter. Y a mí me estaba pasando lo mismo... Yo no salía de debajo del ala de mi hermana, con la diferencia de que su influencia me estaba resultando totalmente nefasta.

En resumidas cuentas, que estaba jodida. Si hubiera visto algún resquicio por el que escapar de esa situación lo habría hecho. Pero me sentía presa de ella, presa por completo.

—Ya vale, Giulia—le pedí y entonces sí que me tocó la cara.

—Que sea la última vez que te diriges por ese nombre a mí en esta casa, ¿me estás oyendo? Ahora me llamo Adriana, no se te ocurra olvidarlo.

Me llevé la mano a la mejilla, la cual me ardía. El carácter de mi hermana era de lo más complicado y eso era algo que yo sabía de sobra. De seguir a su lado, no pararía de hacerme daño jamás y, sin embargo, yo me sentía incapaz de dar un paso adelante para abandonarla.

La siguiente jugada ya la tenía en mente: debía salir con una prueba positiva de paternidad en el bolsillo que le asegurara el poder usar el apellido Bianchi con todas las de ley, es decir, que la convirtiese en “hermana” de Enzo

Para ello, le valdrían unos pelos que arrancó de Adriana cuando esta murió. En aquel entonces, un par de meses atrás (dado que todo estaba sorpresivamente reciente), Giulia no lo hizo a propósito. Simplemente, la desesperación por su fallecimiento hizo que tirase de su pelo y se llevara unos cuantos, los cuales guardó como recuerdo. Un recuerdo que le valdría poco más adelante para el logro de sus propósitos, quién se lo iba a decir.

La siguiente jugada ya la tenía en mente: debía salir con una prueba positiva de paternidad en el bolsillo que le asegurara el poder usar el apellido Bianchi con todas las de ley, es decir, que la convirtiese en “hermana” de Enzo.

Para ello, le valdrían unos pelos que arrancó de Adriana cuando esta murió. En aquel entonces, un par de meses atrás (dado que todo estaba sorprendentemente reciente), Giulia no lo hizo a propósito. Simplemente, la desesperación por su fallecimiento hizo que tirase de su pelo y se llevara unos cuantos, los cuales guardó como recuerdo. Un recuerdo que le valdría poco más adelante para el logro de sus propósitos, quién se lo iba a decir.

Capítulo 6



Al día siguiente, Giulia se levantó con las ideas muy claras.

—Necesito que vayamos hoy—le comentó a un asombrado Enzo, que puso cara de circunstancias nada más escuchar su propuesta.

—¿Te refieres a hacer la prueba? ¿Estás pensando en que dudo de ti? Espero que no sea así porque me dolería, creo haberte dado sobradas muestras de que sé que eres mi hermana. Solo escucharte hablar de tu madre... Sabes cosas de ella y de mi padre que ni yo sabía, ¿acaso necesito más prueba que esa?

A mí se me erizaba la piel cada vez que comprobaba la mucha confianza que Enzo depositaba en mi hermana. Si él supiera cuánto mal podría hacerle y también a los suyos. La piel se me ponía de gallina solo de pensarlo.

—Ya, ya lo sé y tú no sabes cómo te lo agradezco, pero aquí hay demasiado en juego. No lo hagas solo por ti. Piensa en tus hijos, ellos son tus herederos y es importante que tengas la total seguridad.

—Es muy loable por tu parte lo de pensar en mis hijos.

—Al fin y al cabo, son mis sobrinos. No se te olvide. Y, por cierto, lástima que no estén aquí para conocerlos también.

—Ya te comenté que Ginevra y Mateo viven en Bruselas con su madre. Pero por supuesto que los conocerás, lo estoy deseando.

—Muy bien, pero para entonces espero que todas las posibles dudas legales están resueltas. Aquí tienes el informe médico que certifica que, en mi caso...

—Ya, lo de tu problema con la producción de saliva, me lo comentaste—le contestó al coger el informe que mi hermana había conseguido que le falsificaran—. No hay problema, me han comentado que bastará con una muestra de ADN procedente del pelo.

—De ese sí tengo bastante—bromeó ella, haciendo de tripas corazón, enseñándole su impresionante melena, la cual movió. Siempre tuvo muy buen pelo. En su caso, era muy negro y en el mío rubio.

Giulia y yo, pese a ser hermanas, no nos parecíamos ni en el blanco de los ojos, como se suele decir. Ni en el físico ni en el carácter. Yo la consideraba una mujer muy guapa y a mí menos, con un aspecto más aniñado que nunca supe contrarrestar y que me fastidiaba.

Ella solía mofarse diciendo que todo me sucedía por mi falta de carácter, que ni siquiera servía para sacarme partido. Solía ser muy cruel conmigo, aunque ya no me llamaba tanto la atención porque llevaba haciéndolo toda la vida y, por ello, mi corazón como que estaba amortiguado.

Lo tenía todo pensado. Se había inventado lo de su problema con la saliva para lograr una prueba en la que aportase pelo. Nunca fue tonta, solo maquiavélica.

Para Enzo se trataba de un trámite que no le hacía sentir nada cómodo, era obvio. Por eso, le dio la razón en que cuanto antes terminasen con él, mucho mejor.

Su padre había dejado muestras también muestras antes de morir, depositadas en la lujosa clínica a la que solía acudir, para que su heredero pudiese corroborar la certeza de las palabras de la persona que dijera ser hija suya, si es que llegaba a aparecer.

Y sí, había aparecido, solo que Enzo no sabía que mi hermana era una impostora y más tóxica que el mismísimo mercurio. De manera que todos nos dirigimos a la clínica donde nos estaban esperando para realizar la prueba.

—No tengo ninguna duda, de verdad, aunque entiendo que tú te sientas mejor si lo hacemos. Eres hija de nuestro padre y quieres poder demostrarlo, eso habla muy bien de ti—le decía Enzo.

El trayecto que estábamos recorriendo en coche y durante el cual él hablaba así se me hizo interminable. Yo me sentí fatal, pero nada podía hacer por sacarle de su error. Ojalá me hubiese sentido una persona libre para tomar mis propias decisiones, algo que nunca ocurrió.

Aparte, que yo a mi hermana le debía prácticamente la vida, eso también lo iréis descubriendo. Ella juró protegerme siempre y, a su diabólica manera, lo hacía. Incluso el día más complicado de todos, ese en el que cambié para siempre, fue su certera intervención la que logró que pudiera contarlo, pues de otro modo quizás me habrían matado.

2

En fin, que yo la miraba incrédula porque me costaba trabajo pensar que lo hubiera hecho, que realmente estuviera allí.

No exagero si digo que mi relación con Giulia era de total sometimiento y a ello le daba vueltas cuando Enzo por fin paró el coche y nos indicó que habíamos llegado.

Tomé aire porque no era moco de pavo lo que debíamos hacer allí. Todo estaba planificado para que diéramos el

cambiarlo en un momento determinado. Ella me advirtió con la mirada. Lo habíamos ensayado varias veces, pues de la compenetración entre ambas dependía que pudiéramos llevarlo a buen puerto.

Enzo nos miraba de esa forma tan limpia que lo cristalino y verde de sus ojos se clavaba en mi retina. Me dolía pensar en que fuésemos a engañarle como si fuera un memo, cuando él había depositado toda su fe en nosotras y sin reservas.

cambiazó en un momento determinado. Ella me advirtió con la mirada. Lo habíamos ensayado varias veces, pues de la compenetración entre ambas dependía que pudiéramos llevarlo a buen puerto.

Enzo nos miraba de esa forma tan limpia que lo cristalino y verde de sus ojos se clavaba en mi retina. Me dolía pensar en que fuésemos a engañarle como si fuera un memo, cuando él había depositado toda su fe en nosotras y sin reservas.

Capítulo 7



Llegamos y nos trataron como a reyes. Bien se notaba que Enzo era uno de sus pacientes VIP, aunque esa clínica solo la pisaba gente de nivel, eso era obvio.

Lo tenían todo preparado para contrastar las muestras. Tal como habíamos ensayado, tiraron del pelo de mi hermana con unas pinzas y colocaron los que arrancaron en un lugar a salvo de contaminación.

En ese preciso instante, ella hizo como que sufrió un ligero desvanecimiento y todos corrieron en su dirección. Yo aproveché para tomar las pinzas y cambiar la muestra de cabello de Giulia por la de Adriana para que así se obrara el milagro y ella pudiera salir victoriosa de aquella pantomima.

Yo sabía de sobra que había obrado fatal, pero no me quedaba otra. Mi hermana me miró de soslayo y yo le hice un ligero gesto afirmativo para que se tranquilizara: estaba hecho.

—Lo siento muchísimo, qué apuro. Ha debido ser por la emoción. Saberme hija de Luigi Bianchi me hace mucha ilusión y los nervios han terminado por apoderarse de mí. Ya me estoy sintiendo mejor.

—¿Quieres un poco de agua, hermana? —le preguntó Enzo, tan amable y cortés como era con ella.

—Sí, por favor, a ver si se me termina de pasar. De veras que lo siento.

—No tienes que sentir nada. Es normal lo de la emoción. Yo también estoy muy emocionado—le comentó él.

Y yo estaba asqueada, pues no era para menos. Ella cumplió con su papel de fábula, pero yo me sentía como una rata de cloaca engañando así a Enzo, quien se portaba de maravilla con ambos.

Cuando por fin pareció recuperada, nos comentaron en el laboratorio.

—Lo normal es que los resultados de una prueba de este tipo tarden bastante, pero siendo para vosotros, Enzo, haremos una excepción. Si sois tan amables de permanecer por aquí un rato, procuraremos deciros a la mayor brevedad.

—Un millón de gracias, sé que para mi hermana es muy importante tener la confirmación cuanto antes—les decía

él.

—Pero vamos, que él no lo duda, ya me ha llamado hermana—quiso ella meter baza para quitarle hierro al asunto

—Si es que lo siento así. No sé si será la llamada de la sangre o qué, pero no tengo ninguna duda de que el resultado será positivo.

En aquella clínica contaban con unos laboratorios de última generación que sí que iban a arrojar un resultado positivo, pero gracias a las artimañas de Giulia, quien andaba feliz por los pasillos como un gorrino en un charco.

Yo solo quería pensar que Enzo tuviera más vista para otras cosas que para esa, porque desde luego que se la estábamos dando con queso. Y encima nos trataba con esa increíble amabilidad, como si fuésemos lo mejor que le hubiera podido pasar en la vida.

A mí la camisa no me llegaba al cuerpo. Soy muy mala para mentir y allí tendría que interpretar un papel de Óscar, solo que sin alfombra roja, periodistas ni vestidos glamurosos.

^a Sinceramente, me subía por las paredes. Si hubiera visto alguna posibilidad de escapar de todo aquello y no mirar atrás, lo habría hecho. Mi problema era que no conocía más vida que esa que viví al lado de mi hermana y mi mundo terminaba donde comenzaba el suyo.

Me llamaba la atención la manera en la que podía enredar. Sin ser para nada una persona simpática, le sacaba conversación y él la escuchaba embelesado por eso de que era su “hermana”.

Ella se hacía la dueña de la situación, procuraba llevar la voz cantante en las conversaciones y se hacía la interesante todo lo que podía y un poco más. Siempre le gustó actuar así y se sentía como pez en el agua, pues daba la impresión de que a él le encantaba cederle todo el protagonismo.

Nos quedaba allí un buen rato y él nos invitó a tomar un café en el bonito jardín de la clínica, donde ciertos pacientes (los que tenían la suerte de estar mejor) tomaban el solecito en las cucas mesas.

—Yo estoy que no me lo creo. Todo esto es tan emocionante. Quién me lo iba a decir—argumentaba ella y yo pensaba que no había una mujer más falsa sobre la Tierra.

Pasamos allí un buen rato hasta que por fin nos llamaron.

—Se trata de los momentos más emocionantes de mi vida—murmuró Enzo.

—Y de la mía—le correspondió ella.

Nos entregaron los resultados en un sobre cerrado por privacidad. Giulia lo sostenía y nos miraba con cara de

expectación total, ¿cómo podía salirle con tanta naturalidad?

—Por favor, abre el sobre ya, lo necesito—le pidió Enzo.

—Está bien, hermanito—respondió ella sarcástica y entonces procedió.

Abrió el sobre e hizo como que se le iluminaba el rostro.

—Hermanos, hermanos para siempre—se volvió hacia él, a quien se le escapó una lágrima.

—¿Ya es oficial? ¿Lo somos? Menuda alegría acabas de darme, ¡¡eres la mejor!! No lo he dudado en ningún momento, desde que te pusiste en contacto conmigo.

—Pues sí, es lo que hay. Supongo que uno siente la llamada de la sangre—comentó todavía más falsa, a mí es que me mataba escucharla.

No era tonta y me conocía muy bien. Giulia era capaz de leer mis pensamientos con tan solo mirarme, por lo que buscó mi apoyo.

—¿No lo ves igual, Nicole? Eso es lo que nos sucede a ti y a mí, lo hemos hablado en ocasiones, ¿cierto?

—Cierto—hube de asentir porque de otro modo hubiera activado la furia asesina en su mirada. Su carácter era muy fuerte y yo desde siempre evitaba los enfrentamientos con ella.

—Esto hay que celebrarlo, hay que celebrarlo—le comentó Enzo mientras la tomaba en brazos y daba vueltas con ella.

—Que me vas a marear, suéltame, hombre—se quejaba ella entre fingidas risas.

—Yo sí que me voy a marear. Vaya, es que me pienso emborrachar para festejar esta impresionante noticia. Ni te imaginas lo feliz que me hace, muchísimo...

—Y a mí también, hermano, y a mí también—le vacilaba ella en cuya cabeza, al saber qué pasaba en unos momentos en los que yo intuía la fatalidad y cruzaba los dedos por un hombre que estaba en peligro sin saberlo.

expectación total, ¿cómo podía salirle con tanta naturalidad?

—Por favor, abre el sobre ya, lo necesito—le pidió Enzo.

—Está bien, hermanito—respondió ella sarcástica y entonces procedió.

Abrió el sobre e hizo como que se le iluminaba el rostro.

—Hermanos, hermanos para siempre—se volvió hacia él, a quien se le escapó una lágrima.

—¿Ya es oficial? ¿Lo somos? Menuda alegría acabas de darme, ¡¡eres la mejor!! No lo he dudado en ningún momento, desde que te pusiste en contacto conmigo.

—Pues sí, es lo que hay. Supongo que uno siente la llamada de la sangre—comentó todavía más falsa, a mí es que me mataba escucharla.

No era tonta y me conocía muy bien. Giulia era capaz de leer mis pensamientos con tan solo mirarme, por lo que buscó mi apoyo.

—¿No lo ves igual, Nicole? Eso es lo que nos sucede a ti y a mí, lo hemos hablado en ocasiones, ¿cierto?

—Cierto—hube de asentir porque de otro modo hubiera activado la furia asesina en su mirada. Su carácter era muy fuerte y yo desde siempre evitaba los enfrentamientos con ella.

—Esto hay que celebrarlo, hay que celebrarlo—le comentó Enzo mientras la tomaba en brazos y daba vueltas con ella.

—Que me vas a marear, suéltame, hombre—se quejaba ella entre fingidas risas.

—Yo sí que me voy a marear. Vaya, es que me pienso emborrachar para festejar esta impresionante noticia. Ni te imaginas lo feliz que me hace, muchísimo...

—Y a mí también, hermano, y a mí también—le vacilaba ella en cuya cabeza, al saber qué pasaba en unos momentos en los que yo intuía la fatalidad y cruzaba los dedos por un hombre que estaba en peligro sin saberlo.

Capítulo 8



Enzo era un hombre no solo increíblemente guapo, sino también familiar y amable, por lo que nos invitó a comer sin dilación en uno de los mejores restaurantes de Roma.

Mientras esperábamos que nos asignaran mesa y se fue al baño, yo temblaba y mi hermana me lo notó. Al fin y al cabo, acababa de lograr lo que llevaba meses planeando, desde la muerte de Adriana; vengarse de Enzo Bianchi.

Qué bien le vino que el padre de él también muriese y enterarse de que buscaba a su hermana; le vino como anillo al dedo.

—¿Y a ti qué te pasa con tanto temblor, idiota? —me preguntó, haciendo que me parase súbitamente.

—No es nada, solo son los nervios. Sabes que cuando estoy nerviosa me cuesta parar...

—Pues ten mucho cuidado, no vaya a ser que me jodas el plan y entonces no respondo. Todo va sobre ruedas, ese tipo ha caído como un pardillo y mi venganza está cada vez más cerca.

—¿Te parece poca venganza robarle la mitad de su herencia? Con que la cojas y te marches con ella creo que será más que suficiente.

—Si no fuera porque estamos en público te cruzaría la cara, ¡¡ese dinero es de Adriana!! Todo lo que estoy haciendo lo hago por ella, por lo mucho que la quería...

—Adriana no era una mala chica, ella no quería el mal para nadie—traté de argumentar.

—Ya, ella no lo sería, pero yo soy una pécora y ese tipo me las va a pagar todas juntas. Va a pagar por lo que le pasó.

—Su padre se apartó de la madre de Adriana por codicia. Eso te lo compro. Pero ni siquiera sabía que ella estaba embarazada, que un hijo suyo venía de camino.

—No te atrevas a defender a esa gentuza. Me estás tocando demasiado las narices, ¿de qué lado se supone que estás tú?

—¿Yo? Por favor, Giulia....

—Si me vuelves a llamar Giulia te enterarás de quién soy yo. Ten mucho cuidado, desgraciada.

En ese momento se acercó Enzo. La tensión podía cortarse con un cuchillo. No obstante, si para algo tenía mi hermana habilidad era para disimular. En cuestión de segundos, me estaba acariciando el pelo como si nada pasase.

—¿Qué tal, chicas? —nos preguntó mientras nos tomaba a cada una por un brazo.

—Pues nada, aquí estamos. Ya sabes cómo somos las hermanas mayores, atusándole el pelo a la niña—se excusó mientras ponía uno de mis rebeldes mechones de cabello en su sitio. Por cierto, que ojalá yo hubiese sido tan rebelde como ese mechón para tomar alguna decisión vital para mí.

—Lo cierto es que todavía no lo sé, pero estoy deseando comprobarlo. Ni te imaginas la ilusión que me hace tenerte en mi vida, Adriana, es que ni te lo imaginas—le dio un abrazo—. Perdóname, ¿eh? —se dirigió a mí a continuación—. Es que tú llevas toda la vida pudiendo disfrutar de ella y para mí es todo nuevo. Ya siento que os quiero, chicas.

—Nada que perdonar—me aclaré la voz mientras Giulia me miraba de un modo reprobatorio, como temiendo que pudiera meter la pata en cualquier momento, algo que no podía permitirme porque entonces ella montaría en cólera como nunca.

Enzo me incluyó en la ecuación porque era muy considerado. Que yo fuese la hermana de “Adriana” me convertía inmediatamente también en algo suyo. Él derrochaba estilo, como nos demostró desde nuestra llegada.

Ya en el salón, nos íbamos a sentar cuando el metre se nos acercó. Debía conocerle desde siempre, porque era un hombre mayor que le trató con mucho afecto.

—Señor Bianchi, espero que la mesa sea de su agrado. Sabe que también era la preferida de su padre.

Bastó con el hecho de que mencionase a su padre para que a mi hermana se le transformase el rostro. Odiaba a Luigi Bianchi totalmente. Le consideraba un pusilánime que le jorobó la vida a la madre de Adriana, apartándola de su vida para casarse con otra niña rica igual que él.

—Salvatore, llevo muchos años diciéndote que me llames Enzo, por favor. Además, hoy quiero presentarte a alguien. Es más, tengo el honor de hacerlo. Ella es mi querida hermana Adriana—la señaló.

El hombre se quedó patidifuso.

—¿Su hermana? No sabía...

—Nadie lo sabía. Fue una sorpresa de última hora de mi padre, pero la mejor de las sorpresas. Por ello, quiero que esta noche podamos brindar con el mejor vino de la casa.

—¿El mejor de todos? Sabe que tenemos una botella muy especial, una sola unidad...

—Esa de la que me has hablado en alguna ocasión. Pues justo. Sácala, por favor, Adriana se lo merece todo. Ah, y esta chica tan increíble que también la acompaña es Nicole, su hermana.

—¿La hermana de su hermana pero que no lo es suya?

—Preguntado así parece un poco más enrevesado de lo que en realidad es, pero sí—sonrió.

—Bien, pues ambas mujeres se merecen lo mejor de lo mejor. En breve volveré con esa magnífica botella—nos anunció girando sobre sus talones.

A quien también le giraron, pero las bolas de los ojos, fue a Giulia. Enzo me había calificado de “increíble” y aunque solo fuese una bonita manera de referirse a mí, le molestó muchísimo.

Giulia siempre llevó la voz cantante en la familia y destacó en todo, haciéndome sombra. Yo siempre fui muy poquita cosa y viví bajo su ala, por lo que no estaba acostumbrada a que los hombres me adulasen.

Tenía espejo en casa, eso sí. Y me veía mona, aunque casi nunca me arreglase y quisiera pasar inadvertida ante los ojos de los hombres. Quizás fuese ese el problema, que después de que me pasara lo que me pasó no quería ser el centro de atención de ninguno de ellos.

He de reconocer que con Enzo no me sucedía lo mismo. Es decir, que con él no me consideraba en peligro, como si fuese un punto y aparte en el mundo de los hombres cuando en realidad ni siquiera le conocía, pero su mirada me resultaba muy confiable.

—¿Su hermana? No sabía...

—Nadie lo sabía. Fue una sorpresa de última hora de mi padre, pero la mejor de las sorpresas. Por ello, quiero que esta noche podamos brindar con el mejor vino de la casa.

—¿El mejor de todos? Sabe que tenemos una botella muy especial, una sola unidad...

—Esa de la que me has hablado en alguna ocasión. Pues justo. Sácala, por favor, Adriana se lo merece todo. Ah, y esta chica tan increíble que también la acompaña es Nicole, su hermana.

—¿La hermana de su hermana pero que no lo es suya?

—Preguntado así parece un poco más enrevesado de lo que en realidad es, pero sí—sonrió.

—Bien, pues ambas mujeres se merecen lo mejor de lo mejor. En breve volveré con esa magnífica botella—nos anunció girando sobre sus talones.

A quien también le giraron, pero las bolas de los ojos, fue a Giulia. Enzo me había calificado de “increíble” y aunque solo fuese una bonita manera de referirse a mí, le molestó muchísimo.

Giulia siempre llevó la voz cantante en la familia y destacó en todo, haciéndome sombra. Yo siempre fui muy poquita cosa y viví bajo su ala, por lo que no estaba acostumbrada a que los hombres me adulasen.

Tenía espejo en casa, eso sí. Y me veía mona, aunque casi nunca me arreglase y quisiera pasar inadvertida ante los ojos de los hombres. Quizás fuese ese el problema, que después de que me pasara lo que me pasó no quería ser el centro de atención de ninguno de ellos.

He de reconocer que con Enzo no me sucedía lo mismo. Es decir, que con él no me consideraba en peligro, como si fuese un punto y aparte en el mundo de los hombres cuando en realidad ni siquiera le conocía, pero su mirada me resultaba muy confiable.

Capítulo 9



Habían pasado unos días desde ese significativo momento en el que ambos se convirtieron oficialmente en hermanos. Unos días en los que él no paró de realizar gestiones de esas que conducían a poner la mitad de sus bienes a nombre de mi hermana.

No le dolían prendas a la hora de hacerlo. En absoluto le costaba desprenderse de nada de todo aquello que consideraba material y que era su obligación compartir con ella.

Enzo contaba con todos los principios que le faltaban a Giulia, quien se mostraba encantada.

—Tienen más de lo que yo creía, mucho más. Es una pasada. Ya solo mi mitad es una enorme fortuna—decía ella como si de verdad tuviese derecho a apropiarse de esa mitad, algo que me enloquecía—. Pues imagínate el día en el que se lo robe todo, porque lo haré.

Me ponía los vellos de punta. Es que no podía soportarlo, ¿su avaricia no tenía fin? Pues parecía que no.

—¿Y no crees que ya tienes suficiente? —le decía yo.

—¿Suficiente? Por el amor del cielo, ¿estás loca? A veces pienso que esa cabeza tuya solo te sirve para lucir el pelo. De verdad que a veces me cuestiono si no has aprendido nada de mí.

—¿Y tú? ¿No puede ser que debas aprender algo de mí? —me atreví a preguntarle y vi la furia reflejada en sus ojos.

—Eres una ingrata, ¿crees que de repente tienes derecho a ponerte por encima de mí? ¿Debo recordarte que me lo debes tú?

—No, no es necesario porque ya lo haces cada día.

—Poco lo hago. En realidad, deberías besar el suelo por el que piso y me da la impresión de que cada vez lo haces menos. Una buena zurra es lo que te mereces. No se te ocurra sacar los pies del plato ni creas que porque él te trate con amabilidad eres alguien especial. Si lo hace, es solo porque eres mi hermana.

Ya salió un tema que estaba tardando en hacerlo. Eran muchas las ocasiones en las que Enzo se dirigía a mí, dispensándome un trato muy cercano, cariñoso y adulator, y eso le daba tres patadas en el vientre a Giulia.

—Pues igual él sí que ve en mí cosas que tú no—me atreví a decirle antes de que el cachete me entrase en erupción del bofetón que me dio.

Era una bestia parda y me hizo llorar. Por supuesto que estaba acostumbrada a ese tipo de vejaciones por su parte, lo cual no quiere decir que no doliesen. Y lógico que no me refiero a lo físico.

—Ya está bien, ¡ya está bien! —le chillé.

Era la primera vez en la vida que me atreví a hacerlo y la noté aturdida.

—¿Quién mierda te crees que eres para comportarte así, desgraciada? Deberías mostrarme agradecimiento, tú serás quien se beneficie de todo lo que yo consiga.

—Pero a lo mejor es que yo no quiero beneficiarme de un dinero que vas a robar, porque en el fondo es lo que vas a hacer; robarlo.

—No te atrevas a volver a decir eso en lo que te queda de despreciable vida. A la única que le robaron fue a Adriana y yo he venido aquí a impartir justicia.

—¿Y de veras crees que eso sería lo que ella quisiera? Hasta donde yo sé, no se trataba de una mala chica—le expuse.

—No, si ahora vendrás a darme lecciones de vida—volteó los ojos—. No te olvides de que me lo debes todo. Ni siquiera tendrías vida si no hubiera sido por mí, infeliz.

Lo de “infeliz” me llegó al alma porque no podía negar que en eso me había convertido; en una infeliz, por culpa de ella y del control al que me había sometido. Si algo no tenía yo, aparte de demasiada alegría en aquel momento era libertad de movimiento. Ese concepto ni lo conocía, ya se había encargado Giulia de que así fuera.

Salimos del dormitorio, pues yo evité que el rifirrafe fuera a más. Antes tuve que esperar a que se me quitase la marca que sus dedos dejaron en mi mejilla. La maldad de Giulia no tenía fin y hasta se reía mientras lo observaba.

Una vez que llegamos al salón, Enzo estaba hablando con el mayordomo, dándole directrices.

—¿Es que vamos a celebrar algo? —le preguntó mi hermana, que estaba cogiendo onda.

Me resultaba sorprendente su desparpajo. Era como si hubiese tomado posesión de la casa desde el primer momento, como si fuese la dueña y señora, aunque esa en concreto no le tocaría en un reparto que todavía estaba

por hacerse.

Lo que no sabía Enzo en esos momentos es que ella planeaba quedarse con absolutamente todo, hasta con la calderilla que él pudiese tener en el bolsillo.

—Sí, claro que vamos a celebrar algo: celebraremos vuestra llegada a mi vida—me incluyó en el comentario, que para algo era pura elegancia.

—Querrás decir mi llegada y que haya traído a mi hermana, ¿no? —le corrigió ella con una sonrisa porque en el fondo le molestó.

—Da igual cómo lo diga. Lo importante es que estáis aquí, muchas gracias por haber venido.

Se levantó un segundo de la mesa porque recibió la que debía ser una llamada importante y ella comenzó a blasfemar.

—Así que “muchas gracias por haber venido”. Enzo Bianchi, te juro por la memoria de Adriana que algún día te tragarás todas tus palabras, una por una. Así será, te lo juro—prosiguió.

Yo me ponía enferma. Si digo lo contrario, miento por completo. Me enfermaba que hablara con esa frialdad, que planeara arruinarle al saber de qué perverso modo (porque eso no me lo había contado) y, en definitiva, que solo viviera para vengarse de un hombre que pretendía su bien más que ninguna otra cosa en el mundo.

,

.

por hacerse.

Lo que no sabía Enzo en esos momentos es que ella planeaba quedarse con absolutamente todo, hasta con la calderilla que él pudiese tener en el bolsillo.

—Sí, claro que vamos a celebrar algo: celebraremos vuestra llegada a mi vida—me incluyó en el comentario, que para algo era pura elegancia.

—Querrás decir mi llegada y que haya traído a mi hermana, ¿no? —le corrigió ella con una sonrisa porque en el fondo le molestó.

—Da igual cómo lo diga. Lo importante es que estáis aquí, muchas gracias por haber venido.

Se levantó un segundo de la mesa porque recibió la que debía ser una llamada importante y ella comenzó a blasfemar.

—Así que “muchas gracias por haber venido”. Enzo Bianchi, te juro por la memoria de Adriana que algún día te tragarás todas tus palabras, una por una. Así será, te lo juro—prosiguió.

Yo me ponía enferma. Si digo lo contrario, miento por completo. Me enfermaba que hablara con esa frialdad, que planeara arruinarle al saber de qué perverso modo (porque eso no me lo había contado) y, en definitiva, que solo viviera para vengarse de un hombre que pretendía su bien más que ninguna otra cosa en el mundo.

Capítulo 10



La fiesta se celebró a la semana siguiente. Yo no hubiera imaginado jamás que en un domicilio privado se pudiera organizar un sarao semejante.

Desde tres días antes de su celebración, el trasiego de gente por la casa fue verdaderamente impresionante. Los obreros iban y venían, montando escenarios y demás; los decoradores contemplaban todas las posibilidades y le daban vueltas y vueltas para que se tratase de una fiesta memorable... Por favor, si es que hasta se estaban colocando fuentes artificiales y no sé cuántos otros complementos en el jardín que lo hacían parecer de ensueño.

Yo disfrutaba muchísimo con todo ese movimiento, disfrutaba una barbaridad, ya que me hubiera gustado ser decoradora y no tuve la oportunidad de serlo.

En realidad, no tuve la oportunidad de ser nada tras terminar los estudios que me hubiesen conducido a una carrera, pues mi hermana se encargó de boicotear cada una de mis elecciones.

De nada valía ya lamentarse de eso, era muy tarde para algo así, y solo podía disfrutar de lo que la vida me ofreciese en cada instante. Si no hubiese sido porque éramos dos impostoras, y porque yo vivía temiendo la venganza de mi hermana, me lo hubiera pasado muchísimo mejor.

Con todo y con ello, le pedí permiso a Enzo para participar en todo lo que allí se estaba cocinando y se mostró encantado.

—Pero vamos a ver, Nicole, ¿qué parte de que estás en tu casa es la que no entiendes? —me preguntó entre bromas.

—Bueno, es que yo no sé hacer las cosas de otra manera. Es mi educación—le contesté sonrojada porque estaba a solas con él y me costaba hablarle directamente. Decir que Enzo Bianchi me imponía era quedarme demasiado corta. En realidad, más bien me dejaba sin aliento.

—Pues no seas tan educada y disfruta más. Métete de lleno en los preparativos, da las órdenes que te plazca y...

—¿Yo dar órdenes? No podría hacerlo ni en mil vidas—observé.

—¿Y eso por qué?

—Bueno—carraspeé—, supongo que porque no estoy acostumbrada y porque tendría que nacer otra vez para poder hacer algo así. Yo es que soy muy poquita cosa.

Se me quedó mirando un poco serio. Nunca me había mirado así y casi me pongo a temblar de una manera que no escaparía a sus ojos.

—¿Muy poquita cosa? ¿Y se puede saber de dónde has sacado esa errónea conclusión? Eres una gran mujer, Nicole, ¿no sabes reconocerlo?

—No te burles de mí, Enzo, que me dolería... Sé que me dices cosas muy bonitas para que me venga arriba, pero no es necesario que me mientas—le pedí.

—¿Mentirte, hacer que te vengas arriba, que te dolería? ¿De qué va esto? Solo te estoy diciendo la verdad, solo eso. No quiero volver a escuchar de tus labios que no puedes hacer algo. Mi padre me enseñó que alguien puede hacer todo aquello que se proponga y eso se lo tendré que agradecer de por vida. Tú eres una gran mujer de verdad, así lo siento y así quiero que lo veas. Que no me entere de lo contrario. Y ahora, me haces el favor de meterte de lleno en los preparativos de ese evento y de mostrarte a ti misma lo que eres capaz de hacer. Y digo a ti misma porque yo estoy seguro de ello, ¡a disfrutar!

Lo tomé como una orden, pero una orden cargada de buenas intenciones. Yo es que de esas no conocía demasiadas a mi alrededor y me emocioné muchísimo.

Le di las gracias a Enzo y me marché. Ciertamente, me uní al equipo de decoradores, de floristas y demás... Allí donde iba, no solo aceptaban mis ideas de buen grado por ir de parte de Enzo, sino que notaba que gustaban y que entre todos, les dábamos forma.

Giulia me miraba desde el dormitorio que ocupaba. Ella no salía demasiado de allí en esos días en los que debía estar soñando despierta con el dinero que entraría en su cuenta corriente, además de estar maquinando cómo comenzar a hacer daño a diestro y siniestro. Su actitud comenzó a cambiar.

Yo procuraba no mirarla desde el jardín porque me daba miedo. Todo el buen rollo que se generaba a mi alrededor gracias a Enzo y demás, ella era capaz de arruinarlo con solo una de sus gélidas miradas. Para mí que, más que amar a Adriana, lo que sintió por ella fue verdadera obsesión. Si pienso así es porque a esas alturas no consideraba a mi hermana capaz de amar a nadie, a nadie que no fuese ella misma.

Me lo pasé pipa con los preparativos de una fiesta en la que no faltaría ni un detalle. Enzo tiró la casa por la ventana para anunciarles a todos que su familia había aumentado y que estaba muy orgulloso de ello.

Y hablando de orgullo, también me mostró el que sintió por mi trabajo. Lo hizo la noche antes de la fiesta.

—Yo te nombro planificadora de eventos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo—me dijo en broma y yo me reí a carcajadas.

—Pero bueno, si sabes reírte así y lo tenías escondido. Ya solo te falta que tengas cosquillas—me comentó y estallé en carcajadas de nuevo—. Esas risas son demasiado sospechosas, ¿son por aquí? —me tocó la cintura por ambos lados y me quedé tan cortada que hasta dejé de reír. No por demasiado tiempo, porque dio en el blanco y me tuve que desternillar, pero con la cara roja como un tomate. Cielo santo, qué manera de reír y de apurarme a la vez. Cuanto más me reía, más colorada y estaba y, al final, salí corriendo en dirección a mi dormitorio.

Una vez llegué allí, me lavé la cara para que me bajasen un poco los colores y me sorprendí porque no podía dejar de carcajearme. Esa sensación me resultaba desconocida y me encantó, ¿qué me estaba pasando? Pues que sentía unas ganas desconocidas de reírme por cualquier tontería y de sentirme bien. Igual, por primera vez en mucho tiempo, me sentía a gusto. Desde los tiempos en que era una niña y me veía amparada por mi madre, no experimentaba nada así. Luego mi hermana se hizo con el mando de mi vida y no lo había vuelto a soltar.

i

,

,

r

a

—Yo te nombro planificadora de eventos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo—me dijo en broma y yo me reí a carcajadas.

—Pero bueno, si sabes reírte así y lo tenías escondido. Ya solo te falta que tengas cosquillas—me comentó y estallé en carcajadas de nuevo—. Esas risas son demasiado sospechosas, ¿son por aquí? —me tocó la cintura por ambos lados y me quedé tan cortada que hasta dejé de reír. No por demasiado tiempo, porque dio en el blanco y me tuve que desternillar, pero con la cara roja como un tomate. Cielo santo, qué manera de reír y de apurarme a la vez. Cuanto más me reía, más colorada y estaba y, al final, salí corriendo en dirección a mi dormitorio.

Una vez llegué allí, me lavé la cara para que me bajasen un poco los colores y me sorprendí porque no podía dejar de carcajearme. Esa sensación me resultaba desconocida y me encantó, ¿qué me estaba pasando? Pues que sentía unas ganas desconocidas de reírme por cualquier tontería y de sentirme bien. Igual, por primera vez en mucho tiempo, me sentía a gusto. Desde los tiempos en que era una niña y me veía amparada por mi madre, no experimentaba nada así. Luego mi hermana se hizo con el mando de mi vida y no lo había vuelto a soltar.

Capítulo 11



En los mismos días en los que estuve ayudando a preparar la fiesta, recibimos también una bonita sorpresa por parte de Enzo. Bueno, más bien la recibí yo, pues todo lo que viniera de él era inmediatamente detestado por mi hermana.

Consistió en ponernos en contacto con Isabella, una diseñadora amiga suya que también le vestía a él. Ella nos proporcionaría modelos acordes al evento, pues lógicamente se trataba uno de mucha altura.

El día en el que íbamos a ir, mi hermana se levantó indispuesta. No me extrañó en absoluto, pues el veneno que una persona lleva dentro puede terminar por contaminarla por completo, y Giulia hacía demasiado tiempo que vivía envenenada.

La noche anterior habíamos tenido un gran disgusto en el que ella perdió los papeles por completo. Le parecía que yo estaba demasiado implicada en los preparativos de la fiesta y que eso se traducía en una felicidad que no tenía sentido.

Para mí que era eso y punto redondo: mi hermana no tenía la capacidad de disfrutar de nada y no soportaba que yo lo hiciera. Ella siempre trató de cortarme las alas. Sí, recuerdo que yo nací con ellas, pero que en un momento dado ella me las comenzó a recortar, con la excusa de que las tenía muy largas, hasta que me despojó de estas por completo.

Acudí, por tanto, sola al taller de diseño de Isabella, quien me recibió de mil amores, como si fuéramos amigas. Ella debía rondar los 40 y estaba espléndida. Le pregunté por el secreto de esa felicidad que mostraba de un modo tan radiante y no vaciló a la hora de contestarme.

—Hacer siempre lo que me gusta, ese es el secreto. Para mí, la moda no es un trabajo ni un medio para ganarme la vida, sino que es mi pasión. Y trabajar en lo que me apasiona, mi suerte.

Al lado de Enzo y de su entorno, yo estaba abriendo los ojos a un mundo nuevo que hasta entonces me resultó desconocido. Conocer a mujeres como Isabella, tan segura de sí misma, tan realizada y tan feliz me encantó. A su lado, aprendí muchas cosas.

—¿Este estará bien? Cielos, cuánto debe costar—me eché la mano a la frente cuando me puse aquel precioso

vestido malva.

—Sabes que Enzo no quiere que te fijas en eso, querida—me tomó del brazo—. Para su adorada hermana y para ti, desea lo mejor de lo mejor. Y lo mejor, créeme, es que no quieras enterarte del precio—rio.

—Totalmente desorbitado, ya. Eres una triunfadora, Isabella. Me alegro mucho por ti. Y gracias por tratarme como si fuera una amiga.

—Vienes de parte de Enzo, y eso te convierte en automático en mi amiga, cierto. Y ahora, me vas a hacer un favor...

—¿Un favor yo a ti? Lo que desees, claro... Me estás tratando fenomenal y me siento en deuda contigo.

—Pues ya te adelanto cómo me la vas a pagar: me vas a hacer caso en todo lo que te sugiera.

—Pues tú dirás...

—Deja el malva a un lado. Rojo, te pega rojo.

—¿Para el vestido? El rojo es demasiado atrevido, es el color de la pasión. No, es que yo nunca visto de rojo—le comenté.

—Pues ya va siendo hora de que comiences a hacerlo, bonita. El rojo no solo representa la pasión, sino que también simboliza el amor, lo atrevido y, hasta en ciertas culturas, lo prohibido, ¿eso lo sabías?

—No, no lo sabía. Ni tampoco me extraña, porque yo me lo tengo prohibido a mí misma—reí.

—Pues ya puedes levantarte la prohibición porque te va a encantar el que tengo en mente para ti. Espera un momento, que te lo traigo.

Me abandonó durante unos minutos, en los que entró en su almacén, y salió con una virguería de vestido rojo en la mano que me dejó con las patas colgando.

—Mira, aún no está expuesto porque justo lo terminaron ayer. Les dije que lo dejaran listo pensando en ti. Es tu talla seguro, venga, ¿a qué estás esperando? Niña, como sigas así me vas a babear el suelo, ¡¡corre!!

Lo hice sin palabras. Si ese vestido estaba diseñado para mí, que viniera Dios y lo viera. Lo digo tal como lo siento. Se trataba del *outfit* más atrevido por el que yo hubiera podido apostar y eso me chocaba porque el atrevimiento y yo éramos bastante incompatibles.

Entré en el probador y me lo coloqué. Su escote palabra de honor me sentaba de maravilla. Su caída era perfecta,

largo por supuesto, elegante como él solo.

Me sentí como una princesa enfundada en un vestido que ni en sueños hubiera imaginado lucir. Cuando Isabella entró en el probador, se llevó de inmediato las manos a la boca.

—¡¡Dios mío!! ¡¡Lo sabía!! ¡¡Está hecho para ti!!

—¿De veras lo crees? Es muy atrevido, lo es.

—Es rutilante como una estrella. Y te pega porque tú tienes luz propia, preciosa. No te lo pienses más y no me hagas el feo. Es el tuyo. Desde que Enzo me pasó vuestra foto supe que era el ideal para ti.

—¿Eso hizo? Ya me extrañó antes cuando dijiste que apremiaste su confección para mí, porque tú no me conocías.

—Enzo está en todo, ya lo irás conociendo. No he visto nunca a un hombre con más capacidad para hacer cosas tan distintas al mismo tiempo. Está atento a todos los detalles, es un fuera de serie. Lo normal es que solo atendiera a sus negocios, y ya con eso no le faltaría faena, pero no... Él está en todo, hasta en vuestros vestidos.

—Pues sí que es admirable, sí.

—Le dará alegría saber que has encontrado el tuyo, porque solo hay un vestido para cada mujer y para cada fiesta tenlo por seguro. Hazme caso, que de esto entiendo mucho y es el tuyo. Diré que te lo envíen.

largo por supuesto, elegante como él solo.

Me sentí como una princesa enfundada en un vestido que ni en sueños hubiera imaginado lucir. Cuando Isabella entró en el probador, se llevó de inmediato las manos a la boca.

—¡¡Dios mío!! ¡¡Lo sabía!! ¡¡Está hecho para ti!!

—¿De veras lo crees? Es muy atrevido, lo es.

—Es rutilante como una estrella. Y te pega porque tú tienes luz propia, preciosa. No te lo pienses más y no me hagas el feo. Es el tuyo. Desde que Enzo me pasó vuestra foto supe que era el ideal para ti.

—¿Eso hizo? Ya me extrañó antes cuando dijiste que apremiaste su confección para mí, porque tú no me conocías.

—Enzo está en todo, ya lo irás conociendo. No he visto nunca a un hombre con más capacidad para hacer cosas tan distintas al mismo tiempo. Está atento a todos los detalles, es un fuera de serie. Lo normal es que solo atendiera a sus negocios, y ya con eso no le faltaría faena, pero no... Él está en todo, hasta en vuestros vestidos.

—Pues sí que es admirable, sí.

—Le dará alegría saber que has encontrado el tuyo, porque solo hay un vestido para cada mujer y para cada fiesta, tenlo por seguro. Hazme caso, que de esto entiendo mucho y es el tuyo. Diré que te lo envíen.

Capítulo 12



Mi hermana estaba tan ensimismada en sus maldades que, cuando al día siguiente fue a por el suyo, ni preguntó por el que yo había escogido. Tampoco a mí me dijo nada al respecto.

Ella optó por un modelo, también muy elegante, pero en un discreto tono plateado. Una preciosidad de vestido que, sin embargo, debió parecerle poca cosa al lado del mío, pues cuando me lo vio puesto la cara se le cambió.

—¿Eso qué es? —me preguntó al entrar en mi dormitorio y mientras me vio terminar de colocarme los largos pendientes que también me había enviado Isabella, unos que le contrastaban de un modo fantástico y que iban a juego con otros complementos.

—Unos pendientes, ¿te gustan? —le pregunté inocente, aunque su cara no manifestaba que nada le gustase demasiado.

—Me refiero al vestido, idiota, ¿a dónde te crees que vas con eso? ¿Acaso te crees la reina de la fiesta? —me preguntó con un desprecio absoluto.

—No, claro que no. Ha sido idea de Isabella, ¿tanto te molesta? ¿Qué tiene de malo este vestido? —lo miré pensando que jamás me había visto en otra, luciendo un vestido así de maravilloso.

—Me molesta porque no tiene ni pies ni cabeza, por eso me molesta. La fiesta está organizada en mi honor, se supone que yo soy su hermana. Y tú una simple acompañante...

—Habría mucho que decir de eso. Yo soy tu hermana y tú no le tocas nada a él. Bueno, eso es un decir, le tocas la moral. Si el pobre supiera...

—¿El pobre? Vuelve a decir eso y no dudaré en patearte el estómago. Y ahora, ¡¡quítate ese vestido de inmediato!! —me ordenó.

—¿Cómo? No pienso hacerlo, ¡¡es mi vestido!!

—Pues ahora es el mío, nos los vamos a intercambiar. Se te acabaron las tonterías.

—¡¡No me da la gana!! —le chillé en ese instante en el que pensé que tenía que empezar a parecerme más a mujeres como Isabella y menos a lo que yo había sido hasta entonces, pues me sentía patética.

—¿Cómo has dicho? No vuelvas a atreverte a decir algo semejante, ¿me oyes? ¡¡El vestido ahora mismo!! Si no me lo das, te prometo que traigo unas tijeras y que lo hago trizas.

—¿Y qué le dirás a Enzo entonces? —la desafió.

—Que estás enferma en cama y que no te puedes levantar, me creerá. Así que, por la cuenta que te trae, mejor me das el vestido.

La creí capaz de eso y de más. Sentí unas increíbles ganas de llorar, pero reparé en que eso arruinaría mi maquillaje, el cual me había aplicado a conciencia con la ayuda de varios tutoriales. Sin ser para nada estridente, sino más bien natural, me había quedado genial y le cedía todo el protagonismo al color del vestido.

Me vi fatal con el de ella. Me quedaba ancho de cintura y no la ceñía nada, por lo que mis formas quedaban totalmente difuminadas y no potenciadas como con el mío.

Para una vez en la viada que me decidía a destacar, mi gozo a un pozo, se acabó.

—¡¡Maldita sea!! —le escuché decir en ese momento porque el mío le quedaba estrecho. Mi hermana era más ancha que yo y la cremallera no le cerraba.

—Si es que no te queda bien, ¿acaso no lo ves?

—Cierra tu jodida boca y ayúdame a subirme la cremallera, ¿acaso no ves tú que ese es el problema? Una vez cierre, me quedará de lujo.

—Una vez te cierre, si es que lo logro, te estallará. Lo siento, pero no tenemos la misma talla.

—¿Me estás queriendo decir algo? ¿Me ves gorda?

—Solo estoy diciendo que no tenemos la misma talla. No estás gorda y, aunque lo estuvieras, no pasaría nada. La belleza de una mujer no se mide por sus kilos, Giulia.

—Tú sigue llamándome así y un día te arrancaré la lengua, ¡¡sube la puta cremallera!!

En ese instante, en el que chilló, Enzo pasaba por delante de la puerta de mi dormitorio. Unos lo pueden llamar casualidad y otros, destino, ya que tocó con los nudillos.

—Perdonad, ¿pasa algo? —me preguntó cuando abrí la puerta y me miró desconcertado—. Oye, creí que Isabella

me comentó que te decantaste por un vestido rojo, ¿se equivocó?

Mi hermana, que estaba a mi lado, enmudeció.

—No, no se equivocó. Es que nos lo hemos intercambiado así en plan de broma, ya ves qué tontería—le explicó—
—. Enseguida estamos listas, ¿nos esperas abajo, por favor?

—Claro que sí, hermana—le contestó él con toda la ilusión porque la fiesta se la hacía.

Nos dejó a solas y ella me miró rabiosa.

—Mira lo que has logrado, ¡¡casi hago el ridículo más estrepitoso! ¡Y todo por tu puta culpa! —me chilló iracunda.

—No, perdona... Yo no tengo la culpa de nada, todo esto lo has comenzado tú.

—Deslenguada, ¿desde cuándo te has vuelto así? No te conozco, es que no te conozco. Debería darte para el pelo, debería hacerte entender quién manda aquí, que parece que lo has olvidado... Debería hacerte pedazos este vestido igualmente.

—Hazlo y no colará que estoy enferma—la reté—. Enzo ha visto que estoy genial.

—“Enzo ha visto que estoy genial” —repitió en el más burlón de los tonos—. No me jodas o lo lamentarás. Espero que no tenga nunca que recordarte de qué lado debes estar o me lo pagarás caro.

Tomé aire y gestioné su entrada en mis pulmones. Las amenazas eran una constante en mi vida y ya me estaba cargando demasiado. Salió de mi dormitorio dando un tremendo portazo. Imposible hacer que entrase en razón. Si piel era la del mismísimo diablo.

me comentó que te decantaste por un vestido rojo, ¿se equivocó?

Mi hermana, que estaba a mi lado, enmudeció.

—No, no se equivocó. Es que nos lo hemos intercambiado así en plan de broma, ya ves qué tontería—le explicó

—. Enseguida estamos listas, ¿nos esperas abajo, por favor?

—Claro que sí, hermana—le contestó él con toda la ilusión porque la fiesta se la hacía.

Nos dejó a solas y ella me miró rabiosa.

—Mira lo que has logrado, ¡¡casi hago el ridículo más estrepitoso! ¡Y todo por tu puta culpa! —me chilló iracunda.

—No, perdona... Yo no tengo la culpa de nada, todo esto lo has comenzado tú.

—Deslenguada, ¿desde cuándo te has vuelto así? No te conozco, es que no te conozco. Debería darte para el pelo, debería hacerte entender quién manda aquí, que parece que lo has olvidado... Debería hacerte pedazos este vestido igualmente.

—Hazlo y no colará que estoy enferma—la reté—. Enzo ha visto que estoy genial.

—“Enzo ha visto que estoy genial” —repitió en el más burlón de los tonos—. No me jodas o lo lamentarás. Espero que no tenga nunca que recordarte de qué lado debes estar o me lo pagarás caro.

Tomé aire y gestioné su entrada en mis pulmones. Las amenazas eran una constante en mi vida y ya me estaba cargando demasiado. Salí de mi dormitorio dando un tremendo portazo. Imposible hacer que entrase en razón. Su piel era la del mismísimo diablo.

Capítulo 13



Enzo nos esperaba al pie de la impresionante escalinata que unía la planta inferior con la superior de su mansión.

Vestido con esmoquin y guapo hasta no poder más, su sonrisa hubiese valido para iluminar toda la fiesta. En el jardín, aguardaban los invitados. Tomó a Giulia de un brazo y yo me dispuse a seguirles de cerca cuando me tomó por el otro.

A ella se le cambió la cara. No sé lo que pensaría en momentos así, pero parecía muy claro que le molestaba muchísimo que él tuviese cualquier gesto conmigo.

Se le veía no solo contento, sino tremendamente orgulloso de poder presentarnos en sociedad. Para él era muy importante. Yo procuraba no pensar demasiado porque entonces la cabeza se me iba. Era tremendo, horroroso todo lo que se me pasaba por ella cuando pensaba en el marrón en el que le estábamos metiendo.

Todos sus invitados aplaudieron al vernos salir. Mi hermana puso en “on” el modo falso y comenzó a mover la mano como si le importaran.

Enzo no nos presentó uno a uno a cada invitado porque habría sido interminable, de modo que pidió un poco de silencio para pronunciar unas palabras en nuestro honor.

—Amigos, os he reunido aquí esta noche porque me llena de emoción que compartáis conmigo la noticia más impactante y sorprendente de mi vida, pero que me ha llenado de alegría como pocas. Poder contaros que tengo una hermana es algo vital para mí. No lo he sabido hasta la desgraciada pérdida de mi padre, cuando me puse en marcha para dar con ella. Por suerte, lo he logrado y he aquí el magnífico resultado: os presento a mi querida Adriana y a su hermana pequeña Nicole, que no lo es mía, pero que también es ya muy importante en mi vida.

La gente comenzó a aplaudir y ella a tratar de agradecerles con la más fingida de las sonrisas. Los camareros empezaron a pasar con las copas y tomamos una.

Mientras yo daba un sorbo de la mía, y Enzo se acercaba a saludar a unos amigos, ella se bebió la suya de una vez

—Maldito arrogante, nos está exhibiendo como si fuésemos un trofeo. Ahora será mérito suyo el haber dado conmigo. Todavía puede comprarse una puta medalla y ponérsela en el pecho. Si supiera el odio que le tengo...

Necesito otra copa.

—Ten cuidado, te lo pido por favor—le sugerí.

—¿Cuidado por qué?

—Porque tienes la lengua muy afilada y alguien podría escucharte. Y también porque el alcohol te sienta como un tiro de mierda y se te va la lengua. Por todo eso.

—A ti sí que se te está yendo la lengua. Pienso beber todo lo que me venga en gana, ¿ves lo que hay a nuestro alrededor? Pues esto va a ser mío a no tardar mucho. No me voy a conformar con menos: quiero hasta el último euro de las putas cuentas corrientes, hasta la última propiedad.

—¿Y por qué no huyes con lo mucho que te van a dar? La mitad de una fortuna sigue siendo una fortuna.

—¿Y tú por qué no te callas de una puta vez? Si no fueras tan mema entenderías que es una cuestión de venganza y no de dinero, imbécil.

En la vida nos íbamos a entender. Pronto pasamos a las mesas. Tanto ella como yo estábamos sentadas a ambos lados de Enzo en la mesa principal.

—Necesito ir un momento al servicio—le indicó Giulia. No me extrañaría ni que estuviese indispuesta, pues no soportaba su presencia y esa noche tendría que aguantar el tipo un buen montón de horas.

En cuanto se marchó, él se dirigió a mí.

—De modo que este es el vestido del que me habló Isabella, te queda impecable, estás impresionante. Ahora sí, este es el tuyo.

—¿Te lo parece así? —le pregunté con las mejillas del mismo color del vestido.

—Me lo parece a mí y a toda la fiesta, eso te lo garantizo. De veras que no podrías haber escogido mejor.

—Me alegro mucho de que te guste, de verdad.

—Y a mí me alegra que estés aquí—me dijo en conjunción con una sonrisa que me ruborizó al máximo.

∴—A mí también me alegra mucho estar—le respondí casi en un susurro.

Quien ya volvía en ese instante era mi hermana del baño. Yo, que la conocía muy bien, sabía que estaba haciendo de tripas corazón al máximo para que no se le notase la rabia que llevaba por dentro.

Sería mejor que masticase bien porque de otro modo se terminaría por tragar el veneno de su propia lengua, en el caso de que se la mordiese. Yo odiaba su actitud y el estar allí, ocupando un sitio que no nos correspondía a ninguna de las dos. Pese a ello, Enzo me hacía sentir bien y diría que había un *feeling* entre ambos, que nos entendíamos genial pese a la diferencia de edad.

Algunos de sus mejores amigos se sentaron con nosotros en la mesa. Sus ganas de integrarnos eran muchas y se notaban. Cada vez que nos preguntaban algo, y pese a que ella me tenía muy aleccionada al respecto de lo que podríamos o no decir, me pisaba por debajo de la mesa, llegando a hacerme hasta daño. Recogí mis pies por esa razón y traté de ser algo más yo misma.

Como es evidente, todo lo que contábamos era inventado, pues nada podríamos decir sobre nuestra verdadera vida sin revelar que no era cierta nuestra identidad, pero aun así quise poder hablar por mí misma sin que ella me estuviese prácticamente dictando lo que debía contestar.

Giulia no aceptaba de buen grado el cambio que se estaba produciendo en mí. Era evidente, como también lo fue que no le gustó que Enzo me invitara a bailar tras la opulenta y lujosa cena, cuando comenzó el baile, el cual fue amenizado por unos cantantes muy conocidos que hicieron mis delicias, ya que tuve la suerte de poder escogerlos

—Todo ha quedado genial y en buena parte te lo debo a ti. Tienes una mano impresionante, te quiero organizando todas mis fiestas—me pidió.

—No ha sido para tanto. Solo he puesto mi granito de arena.

—No, nada de eso. He organizado muchas fiestas en mi casa y créeme que contigo tienen un toque especial, esta lo tiene.

—¿Conmigo? No—negué.

—“Contigo todos los lunes parecen viernes”—replicó él, emulando a los músicos que en ese momento habían comenzado a versionar y le tocó el turno a Mark Anthony.

Siempre me gustó mucho bailar y más a ritmo latino, que por algo una era italiana. Se ve que a Enzo le pasaba igual y comenzó a hacerme una cantidad de figuras interminables.

—Te mueves de escándalo—me confesó acercándose a mí.

—Nunca he bailado en una academia ni nada de eso, pero me gusta mucho el baile—le comenté.

—¿En serio? ¿Eres autodidacta? Pues entonces tienes un don.

—¿Qué don? No, solo me gusta bailar. Además, que eres tú quien me lleva.

—Y tú quien me sigue como los ángeles, es impresionante.

—No es para tanto, va en serio. Tú sí que te mueves bien.

—Está bien, entonces dejémonos de echarnos flores y disfrutemos—me propuso.

—Estoy totalmente de acuerdo.

No voy a decir que estuviera toda la noche bailando conmigo porque las mujeres hacían fila para bailar con él, pero sí que venía hacia mí cada vez que tenía ocasión y que me sacaba la sonrisa con su forma de invitarme a bailar, la cual me ruborizaba a la vez, porque era muy insinuante al moverse.

Quien miraba la escena con cara de malas pulgas cada vez que lo hacía, era mi hermana. Por cierto, que se estaba pasando de copas y yo le temía porque cuando lo hacía su peligro era tremendo.

Con ojos rojos por el alcohol, nos seguía por la pista.

—No la veo demasiado integrada, me preocupa—me decía Enzo mirándola porque varias veces más quiso sacarla a bailar y ella rehusó su invitación. Con la primera habría tenido suficiente para provocarle náuseas, que yo la conocía divinamente.

En un momento dado, me acerqué a ella y la cogí del brazo.

—Suéltame, asquerosa, ya veo del lado del que te estás poniendo. Debí dejar que te matasen aquel día—me soltó e hizo que mis ojos se llenasen de lágrimas.

—No tienes derecho a hablarme así, no tienes ningún derecho, maldita sea.

—No, maldita seas tú, pero maldita. Nunca creí vivir para que te rebelases contra mí.

—Yo no me he rebelado contra ti. Mira todo esto, ¿acaso no lo ves? Se trata de una fiesta en tu honor porque te has salido con la tuya. Suplantaste la personalidad de Adriana y este es el resultado. Yo de ti lo disfrutaría, no sea que un día te explote en toda la cara—le advertí.

—No tengas el valor de volver a hablarme así en la vida, ¿me estás oyendo? —me advirtió—. Te juro que como algo de esto se joda por tu culpa, me las pagarás.

—Sabes muy bien que no será por mi culpa, pero es que yo creo que todo el mal que una hace termina...

—Cierra el pico de una puta vez. Siempre tan formal y como la niña perfecta. Que te jodan bien jodida, Nicole.
Vete a la mierda.

1

—Cierra el pico de una puta vez. Siempre tan formal y como la niña perfecta. Que te jodan bien jodida, Nicole.
Vete a la mierda.

Capítulo 14



Unos días habían pasado desde esa fiesta, unos días en los que todos hablaban de ella y nos llegaron muchas muestras de agradecimiento a la casa. Algunas de ellas, en forma de ramos de flores espléndidos o cajas de bombones exquisitas, dirigidas a mí, pues Enzo me atribuyó todo el mérito.

Por primera vez en mi vida, era como si ya no fuese transparente, como si no pasase inadvertida para la gente. Y eso me resultaba llamativo.

Cada vez que llegaba algo así, procuraba quitarle la nota para que mi hermana no la viera, tratando de no alimentar la polémica en absoluto. No lo tenía demasiado difícil en ese sentido, puesto que ella se pasaba mucho tiempo recluida en su dormitorio para no tener que encontrarse con Enzo.

No tenía un pelo de tonta y maquillaba la situación diciendo que era una persona con mucha vida interior y que le encantaba leer, cuando mi hermana no había leído en su vida más allá de la etiqueta del champú.

A quien le encantaba la lectura era a mí, razón por la que tuve que dejarle algunos libros en su dormitorio por si aparecía Enzo, para no despertar sus sospechas.

Allí, le daba vueltas a su diabólica cabeza y no le mentí cuando le dije que todo aquello le podía estallar, algo que ella no veía en absoluto.

Pues bien, Enzo me habló de una sorpresa para aquella mañana, que llegaría en un par de horas, y no imaginé de qué se trataba.

Los niños me gustan con locura, soy muy niñera, y cuando escuché el coche de su padre llegar y ese par de gritones entrando en la casa, la piel se me erizó.

—Son mis hijos, Ginevra y Mateo—me comentó cuando entró en la cocina y encontró que me estaban comiendo besos.

—¿No me digas? Quiénes si no... ¡Si son clavaditos a ti! Madre mía, puede que yo no sea tu hermana, pero estos sí que son mis sobrinos—le comenté de inmediato.

—No eres mi hermana y lo agradezco—se aclaró la voz en un tono un tanto pícaro.

El mayordomo soltó también una risita similar y a mí me entró un calor infinito, concentrado en mis mejillas para no variar.

—Papá, ya hemos conocido a Nicole, es guay como nos dijiste, ¿y la tía Adriana? Nos morimos por conocerla—le comentó Ginevra, que parecía como la capitana generala de los dos, la que llevaba el don de mando.

Los niños eran mellizos y tenían diez años. Una edad maravillosa de esas que están a caballo entre las ganas de comértelos y el arrepentimiento posterior por no haberlo hecho cuando tuviste ocasión. Obvio que lo digo en broma porque ya he comentado que me fascinan esos locos bajitos. Y los de Enzo no podían ser más guapos y salados.

—La tía está arriba en su dormitorio. Ella es de salir menos, ¿vamos a verla y la convencemos para que baje un ratito a la piscina?

—Claro, ¡todos al agua! —exclamó Mateo.

—Sí, pues tú ten cuidado, que en el campamento de verano casi te ahogas. Si no llega a ser por mí...—le aclaró su hermana.

—Qué exagerada eres. Solo tragué un poco de agua, papá, porque me despisté.

—Mateo, no puedes despistarte en el agua, hijo...

—Lo siento, papá. Es que ya sabes que voy a mi aire...

—Que le falta un hervor, papá. Menos mal que estoy yo siempre al quite o ya hubiera sufrido algún accidente mortal—añadió ella.

—Hija, tampoco seas tú tan dramática, que lo eres un montón.

—Tú di lo que quieras, papá, pero de dramática nada. Digo la verdad, toda la verdad y nada más...

—¿Se nota o no se nota que mi hermana quiere ser abogada como nuestra madre? —me preguntó Mateo y le hice una caricia.

—Y él quiere ser piloto de Fórmula 1, ¿a ti qué te parece? Pero si no es capaz ni de andar derecho—se burló la otra.

—Ginevra, hija, qué manera de picar a tu hermano, qué barbaridad.

—Esto es lo que tengo que aguantar todos los días, papá—se hizo el otro el mártir—. Y encima vivo también con mamá, o sea, otra mujer.

—Una gran suerte es la que tienes tú, patán—añadió la niña, que no podía ser más viva.

2

—Nicole, ¿tú de qué parte estás? —me preguntó el chico.

—Yo es que no puedo ni contestar—les decía muerta de la risa porque aquel era un show total.

Subimos con ellos al dormitorio de mi hermana y suerte que entré la primera para hacerla cambiar esa cara de olea mierda que puso al escuchar voces de niño.

—Cariño, son tus sobrinos—le informé pidiéndole con mi gesto, al estar de espaldas al resto, que cambiara el suyo.

—¿Mis sobrinos? Pero bueno, qué niños tan guapos, ¿no? —fingió que le gustaban.

4—Tía Adriana, por fin te conocemos. Teníamos muchas ganas. No te pareces a papá en nada—le soltó Ginevra, haciendo una apreciación que caía al pelo porque era lógica.

—Bueno, es que no todos los hermanos se parecen. Lo importante es que estamos muy unidos vuestro padre y yo, y también que os estoy conociendo. Cuanto más cerca os tenga a todos, mucho mejor.

Los niños le sonrieron y su padre también, agradecido. La única que no sonrió fui yo, pues la conocía mejor que a mí misma y sabía muy bien la amenaza que encerraban sus palabras.

¿Sería Giulia capaz de llegar tan lejos? ¿Hacerles daño a los niños por su afán de venganza? Eso no se lo podría consentir, aunque tratar de pararla era similar a hacerlo con el viento: algo casi imposible.

—Esto es lo que tengo que aguantar todos los días, papá—se hizo el otro el mártir—. Y encima vivo también con mamá, o sea, otra mujer.

—Una gran suerte es la que tienes tú, patán—añadió la niña, que no podía ser más viva.

—Nicole, ¿tú de qué parte estás? —me preguntó el chico.

—Yo es que no puedo ni contestar—les decía muerta de la risa porque aquel era un show total.

Subimos con ellos al dormitorio de mi hermana y suerte que entré la primera para hacerla cambiar esa cara de oler mierda que puso al escuchar voces de niño.

—Cariño, son tus sobrinos—le informé pidiéndole con mi gesto, al estar de espaldas al resto, que cambiara el suyo.

—¿Mis sobrinos? Pero bueno, qué niños tan guapos, ¿no? —fingió que le gustaban.

—Tía Adriana, por fin te conocemos. Teníamos muchas ganas. No te pareces a papá en nada—le soltó Ginevra, haciendo una apreciación que caía al pelo porque era lógica.

—Bueno, es que no todos los hermanos se parecen. Lo importante es que estamos muy unidos vuestro padre y yo, y también que os estoy conociendo. Cuanto más cerca os tenga a todos, mucho mejor.

Los niños le sonrieron y su padre también, agradecido. La única que no sonrió fui yo, pues la conocía mejor que a mí misma y sabía muy bien la amenaza que encerraban sus palabras.

¿Sería Giulia capaz de llegar tan lejos? ¿Hacerles daño a los niños por su afán de venganza? Eso no se lo podría consentir, aunque tratar de pararla era similar a hacerlo con el viento: algo casi imposible.

Capítulo 15



Unas horas más tarde subí al dormitorio de mi hermana. Ella daba vueltas por él como si fuera un león enjaulado.

—¿Estás con la jaqueca? ¿Quieres que te traiga una pastilla? —le pregunté.

—Quiero que me traigas un cañón para dispararles a todos. Malditos sean—balbuceó llevándose la mano a las sienes.

Siempre había sufrido unos ataques de jaqueca bestiales, pero desde la muerte de Adriana le asaltaban casi todas las semanas. El duelo de Giulia estaba resultando descomunal porque se trataba de verdadera obsesión la que sentía por ella.

Yo estaba aterrada porque la veía cada vez peor. Ella no me revelaba cuáles eran sus planes para quedarse con todo lo de Enzo, pero mucho me da por pensar que tuviera que ver con quitarle de en medio, ya me entendéis. De otra forma, no sabía cómo podría hacerlo. Todo era un verdadero horror y me angustiaba cantidad. Y el hecho de que los niños también estuviesen a partir de ese momento cerca de mi hermana no ayudaba en absoluto.

—Por favor, tienes que calmarte. Te lo pido por lo que más quieras—le rogué.

—Lo que yo más quería ya no está y es por su jodida culpa. Lo odio, lo odio con toda mi alma y encima tengo que aguantar a esos dos mocosos también cerca, ¿por qué?

—¿Tendrá algo que ver el hecho de que nos hayamos infiltrado en casa de su padre? Vamos digo yo, no sé...

—Eres imbécil, eres imbécil, ¿es que quieres provocarme? Y encima no veas la cara con la que los mirabas, como si fuéramos familia de verdad.

—Yo no puedo evitar que los niños me inspiren mucha ternura.

—Ni yo que tú me des asco, porque me lo das y mucho. Nunca pensé que fueras tan traicionera.

—Pero si yo no he hecho ni dicho nada. Yo solo...

—Tú querrías que yo parase todo esto, ¿no es así?

—Pues sí, ¿tan malo es pensar de ese modo?

—Es todavía peor. Es sucio y rastroso...

—Siempre me increpas y me insultas—me quejé. No sé cómo explicarlo. Era como si estar en esa casa me diera fuerzas.

—¿Insultarte? No te estoy diciendo más que la verdad, que eres una desagradecida y que si no fuera por mí...

—Yo no voy a olvidar lo que sucedió aquella noche, si lo dices por eso.

—¿De verdad no lo vas a olvidar? Porque parece que sí.

—No, olvidarlo no lo olvidaré. Pero también te digo que a veces pienso que igual hubiera sido mejor que...

—¿Qué? Venga, dilo, no te cortes. Ya que has empezado, quiero saberlo.

—Que me hubieses abandonado a mi suerte.

—Y ese tipo te hubiera matado. Lo sabes muy bien. Hace falta ser ingrata, pero claro, qué puedo yo esperar de ti, si parece ponerte del lado de toda esta gentuza, que a veces me parece que es lo único que quieres y te interesa.

—No es gentuza. Enzo nos está tratando muy bien. Y sus hijos me parecen maravillosos, son unos niños ideales.

—Ideal es la torta que te daría de no ser porque te dejaría marcada y no me conviene levantar sospechas. Lárgate de aquí, que no te puedo ver. Eres lo peor. Si no hubiese sido por su familia, Adriana habría vivido como le correspondía y nunca le hubiera pasado nada malo, ¿me oyes?

—Ese es un punto de vista, pero quizás yo tenga otro—le comenté.

—¿Y qué mierda de punto de vista se supone que es el tuyo? Porque estoy segura de que no me va a hacer ni puta gracia.

Sé que me tendría que haber callado, lo sé. No era buena idea la de enfrentarme a ella, pero me faltaba una sola gota que colmase mi vaso y ella no paraba de verter una detrás de otra.

—Pues que si no le hubieras propuesto el atraco a la gasolinera....

—¡¡¿Cómo has dicho?!! —me gritó colérica.

Me la estaba jugando y de un modo muy peligroso, pero llevaba demasiado tiempo callada y sentía que no podía más, que estaba al borde de que me ocurriese algo malo, al borde del colapso, y comencé a soltar por mi boca lo que pensaba.

Se plantó delante de mí y tuve claro que de esa no saldría tan fácilmente.

—He dicho que Adriana no estaba preparada para hacer algo así. Lo lamento mucho si no estás de acuerdo y, aun así, es lo que siempre he pensado.

—¡¡Te mato!! ¡¡Te mato!! —me chilló tirándome de los pelos y causándome un tremendo dolor. No era la primera vez en mi vida que sucedía algo así, ya lo sabéis, pero sí me dispuse a que fuese la última. En ese instante, tomé la lámpara de la mesilla de noche, cuyo pie era de bronce, y si no llega a ser porque Ginevra apareció por la puerta, se la habría partido en la cabeza sin mirar las consecuencias.

Lo cierto es que la niña tocó con sus nudillos en ella. Venía a avisarnos para que nos uniéramos a ellos en el jardín y, sin más, nos preguntó.

—¿Todo está bien? ¿Pasa algo? —se interesó desde el otro lado de la puerta.

Me quedé sin respiración y mi hermana más. A ella menos que a nadie le convenía tirar de la manta y que todo le estallase en la cara.

—No pasa nada, cariño, nada. Ahora salimos—le dije yo mientras ella me soltaba por fin del pelo y yo también dejaba de nuevo sobre la mesilla la pesada lámpara con la que podría haberme buscado la ruina. Aunque para ruina la que ya sentía tener encima.

—Esto no se quedará así—murmuró ella por lo bajini con los ojos llenos de ira.

Sonó amenazante y mucho. Si malo era haber llegado hasta allí teniéndole que hacer caso en todo, no era mejor que se enfrentara a mí como si fuésemos enemigas. El único cambio era que quizás de ese último modo pudiera conservar en parte mi dignidad, la cual había ido yo perdiendo por el camino y con mi hermana a lo largo de los años.

Debía reconocer que con ese comentario abrí la caja de los truenos. Y era consciente de ello. Pero es que no pude callármelo, me fue totalmente imposible. Ojalá las cosas hubieran sido de otro modo, pero no.

a
1

1

Capítulo 16



A partir de ahí, no le perdí un ojo a los niños en ningún momento. El odio de Giulia se reflejaba en su mirada, yo que la conocía a la perfección, lo sabía muy bien.

Ella ejercía, los pocos ratos que estaba fuera de su dormitorio, como tía. El resto, se escudaba en su gusto por la lectura y en que la jaqueca continuaba (eso último sí que era cierto), para seguir dándole vueltas a su enferma cabeza en su dormitorio.

A mí me aterraba cada vez que se acercaba a ellos. No podía evitar que me diese un pánico total verla cerca de los críos. En esos momentos, como ya he relatado, hacía de tripas corazón y ejercía como tía ejemplar. Hacía falta ser falsa para eso, pero ella lo era. La mejor actriz del mundo.

No obstante, Enzo comenzó a preocuparse por su estado y, cada vez que me veía a solas en algún lugar, aprovechaba para hablar conmigo y para preguntarme por mi hermana. Por mucho que ella pretendiera ser amable, se le notaba la rareza a leguas y suerte que era eso y que no se le notaba la maldad extrema. O, mejor pensado, ojalá que se le notase para que él la hubiese echado de allí a patadas. Me hubiera dado igual correr la misma suerte, pues yo me sentía su cómplice, pero lo importante sería apartarla de esos niños y de su padre.

—Es que no sé qué hacer para ayudar a mi hermana—me solía decir él con un halo de tristeza en los ojos—. Me siento tan mal por no haber podido darle antes una vida mejor. Quizás eso le hubiera forjado otro carácter. Yo lo siento de corazón, no te imaginas cómo lo siento.

—Tú no tienes que sentir nada, Enzo, porque ni siquiera eras consciente de que tenías una hermana. Demasiado has hecho. Otra persona podría no haber respetado la voluntad de su padre y, por codicia, ni siquiera iniciar la búsqueda.

—Yo no soy así. Y me siento muy, muy contento de que estéis aquí. Quiero a Adriana, he aprendido a quererla muy pronto porque es mi hermana. Y en cuanto a ti... En cuanto a ti me siento muy bien de haberte conocido. Eres una chica preciosa, Nicole, tanto por dentro como por fuera.

Sus palabras me resultaron alucinantes. Hacía mucho que nadie me decía nada así, probablemente porque yo no estaba en el mercado. Desde que me sucedió lo que me sucedió, me retiré de él. Tampoco Giulia me ayudó en ese sentido.

En el fondo, ella detestaba a los hombres y quizás por eso fuese lesbiana. Y a Enzo sobre todos los demás.

Yo no supe qué contestarle y lo hicieron mis colores por mí. Dicho esto, y observando mi reacción, él volvió al tema de mi hermana, probablemente temiendo que yo saliese huyendo o algo parecido.

No lo hice, pero sí que tuve que gestionar poco a poco el modo de colarse el aire en mis pulmones, porque me dolía hasta el pecho, ¿Enzo se estaba fijando en mí?

Puede que me tildéis de pretenciosa por pensar en esa posibilidad cuando solo había pronunciado esa frase al respecto, pero hay que tener en cuenta que el lenguaje corporal también nos sirve para expresarnos y yo notaba cómo a él le gustaba tenerme cerca, cómo me hablaba mirándome cada vez más a los ojos o cómo, en algún que otro momento, una de sus manos llegó a rozarse con una de las mías

En resumidas cuentas, que no le contesté nada, pero que me quedé ojiplática. Si mi hermana se daba cuenta, no sabía yo qué me hacía ya. Cada vez me pesaba más todo aquello porque, si os soy sincera, a mí Enzo me parecía un hombre maravilloso y con un atractivo impresionante. Yo no estaba acostumbrada a codearme con nadie así y me resultaba muy fuerte hasta relacionarme con él.

No solo me resultaba de lo más tentador en el físico, sino que su educación me fascinaba. Él me hacía sentir bien en todo momento y que entablásemos conversación siempre me había parecido un gusto. Hasta llegar a ese día, era el que ya no supe qué más pensar al respecto y me sentí muy pequeña a su lado. Que alguien como Enzo se fijase en mí no era una posibilidad que yo barajase.

Por otra parte, tanto Ginevra como Mateo estaban encantados conmigo. Yo era como una niña más a su lado y tan pronto me tiraba al suelo a jugar con ellos como hacía la bomba en la piscina o cantaba con ambos a pleno pulmón.

Esos niños eran realmente encantadores. Tenían a quién salir y sus modales lo decían todo sobre ellos. Enzo también los disfrutaba muchísimo, pues llevaba muy mal el tenerlos tan lejos, y eso provocaba que todos pasásemos muchas horas juntos. Todos menos mi hermana, por supuesto.

Cada vez las cosas se me ponían peor con ella, pero es que no podía soportarlo, ¿reuniría yo el valor para desenmascararla? Sé que puede parecer relativamente sencillo, si bien ya os avanzo que para mí no lo era en absoluto. Por mucho mal que me causara, se trataba de mi hermana y no podía quitarme de encima la sensación de sentir que le debía mucho.

Las personas tóxicas es lo que tienen. Giulia había pasado en su momento por el psicólogo de la prisión, quien determinó que era una perversa narcisista con rasgos de psicopatía, lo que explicaba el hecho de que no sintiera la más mínima empatía por ninguno de nosotros, ni siquiera por los niños. Es más, mucho menos por ellos, a quien debía considerar como el eslabón más débil de la cadena y en quienes había depositado buena parte de su odio.

l
e

l

e

Capítulo 17



Aquella noche tuve una terrible pesadilla. Una de esas que te resultan tan reales que terminas encharcada en sudor y sin tener noción de que es un sueño, uno de los peores, hasta que despiertas y compruebas que es así.

Supongo que en mi caso lo que hizo más terrible aquella pesadilla fue que reviví ese hecho al que ya he aludido en alguna ocasión, pero que nunca os conté.

Ha llegado la hora y eso que sacar el tema no es algo que yo quisiera, pero entiendo que no podéis llegar a identificaros conmigo ni a meteros en mi piel si no os ubico sobre quién soy o de dónde vengo.

Sucedió unos años atrás. Yo apenas rondaba los 20 y, por circunstancias de la vida, nunca me había ido a la cama con un chico. Nada tenía que ver esa circunstancia con mis inclinaciones sexuales puesto que, al contrario que a mi hermana, a mí sí me atraían.

No pretendo señalar a nadie, pero es evidente que tampoco me ayudaba el férreo control al que me sometía mi hermana Giulia.

En ese momento ya ambas vivíamos solas y no es que estuviésemos precisamente boyantes a nivel económico, todo hay que decirlo. Por tal razón, no era la primera vez que el casero nos aporreaba la puerta con la intención de ponernos la cara colorada delante de todo el vecindario, por aquello de que no le habíamos pagado la mensualidad.

Yo lo llevaba fatal y siempre que sospechaba que era él me ponía a temblar como un flan. En esas ocasiones, era Giulia la que se acercaba a la puerta y le enviaba a freír espárragos, asegurándole que le pagaríamos cuando buenamente pudiésemos.

No miento si digo que ese hombre me daba miedo. Sus formas eran terribles, carecía de modales y se nutría de la polémica, todo lo cual me producía verdadero pavor.

Pienso que lo tuvo todo pensado. Probablemente debió ver salir a Giulia sin que ella se percatara de su presencia. De ahí que aporrease nuevamente la puerta una vez se aseguró de que yo estaba sola.

Mi hermana siempre presumió de contar con una intuición excelente y eso es algo que no puedo negar.

Probablemente fue lo que me salvó la vida en una noche que a punto estuve de perderla.

Recuerdo lo mucho que me estremecí por su forma de aporrear la puerta con esos gruesos nudillos que conformaban sus manos, las cuales me parecían asquerosas por lo poco cuidadas que estaban.

Nunca, nunca debí ceder a su chantaje de gritar más fuerte que éramos unas morosas si no le abría la puerta. Eso no hubiera sido ni una millonésima parte de lo feo que me encontré cuando por fin lo hice, con la intención de darle las oportunas explicaciones y con la inocencia de pensar que de esa forma se marcharía por donde había venido. Qué ilusa fui.

El tipo se relamió al verme. Por muchos años que pasen, no voy a olvidar su mirada, igualita que la de un depredador que ve en su presa el más exquisito de los bocados. Y lo malo era que el bocado fui yo.

ⁿ —Por favor, no grite más. Mi hermana ya le dijo que pronto conseguiríamos el dinero y ella siempre cumple, se lo prometo—murmuré entre lágrimas porque para ese momento ya había entrado en la casa y estaba cerrando la puerta.

Entré en pánico, me quedé en shock y ni siquiera fui capaz de defenderme cuando me cogió por el brazo y acercó su boca a la mía.

Me sentí morir en ese momento en el que supe que no tenía escapatoria posible y que algo muy malo me iba a suceder.

—Esa zorra de tu hermana ya me ha mentido bastantes veces. Ahora me voy a cobrar mi deuda, ¡contigo! —vociferó.

Traté de gritar y comprobé con auténtico terror que la voz no me salía del cuerpo. Por más que trataba de hacerlo, me había quedado muda por el pánico.

Mis escarceos sexuales habían sido mínimos hasta entonces, pero nada tenían que ver con aquello. Ese día marcaría un antes y un después en mi vida, pues tras la incursión de aquella alimaña, no quise volver a saber de hombres. Aquel tipo, que siempre me produjo el máximo de los rechazos, me tenía cogida por la cintura y...

Si os digo la verdad, no soy capaz de recrear con detalles lo que ocurrió a continuación. Para mi desgracia, él ya estaba más que concentrado en violarme, que es lo que pensaba hacer. Me sobaba por todo mi cuerpo, metiendo sus manos por mi vestido y acercándose a algunas de mis partes más íntimas. Mis ojos se quedaron fijos mirando el techo. Ante la inminencia de la tragedia, me sentí incapaz de actuar de otro modo. Todo estaba perdido para mí mi vida pasaba ante esos ojos míos cuando le escuché susurrarme en el oído.

—Primero serás mía y luego te mataré, ¿sabes? Ese es mi pequeño secreto. Ya lo he hecho antes y lo volveré a hacer. Te irás junto con todas esas otras, calladita la boca, al foso.

Supe que hablaba muy en serio, que no trataba de asustarme. Lo supe porque me lo dijeron sus ojos. El pánico fue total en mí y, como la parálisis de mi cuerpo no me permitía luchar, me sentí morir.

Sé que no es fácil de explicar y aun así os digo que me sucedió: es posible sentirse morir en vida porque yo lo experimenté.

Estaba a punto de penetrarme cuando la puerta se abrió de un modo súbito y entonces la vi llegar. Horas después, cuando salí del profundo shock que me produjo aquella dantesca situación, mi hermana me explicó que una especie de sexto sentido la avisó de que algo terrible me estaba sucediendo.

Así fue y ella no dudó en abalanzarse sobre aquel tipo con una navaja multiusos que llevaba en el bolso y provocar que se retorciera de dolor en el suelo al apuñalarle en la espalda.

,

Los vecinos acudieron a mis gritos, que ahí sí que logré darlos, y evitaron que Giulia lo matase, pues estaba más que decidida a hacerlo. No niego que mi hermana me libró del que hubiera sido el peor de los finales, pero también os repito que me haría sentirme en deuda con ella toda la vida.

El tipo aquel no solo fue a la cárcel (mi hermana quedó libre de todo cargo por actuar en mi legítima defensa), sino que lo hizo para casi toda la vida porque la confesión que me hizo al oído sobre aquellas otras pobres mujeres le valió para que encontrasen en una villa de su propiedad el foso, que ciertamente existió, y en el que enterró a varias de ellas. Se trataba de un violador y asesino en serie.

Tras ese suceso, mi vida no volvió a ser la misma. Y hasta llegar a casa de Enzo Bianchi no encontré algo de felicidad. Eso sí, totalmente ensombrecida por la mentira que nos llevó hasta allí.

,

Supe que hablaba muy en serio, que no trataba de asustarme. Lo supe porque me lo dijeron sus ojos. El pánico fue total en mí y, como la parálisis de mi cuerpo no me permitía luchar, me sentí morir.

Sé que no es fácil de explicar y aun así os digo que me sucedió: es posible sentirse morir en vida porque yo lo experimenté.

Estaba a punto de penetrarme cuando la puerta se abrió de un modo súbito y entonces la vi llegar. Horas después, cuando salí del profundo shock que me produjo aquella dantesca situación, mi hermana me explicó que una especie de sexto sentido la avisó de que algo terrible me estaba sucediendo.

Así fue y ella no dudó en abalanzarse sobre aquel tipo con una navaja multiusos que llevaba en el bolso y provocar que se retorciera de dolor en el suelo al apuñalarle en la espalda.

Los vecinos acudieron a mis gritos, que ahí sí que logré darlos, y evitaron que Giulia lo matase, pues estaba más que decidida a hacerlo. No niego que mi hermana me libró del que hubiera sido el peor de los finales, pero también os repito que me haría sentirme en deuda con ella toda la vida.

El tipo aquel no solo fue a la cárcel (mi hermana quedó libre de todo cargo por actuar en mi legítima defensa), sino que lo hizo para casi toda la vida porque la confesión que me hizo al oído sobre aquellas otras pobres mujeres le valió para que encontrasen en una villa de su propiedad el foso, que ciertamente existió, y en el que enterró a varias de ellas. Se trataba de un violador y asesino en serie.

Tras ese suceso, mi vida no volvió a ser la misma. Y hasta llegar a casa de Enzo Bianchi no encontré algo de felicidad. Eso sí, totalmente ensombrecida por la mentira que nos llevó hasta allí.

Capítulo 18



Los niños iban a permanecer con nosotros varias semanas. Para mí suponía todo un regalo, pero también una tremenda responsabilidad, una enorme que me llevaba a estar todos los días con los ojos puestos sobre ellos.

Mi hermana estaba hecha una verdadera furia conmigo desde que tuvimos el rifirrafe en el que yo le canté las cuarenta. No es que me sintiese feliz por ello, porque se trataba de algo tremendamente desagradable, las cosas como son, pero es que había llegado la hora de hacerle frente. Al menos de que supiese que yo estaba despertando a la vida y que veía las cosas como eran, ¿de qué otro modo podía verlas? Si ella parecía estar hecha de la mismísima piel del demonio.

Aquel día, Enzo estaba trabajando en su despacho. Ser un hombre rico y poderoso no le eximía en absoluto de sus responsabilidades, sino todo lo contrario.

Mi hermana bajó. Ella no solía hacerlo a la hora del desayuno, escudada en que no se encontraba bien a esas horas (como si a otras sí), pero aquella mañana lo hizo.

Miré cómo trasteaba en la cocina. También vi cómo había un par de vasos de leche preparados para los críos y entonces observé que, de espaldas como estaba a mí y de frente a la encimera, extraía de lo que parecía ser una cápsula unos polvos blancos que echaba en uno de los vasos.

De inmediato, me volví loca y, acercándome a ella, di un manotazo y tiré los vasos de la encimera. Federico, el mayordomo, vio la escena porque justo estaba en la despensa en ese momento y salía de ella. Pero no solo él la vio, sino que Enzo llegó a tiempo de ver cómo mis ojos enrojecían de rabia a la par que mi brazo actuó.

Los niños se asustaron y se abrazaron entre ellos. Había trozos de cristal por diversos lugares de la cocina y la leche salpicó las paredes. Mi hermana me miró con verdadero odio. En esos días llegamos a un punto en el que estábamos a un tris de convertirnos en enemigas, en verdaderas enemigas.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado, Nicole? —me preguntó perdiendo la compostura por completo.

—No lo sé, lo siento—le respondía porque no podía explicar ante los demás lo que me había sucedido—. Se me fue la pinza, no entiendo lo que me ha pasado—me excusé mientras corría hacia el jardín.

—Me da la impresión de que tú no estás muy buena de la azotea, esa es la verdad. Hazme el favor de recogerlo todo, ¡¡has asustado a los niños!!

En ese momento me fijé en que yo había tirado los dos vasos de leche con cacao y que el otro, en el que ella estaba vertiendo los polvos, era el suyo. Se trataba de alguna medicina para aplacar los nervios o algo parecido y yo la había cagado por completo. Me sentía ridícula al máximo y no podía arrepentirme más, aunque bien sabía Dios que actué como actué para proteger a esos niños.

—No hace falta que le grites, no pasa nada. Y en cuanto a lo de recoger, no te preocupes, que enseguida ordenaré que lo hagan. Niños, por favor, ahora os pondrán el desayuno en el jardín—les comentó su padre.

Me daba igual lo que dijera. Yo estaba acostumbrada a ser consecuente con mis actos y quise recoger los cristales del suelo. Me agaché y, dados los muchos nervios con los que actué, cabía la posibilidad de que me hiciese daño.

Miré y Enzo ya se había agachado a mi lado para ayudarme. Mi hermana nos miraba con cara de que le producíamos náuseas y salió pitando de la cocina.

—Deja, por favor, que lo hago yo—me pidió viendo que no quería que nadie del servicio tuviera que molestarse por lo que yo había hecho.

—No, debo hacerlo yo, debo hacerlo—entré en bucle.

Ni corta ni perezosa, seguí recogiendo cristales hasta notar que uno de ellos me cortó en un dedo, sintiendo cómo la sangre caía de inmediato.

—Por favor, déjame verlo—me pidió mientras me apretaba el dedo con varios de los suyos para que así no sangrase más.

—No es nada, no te preocupes.

—Me temo que algo sí que es. Tengo un botiquín en mi cuarto de baño. Acompáñame, por favor.

De la mano, me llevó hasta su dormitorio. Yo nunca había entrado en él. Era realmente impresionante, con unas dimensiones brutales y una especie de mirador a modo de ventana que le otorgaba las mejores vistas de la casa.

Por lo demás, su decoración era impecable, como en el resto de las estancias, con la diferencia de que en aquella me sentía tan bien que hasta el dolor del dedo se me fue.

Entramos en su cuarto de baño, el cual era puro lujo. Un paraíso del relax en el que había hasta un enorme jacuzzi con lo que a mí me gustaban y lo poquito que los había experimentado. Tan solo una vez que una amiga me invitó a un SPA.

—Cielos, un poco más y habría que suturarte. Deja el dedo ahí, por favor—me pidió mientras me lo acariciaba.

Solo por la cercanía que sentí con él, solo por eso, me valió la pena la herida.

—No pasa nada, si ya casi no duele—murmuré.

—Sí debe doler. Eres una chica muy fuerte, Nicole. Me da que tienes la capacidad de soportar heridas y no solo físicas.

—No, me tienes en gran estima, pero solo soy una chica normal, nada de fuerte. Si lo fuera, no me pasarían ciertas cosas ni...

Sentía la necesidad de hablar, la necesidad de contarle y, a la par, comprendía lo absurdo de la situación porque yo no estaba preparada para hacer eso... Me veía incapaz de delatar a mi hermana y, ya de paso, de delatarme a mí misma, pues eso sería lo que ocurriese.

—No, se te nota la fortaleza y me gustaría que me contases. Nicole, ¿qué ha pasado en la cocina? ¿Por qué has actuado así?

—He actuado como una loca, no sé qué me ha pasado. Solo sé que lo siento—me excusé.

—Yo no lo siento en absoluto, no lo digo por eso, preciosa. Entiéndeme. Lo digo porque hay algo que no me está contando. Lo presiento. Y ahora lo tengo mucho más claro, ¿es que tu hermana no está bien? Es decir, nuestra hermana, porque lo es de ambos, ¿ella está enferma? Siempre en su dormitorio y huidiza. Ni siquiera la presencia de los niños parece animarla. Estoy comenzando a preocuparme por ella, ¿tú crees que está mal? ¿Acaso no se siente bien en esta casa? ¿Se te ocurre algo que pueda hacer para mejorar su situación?

Sí, se me ocurría algo que pasaba porque todos ellos se marchasen y la dejasen al mando de la casa. Solo así vería completada su venganza.

Mientras me hablaba, me hizo una cura perfecta.

—Eres muy metódico, gracias.

—Habrá que cambiarte el vendaje a menudo. Si me lo dices, estaré encantado de hacerlo.

—Te lo diré, vale—asentí ruborizada.

,
) —Y otra cosa, no me has contestado a lo que te he dicho sobre tu hermana.

—Ella es así, Enzo. No puedo decirte mucho más. Y ahora, si no te importa, quiero descansar un poco—suspiré hondo.

Me miró preocupado. Él ya debía intuir que algo me sucedía, lo mismo que a mi hermana, pero yo no podía soltar prenda.

Camino de mi dormitorio, ella me salió al paso y, casi de un empujón, me metió en el suyo.

—Maldita seas, Nicole, ¿es que te has propuesto que nos estalle todo en la cara? ¿A qué estabas jugando en esa jodida cocina? ¿Quieres que él crea que estamos chifladas ambas y que nos joda la vida? Nos echará de aquí a s patadas si nos coge miedo.

—Quizás eso sería lo mejor, Giulia.

o

—Y dale con llamarme Giulia. Me dan ganas de despedazarte cada vez que lo haces...

—Pero es que te llamas Giulia. Da igual a quién quieras engañar. A mí no puedes. Todo esto es una locura y yo nunca debí acompañarte, nunca debía aceptar intervenir en esto.

—Mírala, cuánta conciencia. Pues siento anunciarte una cosa: estás de mierda hasta el cuello como yo. Si te has creído que puedes vivir con ese tío una historia de amor, te vas a joder viva porque no puedes, es lo que hay.

s —Ya sé que lo estoy, no hace falta que me lo recuerdes, Giulia. Tampoco hace falta que te recuerde yo que por todo esto podemos ir hasta a la cárcel. Estás suplantando una identidad y yo ayudándote. No es esto lo que Adriana querría para ti.

—¿Cómo te atreves? Deberías medir tus palabras. Me dan ganas de...

—De patearme las costillas, ¿no? Pues hazlo si puedes. Hazlo, pero eso no cambiará las cosas. Esa chica no se sentiría orgullosa de lo que estás haciendo. No se sentiría en absoluto orgullosa.

—Lávate la boca antes de hablar de ella, ¡tú no la conocías como yo!

—Pues entonces, mete la mano en tu corazón y piensa con la cabeza, ¿de verdad es esto lo que ella hubiera querido? Tú nunca hablabas de ella como de alguien así. Adriana era buena y compasiva, tanto que...

—¿Qué? Dilo, si lo estás deseando.... No te quedes a medias, hazme el favor.

—Pues que entró en tu juego, lo mismo que yo...

—¿Vas a volver a esas? Tú no te quieres bien, vas a lograr que...

—¿Que intentes matarme a mí también? ¿Eso es lo que voy a lograr? Pues me da igual, porque ha llegado el momento: ella nunca tuvo que entrar en tu juego y yo tampoco. Adriana acabó en la tumba y a mí me salvaste de una muerte segura para meterme en otra; en una muerte en vida. No quiero seguir viviendo así, no voy a hacerlo.

—No te conozco, Nicole, ¿me estás echando la culpa de todo? ¿Me ves como a un monstruo? ¡¡Yo lo he sido todo para ti!!

—Y después me lo has hecho pagar muy caro hasta llegar a arrebatármelo todo también. Eso es lo que ha pasado...

—¿Yo te lo he arrebatado? Todo lo que consiga es para las dos, ingrata. Yo no soy como tú, yo nunca te he dejado en la estacada.

—¿Y quién te ha dicho que yo quiera ni un euro de ese dinero? Por supuesto que no lo quiero. No lo quiero para nada.

—A todos nos gusta el dinero, Nicole. A todos.

—¿Dinero manchado de venganza y odio? Quédatelo tú si es que puedes disfrutar de eso. Yo solo quiero apartarme de ti para siempre—me atreví a decirle.

Estaba estupefacta. Tanto que ni siquiera actuó con violencia como en otras ocasiones. En aquella mantuvo las manitas quietas, que era algo casi imposible en su caso.

—¿Apartarte de mi vida? ¿Has pensado en delatarme y luego quedarte con él? ¿Crees que te va a perdonar? ¡¡Tú le has engañado igual que yo!!

—Solo he pensado en marcharme lejos de ti... No quiero volver a verte, no quiero. Te odio, Giulia. Te odio desde lo más profundo de mi corazón y te digo una cosa más: allá donde esté, Adriana también debe estar revolviéndose en su tumba.

—¡¡No digas eso!! —se abalanzó sobre mí. Ya fue demasiado para ella, pero yo tenía que decírselo.

—Es lo que hay, Giulia. No confío en ti, no deseo permanecer más a tu lado y siento que ya no te quiero.

—Desagradecida, ojalá hubiese dejado que...

—¿Que me matase aquel tipo? En el fondo, después te encargaste de matarme tú. No habría tanta diferencia—murmuré.

Me quedé muy loca porque apenas podía asumir que se lo hubiera soltado todo. Giulia llegó muy lejos, demasiado lejos, y era hora de que le parase los pies.

No le dije nada más. Solo observé cómo las lágrimas rodaban por su rostro. Pocas veces en su vida, contadas con los dedos de una mano, vi a mi hermana llorar. Y fue una de ellas.

No me detuve para ser compasiva. Ojalá pudiera hacerla reaccionar, devolver todo lo que no le correspondía y que nadie sufriera demasiados daños. Esa idea era pura utopía y nunca se llevaría a cabo.

Me di media vuelta y la dejé hecha un mar de lágrimas. No es que eso me hiciera sentir bien ni mucho menos, pero enfrentarme con ella me devolvía una parte de mi dignidad perdida.

Me metí en mi dormitorio y no sabía si me dolía más el dedo o el corazón. Todo mi mundo, que nunca fue demasiado sólido, se estaba desmoronando y más y más por momentos. Todo me resultaba muy complicado y solo quería llorar también.

El problema era que, cada vez que Enzo se me acercaba, me gustaba más, y ya, quisiera o no, siempre lo tenía en mi mente y para todo. A cada hora del día pensaba en él y en el posible daño que Giulia les hiciera a los niños o a él mismo.

Seguía sin fuerzas para delatarla ante él, pero sí que se me ocurría la posibilidad de marcharme yo y de dejar todo eso atrás. Se me partiría el corazón, pues Enzo podría haber sido el hombre que diese a mi vida la más bonita de las vueltas de tuerca, pero no podía seguir así.

Además, que igual yo estaba levantando un castillo de naipes y él solo quería una aventura de cama conmigo. Y luego lo miraba y pensaba que no era así, que él me miraba con una transparencia que no parecía tener que ver con las ganas de jugar conmigo.

Uno de mis problemas era que me debatía por no tener la suficiente experiencia con los hombres. Y luego pensaba en que eso daba igual, porque como dice esa famosísima frase de El Principito “lo esencial es invisible a los ojos” Y a mí me daba igual tenerlos abiertos que cerrados, porque lo que yo veía en Enzo no era algo que me entrase por los ojos, sino por el corazón.

Me quedé muy loca porque apenas podía asumir que se lo hubiera soltado todo. Giulia llegó muy lejos, demasiado lejos, y era hora de que le parase los pies.

No le dije nada más. Solo observé cómo las lágrimas rodaban por su rostro. Pocas veces en su vida, contadas con los dedos de una mano, vi a mi hermana llorar. Y fue una de ellas.

No me detuve para ser compasiva. Ojalá pudiera hacerla reaccionar, devolver todo lo que no le correspondía y que nadie sufriera demasiados daños. Esa idea era pura utopía y nunca se llevaría a cabo.

Me di media vuelta y la dejé hecha un mar de lágrimas. No es que eso me hiciera sentir bien ni mucho menos, pero enfrentarme con ella me devolvía una parte de mi dignidad perdida.

Me metí en mi dormitorio y no sabía si me dolía más el dedo o el corazón. Todo mi mundo, que nunca fue demasiado sólido, se estaba desmoronando y más y más por momentos. Todo me resultaba muy complicado y solo quería llorar también.

El problema era que, cada vez que Enzo se me acercaba, me gustaba más, y ya, quisiera o no, siempre lo tenía en mi mente y para todo. A cada hora del día pensaba en él y en el posible daño que Giulia les hiciera a los niños o a él mismo.

Seguía sin fuerzas para delatarla ante él, pero sí que se me ocurría la posibilidad de marcharme yo y de dejar todo eso atrás. Se me partiría el corazón, pues Enzo podría haber sido el hombre que diese a mi vida la más bonita de las vueltas de tuerca, pero no podía seguir así.

Además, que igual yo estaba levantando un castillo de naipes y él solo quería una aventura de cama conmigo. Y luego lo miraba y pensaba que no era así, que él me miraba con una transparencia que no parecía tener que ver con las ganas de jugar conmigo.

Uno de mis problemas era que me debatía por no tener la suficiente experiencia con los hombres. Y luego pensaba en que eso daba igual, porque como dice esa famosísima frase de El Principito “lo esencial es invisible a los ojos”. Y a mí me daba igual tenerlos abiertos que cerrados, porque lo que yo veía en Enzo no era algo que me entrase por los ojos, sino por el corazón.

Capítulo 19



Planeé marcharme de la casa por la mañana. Soy muy visceral y supongo que también en aquella ocasión fui cobarde.

Tengo un problema: cuando tomo una decisión que creo no tener marcha atrás, ya no hay quien me pare. Y en aquella ocasión pensé que lo mejor era largarme con viento fresco y olvidarme de todo. Mi amor con Enzo no podría fructificar, dadas las circunstancias, por mucho que yo quiera que así fuera.

El panadero entraba todas las mañanas con su furgoneta de reparto. Ese sería el momento para marcharme sin despertar sospechas. Lo último que deseaba era que alguien me viese marchar y me pidiera explicaciones. Y menos que nadie Enzo, a quien me dolería cantidad tener que dárselas.

Me pasé la noche en vela. De madrugada sentía cómo chorreaba sudor del mucho miedo que sentía. El estómago me dolía ante la inminencia de abandonar a Giulia, que era cuanto me quedaba en la vida, y de un modo definitivo.

Una sabe cuándo no hay marcha atrás. Mi partida no haría reflexionar a mi hermana ni que con el tiempo me llamara para tomar un café juntas. Giulia no me perdonaría jamás por abandonarla y ese sería nuestro fin como hermanas.

Dados los muchos años que nos llevábamos, ella había sido más una madre que una hermana para mí, aunque mu, a mi pesar tenía que claudicar y decir que era la más tóxica que os podáis imaginar.

Me levanté un rato antes de la hora de la llegada del panadero, la cual era la primera de la mañana, pues traía el pan y los cruasanes para el desayuno. Apenas me acicalé un poco y mi maleta la tenía preparada.

Nada más abrir la puerta, me encontré a la traviesilla de Ginevra corriendo por los pasillos. Tocó fuerte con los nudillos en la puerta de Giulia.

—Tita Adriana, ¿bajas a desayunar con nosotros? Venga, que así te vemos muy poquito y te vas a reír por cómo chincho a Mateo. Tengo ganas de verte reír.

Me dio mucha pena de la cría porque se lo decía de corazón y porque la llevaba clara. Mi hermana no era de reírse

apenas, nunca había sido un chorrillo de alegría precisamente, pero desde la muerte de Adriana las pocas sonrisas que tuviese para echar fuera las había congelado.

—Cariño, igual no quiere bajar tan pronto. Baja tú—le comenté con la puerta entrecerrada para que no viera mi maleta.

—Pero es que yo quiero que baje. Antes no teníamos ninguna tita. Y ahora la tenemos a ella... Y también estás tú que eres muy guay. Mira, ni siquiera contesta, voy a entrar...

—No, cariño, por favor, no lo hagas.

—¿Por qué no?

—Porque la tita tiene muy mal despertar, es mucho mejor dejarla.

—Anda, pues entonces como mi madre. Pero eso se pasa con una ración de cosquillas—me comentó mientras ponía las manos en alto para hacérselas.

Me extrañó, eso sí, que mi hermana no hubiese candado la puerta por dentro. Ella tenía mucho que esconder y por eso solía hacerlo. Igual el despiste provenía del disgusto de la anterior noche.

No pude coger a la niña a tiempo para que no entrase y cuando lo hizo dio un grito sobrecogedor.

—¡A la tita le pasa algo!

Me faltó tiempo para entrar y lo que me encontré me impactó por completo, ya que el cuerpo de mi hermana yacía lánguido sobre la cama, con uno de los brazos por fuera, y un tubo de pastillas en el suelo.

y—¡Sal de aquí, Ginevra! Y llama a tu padre, por favor—le pedí porque la situación parecía ser muy grave.

El tubo de pastillas estaba vacío y ella no reaccionaba. Tampoco podía saber cuánto tiempo hacía que se las había tomado ni qué número de ellas quedaba en el frasco, que no era otro que el de los antidepresivos de mi hermana.

Muerta de miedo, comencé a darle cachetes en la cara con la esperanza de que reaccionase, algo que no iba a suceder en ningún momento.

—Giulia, por favor. Giulia, no me hagas esto—le decía yo con la mayor de las preocupaciones. Una cosa era que la abandonase y otra que le ocurriese algo terrible a mi atormentada hermana, por mucho que fuese lo mejor para el resto de los integrantes de la casa.

Enseguida llegó Enzo y su cara fue de estupefacción total.

—¿Se puede saber qué es lo que ha ocurrido? ¿Qué le pasa a Adriana?

—Se ve que se ha tomado un tubo de pastillas. Mira, son estas.

—¿Un tubo de pastillas? Por el amor del cielo, llamaré a una ambulancia de inmediato.

—Sí, por favor, necesita un lavado de estómago urgente. No reacciona, mi hermana no reacciona.

Él llamó y a continuación volvió conmigo.

—Pero ¿cómo ha podido pasar? Es que no lo entiendo, por Dios bendito que no lo entiendo. Esto es una tragedia...

—Ya sabes que su carácter no es fácil. No sé, Enzo, no sé...

Me puse a llorar. No le podía contar y tampoco podía hacer nada por ella. Todo me superaba.

Mantuvimos a los niños lejos de la habitación e hicimos todo lo posible por reanimarla, en balde. De pronto, llegaron los sanitarios y la trasladaron de inmediato a la clínica de confianza de Enzo, en la que esperábamos noticias ansiosos.

—No me lo puedo creer, aún no puedo. Acabo de recuperarla y estoy a punto de perderla, ¿pero por qué?

—Hay que ser pacientes. Adriana es muy fuerte y se recuperará—le decía yo.

—No es justo que seas tú quien me consuele cuando ciertamente es mucho más hermana tuya que mía, porque lleváis toda la vida juntas y yo acabo de conocerla.

—A Adriana no se la acaba de conocer nunca, créeme.

—¿Por qué dices eso?

—Nada, nada, son cosas mías. También te digo que se trata de una mujer muy fuerte y que saldrá de esta—resoplé.

—¿Tú lo crees así?

—Creo que sí—le decía porque tampoco podía hacerme a la idea de que su vida hubiese acabado así, cuando yo la había querido tanto.

—Ojalá tengas razón y pronto vuelva a casa. No puedo evitar pensar que tiene problemas mentales y que todo es debido a que no pudo recibir las atenciones que merecía de niña. No es justo que yo sí las recibiese y ella no. No lo es.

—Tampoco lo es que tú te atormentes de ese modo, ni mucho menos lo es. Tú no tienes ninguna culpa.

—Igual todo lo sucedido le ha removido demasiado, ¿crees que le ha hecho mal en vez de bien? A las pruebas me remito, Nicole. Está muy mal, yo la he visto muy mal.

—Bien no está, eso desde luego, pero ya te he dicho que es muy fuerte. Voy a rezar por ella.

Lo hice. Pese a todo, la quería. Tampoco me sentía bien respecto a Enzo porque mi hermana era una malísima persona y yo estaba a punto de abandonarle a su suerte con ella, sin prevenirlo y sin nada.

Le estaban haciendo un lavado de estómago y, una vez terminaron, nos buscaron.

El médico no venía con la mejor de sus caras y enseguida nos temimos lo peor.

—No sabemos cuál será su evolución, pero no les voy a mentir: han de contemplar todas las posibilidades porque todos los escenarios son posibles y nada es descartable—nos anunció.

—¿Con eso nos está queriendo decir que Adriana puede morir? Por favor, necesitamos saberlo—le pregunté ante los angustiados ojos de Enzo.

—Ojalá pudiera decirle otra cosa, señorita. Para mí supondría una gran satisfacción. Sin embargo, tenemos que remitirnos a los hechos y estos nos dicen que el estado de su hermana puede evolucionar en cualquier dirección, incluida esa que hemos apuntado.

—Ven aquí, por favor—me cogió por la cintura Enzo porque estuve a punto de caerme.

—¿Lo has oído? Ha dicho que puede fallecer, que puede...

—Y tú también dijiste que no dará la partida por perdida, que no lo hará. Yo me quedo con eso, porque tú la conoces mejor que nadie.

—Ojalá tengas razón y pronto vuelva a casa. No puedo evitar pensar que tiene problemas mentales y que todo es debido a que no pudo recibir las atenciones que merecía de niña. No es justo que yo sí las recibiese y ella no. No lo es.

—Tampoco lo es que tú te atormentes de ese modo, ni mucho menos lo es. Tú no tienes ninguna culpa.

—Igual todo lo sucedido le ha removido demasiado, ¿crees que le ha hecho mal en vez de bien? A las pruebas me remito, Nicole. Está muy mal, yo la he visto muy mal.

—Bien no está, eso desde luego, pero ya te he dicho que es muy fuerte. Voy a rezar por ella.

Lo hice. Pese a todo, la quería. Tampoco me sentía bien respecto a Enzo porque mi hermana era una malísima persona y yo estaba a punto de abandonarle a su suerte con ella, sin prevenirlo y sin nada.

Le estaban haciendo un lavado de estómago y, una vez terminaron, nos buscaron.

El médico no venía con la mejor de sus caras y enseguida nos temimos lo peor.

—No sabemos cuál será su evolución, pero no les voy a mentir: han de contemplar todas las posibilidades porque todos los escenarios son posibles y nada es descartable—nos anunció.

—¿Con eso nos está queriendo decir que Adriana puede morir? Por favor, necesitamos saberlo—le pregunté ante los angustiados ojos de Enzo.

—Ojalá pudiera decirle otra cosa, señorita. Para mí supondría una gran satisfacción. Sin embargo, tenemos que remitirnos a los hechos y estos nos dicen que el estado de su hermana puede evolucionar en cualquier dirección, incluida esa que hemos apuntado.

—Ven aquí, por favor—me cogió por la cintura Enzo porque estuve a punto de caerme.

—¿Lo has oído? Ha dicho que puede fallecer, que puede...

—Y tú también dijiste que no dará la partida por perdida, que no lo hará. Yo me quedo con eso, porque tú la conoces mejor que nadie.

Capítulo 20



Unos días habían pasado y el estado de Giulia no variaba en absoluto. Por supuesto que no fui capaz de moverme de allí y aborté mis planes de huida de la casa, porque ella se debatía entre la vida y la muerte. Y el resto lo estábamos pasando total.

Para los niños supuso un mazazo y no digamos ya para su padre, quien cayó preso de la melancolía. Para él había sido importante encontrarla y no concebía la posibilidad de perderla de nuevo y de cualquier forma. Eso era muy duro.

Tuvimos que comenzar a tomar decisiones, pues lo mismo la cosa iba para largo. Enzo habló con la madre de Ginevra y de Mateo para que se volviera a hacer cargo de ellos, dando tristemente por finalizadas sus vacaciones, algo que le ensombreció todavía más.

Las muchas obligaciones de su madre, que también era una mujer muy adinerada, le hicieron imposible ir a recogerlos, por lo que él se decidió a llevárselos.

—Mañana por la noche estaré de vuelta para darte el relevo, Nicole. De todos modos, me encantaría que te marchases a casa a descansar—me pidió.

—No puedo, pero no te preocupes por mí. Prefiero quedarme aquí, al pie del cañón, con ella.

—Vales mucho y estoy seguro de que si puede escucharte, Adriana se sentirá muy orgullosa de ti. Eres para estarlo—se despidió mientras me daba un beso que me cayó cerca del labio, muy cerca.

—No estoy yo tan segura—titubeé.

—¿Por qué dices eso? Eres maravillosa y siempre has estado junto a ella. Vales mucho, te veo pronto.

Me quedé allí, con el corazón en un puño. La frialdad de la clínica se me hizo insoportable. Recordé los rezos de mi madre, algunos de los cuales no había vuelto a escuchar desde su muerte, e invoqué a cualquier ser celestial que pudiera ayudar a mi hermana.

En el fondo, lo que deseaba era que despertase y que no recordase nada de su vida. Esa posibilidad existía, pues se

lo pregunté a los médicos, y casos se habían dado.

Si Giulia lograba resetear así, entonces quizás pudiera vivir una vida sin rencores, una vida normal, olvidando para siempre su afán de venganza.

Nunca me gustó la sensación de las madrugadas insomnes y en soledad. Eran superiores a mi fuerza. Años atrás, cuando sufrí el ataque de aquel desalmado, mis sensaciones en ese sentido fueron a peor. Apenas podía soportarla y aquella se me antojaba larga y gélida como ninguna otra, por mucho que estuviésemos en verano.

Mis pensamientos se oscurecieron una barbaridad y fue como si unos nubarrones negros, anticipando lo que estaba por venir, cubrieran todo el pasillo.

Por fin, todo se desenlazó en torno a las cuatro de la madrugada, cuando una médica salió con cara muy seria y quiso hablar conmigo.

—Siento muchísimo comunicarle que su hermana ha fallecido. No hemos podido hacer nada por su vida, y eso que lo hemos intentado todo. Si desea pasar a despedirse de ella, puede hacerlo.

Las piernas me temblaron de un modo bestial. No, no quería pasar a despedirme porque tampoco lo hice en su día con mi madre. Me quedo con los recuerdos de las personas en vida y no soporto el dolor de encontrarme con sus cuerpos inertes una vez que han fallecido. Las piernas no me respondían para avanzar en la dirección de su habitación.

Preferí recordarla como era más joven, mucho antes de que sucediera lo de Adriana. Pese a que nunca fuese una mujer alegre, vivimos buenos momentos.

Puede ser que cuando alguien fallece, tendamos a quedarnos solo con ellos, con sus buenos momentos.. Puede ser porque lo malo suele irse de nuestras cabezas.

Hubiera deseado poder entrar a abrazar a Giulia, pero me quedaba con los abrazos que le di en vida que, a fin de cuentas, son los que valen.

Me hice un ovillo en aquella sala de espera. Un ovillo que no podía dejar de llorar. Ojalá Enzo hubiera podido estar a mi lado para abrazarme.

Todo lo sentía muy confuso y apenas podía soportar tanto dolor. Solo quería dormir, evadirme y, al despertar, pensar en que todo aquello no habría sido más que una pesadilla.

Me quedé allí, en la puerta de su habitación, esperando que la sacaran. La vi salir ya tapada, camino de la morgue y sentí el más inquietante de los escalofríos del mundo, ¿en qué momento el destino había dictado que mi herman
muriese tan joven y en esas circunstancias?

Me dolía, me dolía muchísimo, ¿cómo podría yo aceptarlo? ¿Cómo cuando se tomó el tubo de pastillas después de que yo la acusara de tantas cosas? Ninguna de ellas era incierta, pues a Giulia se le había ido la pinza por completo, pero la culpabilidad recaía en mí y con toda su fuerza.

No podía más que llorar y llorar por tantas cosas como le dije y de tanta gravedad. No obstante, la creí capaz de todo y por eso lo hice.

¿Y si me había anticipado? Ella juraba y perjuraba que se vengaría pero, tras recibir el dinero de Adriana no movió un dedo más. Yo estuve muy pendiente, como cuando el episodio de la leche de los niños, pero no hizo más que empastillarse ella.

Igual Giulia, en su total tormento, no habría sido capaz de hacer más daño. Eso podría haber pasado, ¿o quizás no? Igual barajaba la forma de hacerles algo terrible y a la hora de la verdad se hubiese echado para atrás.

Igual, de haber tenido yo más paciencia, a lo mejor mi hermana se hubiera terminado por marchar de la casa. Eso sí, con la mitad de la herencia de los Bianchi en el bolsillo. Eso no era lo importante porque Enzo seguía teniendo en el banco dinero para vivir cien vidas de total lujo y opulencia gracias a su imperio automovilístico.

Debía telefonarle para que se enterase por mi boca y no por la de los médicos. Era lo justo y, pese a ello, tenía que reunir las fuerzas para hacerlo. No se trataba de nada sencillo y, además, que las lágrimas no me dejaban articular palabra.

Nunca en mi vida me había visto en una situación tan difícil, sintiéndome tan culpable y tan sola. Cuando mi madre murió, Giulia estaba a mi lado. Y de pronto ella se moría. Enzo, Enzo quizás quisiera seguir a mi lado pero ¿qué sucedería cuando reconociera en mí a la impostora que era? Nunca había experimentado un verdadero acercamiento con él y lo deseaba con todas mis fuerzas, pero la verdad dolería y yo no me encontraba en condiciones de encararla. Paso a paso: lo primero sería comunicarle que Giulia había muerto, que su querida hermana, la que él llamaba Adriana, nos había dejado para siempre.

Me dolía, me dolía muchísimo, ¿cómo podría yo aceptarlo? ¿Cómo cuando se tomó el tubo de pastillas después de que yo la acusara de tantas cosas? Ninguna de ellas era incierta, pues a Giulia se le había ido la pinza por completo, pero la culpabilidad recaía en mí y con toda su fuerza.

No podía más que llorar y llorar por tantas cosas como le dije y de tamaña gravedad. No obstante, la creí capaz de todo y por eso lo hice.

¿Y si me había anticipado? Ella juraba y perjuraba que se vengaría pero, tras recibir el dinero de Adriana no movió un dedo más. Yo estuve muy pendiente, como cuando el episodio de la leche de los niños, pero no hizo más que empastillarse ella.

Igual Giulia, en su total tormento, no habría sido capaz de hacer más daño. Eso podría haber pasado, ¿o quizás no? Igual barajaba la forma de hacerles algo terrible y a la hora de la verdad se hubiese echado para atrás.

Igual, de haber tenido yo más paciencia, a lo mejor mi hermana se hubiera terminado por marchar de la casa. Eso sí, con la mitad de la herencia de los Bianchi en el bolsillo. Eso no era lo importante porque Enzo seguía teniendo en el banco dinero para vivir cien vidas de total lujo y opulencia gracias a su imperio automovilístico.

Debía telefonarle para que se enterase por mi boca y no por la de los médicos. Era lo justo y, pese a ello, tenía que reunir las fuerzas para hacerlo. No se trataba de nada sencillo y, además, que las lágrimas no me dejaban articular palabra.

Nunca en mi vida me había visto en una situación tan difícil, sintiéndome tan culpable y tan sola. Cuando mi madre murió, Giulia estaba a mi lado. Y de pronto ella se moría. Enzo, Enzo quizás quisiera seguir a mi lado pero ¿qué sucedería cuando reconociera en mí a la impostora que era? Nunca había experimentado un verdadero acercamiento con él y lo deseaba con todas mis fuerzas, pero la verdad dolería y yo no me encontraba en condiciones de encararla. Paso a paso: lo primero sería comunicarle que Giulia había muerto, que su querida hermana, la que él llamaba Adriana, nos había dejado para siempre.

Capítulo 21



La muerte de Giulia nos sumió a ambos en el dolor. Yo me equivoqué cuando le aseguré que saldría de aquella.

En el instante en el que Enzo descolgó el teléfono desde Bruselas, donde entregó a sus hijos, y dada la hora que era, entendió que la mía no era una llamada de cortesía y que algo muy grave había sucedido.

—Vuelvo de inmediato para ocuparme de todo—me anunció.

Él no podía llegar a calibrar cuánto se lo agradecería yo porque no podía con ese tipo de trámites. Cuando mi madre murió, fue Giulia quien se encargó de todo. Qué poco podía yo imaginarme entonces que a ella tampoco le faltaría tanto.

Enzo llegó y me encontró destrozada. Ya todo estaba preparado para la misa y el entierro, eso sí, porque ambos acordamos que cuanto antes, mejor.

Por más que trataba de hacerme a la idea, no acertaba a comprender cómo habíamos llegado a ese punto, en qué momento todo se nos fue de las manos hasta llegar a suicidarse, porque lo suyo había sido un suicidio en toda regla.

Y luego quedaba la peor parte; la de que yo me perdonase. Ella se suicidó tras aclararle yo que la odiaba por todo el mal que me había causado en la vida y tras hablarle también de mis pensamientos en torno a que también era la causante de la muerte de Adriana, por los líos en los que la metió.

Me dolía muchísimo decirle todo aquello, eso no lo voy a negar, pero lo consideré necesario y lo hice. Y el resultado había sido tan impactante como inesperado, lo que me aterraba.

Teníamos por delante una situación tremenda y suerte que él volvió a toda velocidad y encontré un hombro en el que llorar.

Enzo no solo se ocupó de todo, sino que me hizo de paño de lágrimas. Él estuvo muy pendiente en todo momento de mí. Yo, en el fondo de mi corazón, no solo me sentía huérfana en cierto modo tras la muerte de mi hermana, sino también aliviada, algo que suponía un tremendo contraste y que no me hacía sentir nada bien.

Que conste que lamentaba cantidad su fallecimiento, pero no podía evitar sentir también que con este se cerraba un doloroso capítulo de mi vida en el que ella me había tenido subyugada. Lo que sentía realmente, y por primera vez, era una sensación de libertad que no había experimentado nunca, aunque sin dejar de lado la aflicción que me provocaba su marcha de este mundo.

Había una parte, esa del alivio, que Enzo no podría ni imaginársela, aunque ciertamente sé que había piezas en el rompecabezas de Giulia que a él no le cuadraban.

El día de su funeral, el siguiente a la llegada de Enzo, amaneció gris pese a ser verano. A mí no me extrañó en lo más mínimo porque de ese mismo color lucía mi corazón, haciendo juego con él.

Nunca se me hubiera pasado por la cabeza que al entierro de mi hermana acudieron tantas personas, aunque ser familiar de Enzo Bianchi era lo que tenía. Él la había presentado en sociedad y todo su entorno querría acompañarle.

Enzo no se movió de mi lado en todo momento y eso fue algo que no se le fue por alto a más de uno. Él, que era uno de los divorciados más codiciados de la sociedad italiana, estaba en el ojo del huracán de muchas mujeres de su alrededor, las cuales vieron en mí una rival ese día.

Era evidente, por sus gestos, que su interés por mí iba a más. También lo era que, muerta Giulia, la única farsante que quedaba a su lado era yo.

Él lo ignoraba y solo miraba por mí. Se le notó. Entre la muchedumbre se movió como pez en el agua y luego me siguió protegiendo hasta el final del acto fúnebre.

Él mismo tomó la palabra cuando el ataúd de Giulia iba a ser bajado para quedar definitivamente enterrado. Durante unos segundos, hizo referencia a lo poco que pudo conocerla y a lo mucho que le hubiese gustado poder ahondar en la personalidad de su hermana. También habló de la honda pena que le hacía sentir su marcha y de la muesca que quedaba en su corazón. Por último, se refirió igualmente a que agradecía al cielo poder haber¹ compartido ese poco tiempo con ella y también haberme conocido, para lo que me señaló y casi me desmayo, y que yo formase parte para siempre de los Bianchi.

Todos escucharon sus palabras con atención y yo me convertí en un mar de lágrimas en el momento en el que le di el último adiós. Suerte que él no escuchó el murmullo de “hasta siempre, Giulia”. O quizás sí hubiese sido mejor que lo escuchase y me hubiese desenmascarado de una vez.

En el momento final, incluso asistimos sorprendidos al nostálgico espectáculo de una lluvia de verano que se mezcló con las tristes notas de la música que acompañó su despedida, que también fue elegida por Enzo, puesto que yo no tuve fuerzas para participar en nada.

Una vez en casa, me sentí desfallecer y él mismo me acompañó a mi cama. Nunca habíamos estado los dos allí y me sobrecogí.

—Quiero que sepas que te voy a cuidar y a proteger. La muerte de tu hermana no cambia nada—me confesó en ese momento en el que le sonreí agradecida y me devolvió la sonrisa—. Para mí eres como un pequeño colibrí—añadió antes de girar sobre sus talones y marcharse.

Comenzó entonces la verdadera pesadilla por mi parte. De nuevo allí, tenía que hacer frente a la verdad y no sabía en qué momento me encontraría con fuerzas para ello.

Cada segundo que pasaba en esa casa era un segundo que no merecía. Cada atención por su parte me hacía sentir como una malísima persona y eso apenas podía soportarlo. Quise dormir y no lo logré. Era hora de afrontar un destino que no sabía qué me depararía, pero no me consideraba merecedora de seguir habitando en una casa a la que llegué con mentiras y más mentiras.

—Quiero que sepas que te voy a cuidar y a proteger. La muerte de tu hermana no cambia nada—me confesó en ese momento en el que le sonreí agradecida y me devolvió la sonrisa—. Para mí eres como un pequeño colibrí—añadió antes de girar sobre sus talones y marcharse.

Comenzó entonces la verdadera pesadilla por mi parte. De nuevo allí, tenía que hacer frente a la verdad y no sabía en qué momento me encontraría con fuerzas para ello.

Cada segundo que pasaba en esa casa era un segundo que no merecía. Cada atención por su parte me hacía sentir como una malísima persona y eso apenas podía soportarlo. Quise dormir y no lo logré. Era hora de afrontar un destino que no sabía qué me depararía, pero no me consideraba merecedora de seguir habitando en una casa a la que llegué con mentiras y más mentiras.

Capítulo 22



Dormí muy mal esa noche. A cada momento me despertaba y me imaginaba que Giulia estaba allí, a mi lado. Luego caía en la cuenta de que ella no volvería jamás y entonces entendía que mi vida había cambiado para siempre.

Enzo tocó en mi puerta, pues ni ganas de levantarme tenía. Entró con una sonrisa que me levantó el ánimo y eso que estaba roto por dentro.

Mi cobardía le estaba haciendo también mucho daño y era algo que no me perdonaba. Si él supiera que Giulia no era Adriana, sino una vulgar impostora, podría dejar de sufrir por su hermana. También era cierto que la misma Adriana estaba igualmente muerta, pero al menos a ella no la había conocido y no podría echarla de menos.

—Necesitas levantarte y reponer fuerzas, pequeña—me dijo en un tono muy cariñoso que le agradecí con una sonrisa.

—¿Fuerzas para qué? No me siento con fuerzas para nada, esa es la realidad, Enzo.

—Tenemos una reunión con mis abogados, es importante que acudas a ella y que prestes atención—me anunció.

—¿Con tus abogados? ¿Una reunión? ¿Y qué pinto yo ahí? No entiendo, es que no entiendo nada.

—Giulia era mi hermana, pero también la tuya. Ahora ha fallecido y lo ha hecho con una fortuna intacta, la misma que recibió en herencia por parte de mi padre.

—Pero... Ese dinero no me pertenece a mí, sino a los Bianchi. Ese es el fruto del trabajo de vuestra familia y en ella debe seguir. Yo no soy merecedora de nada, no quiero ni un euro, de veras.

—Eres tan especial, Nicole. Apostaba a que dirías algo así, aunque no me vas a convencer por ello. Desde el principio supe que eras distinta. No sé cómo decirlo y te aseguro que lo último que haría en el mundo sería manchar la memoria de nuestra hermana, pero entre ella y tú mediaba un abismo. Tú eres tan sensible, tan amorosa, tan... Hasta mis hijos te adoran, y eso que su tía era ella. Adriana tuvo mucha suerte de tenerte siempre en su vida.

—Por favor, Enzo, yo ahora no puedo con esta presión. No me encuentro bien y necesito tiempo para recapacitar. Su muerte ha sido muy impactante y estoy en shock. De lo último que deseo hablar es de un dinero que además considero que no merezco para nada.

—Adriana habría querido que quedases respaldada a su muerte. Y yo también lo quiero. Quizás no sea este el momento y, si lo ves así, perdóname por la falta de tacto, pero estaba deseando que supieras cuáles son mis intenciones... Al menos algunas de mis intenciones, porque de otras no te he hablado todavía.

Sus palabras me sonaron como un cálido y suave bálsamo. De ser otras las circunstancias, habría muerto de amor allí mismo, porque yo adivinaba sus ganas de besar mis labios y las mías de que me los besara no eran menos.

Ojalá hubiera podido corresponderle. Me debatía entre quedarme allí y afrontar la verdad, y que él me terminase echando a patadas de su casa, pero al menos librarle de su dolor, o bien salir de allí a la chita callando y como lo tenía pensado la mañana en la que nos encontramos a Giulia en ese gravísimo estado que la llevó a morir.

Enzo salió de mi dormitorio y, al llegar a la puerta para encarar el pasillo, se volvió y en sus labios se dibujó una nueva sonrisa. Era evidente que se encontraba muy triste por lo de Giulia, pero también lo era que comenzaba a sentir algo por mí que le tocaba el corazón, y que eso le generaba algo de ilusión.

Me quedé en la cama pensando en lo injusto que me resultaba haber encontrado el amor en el único lugar del mundo al que llegué mintiendo. Yo, que odiaba las mentiras, hubiera estado loca por contarle la verdad desde el principio, pero la presión y el miedo me pudieron. Y sentía que ya era tarde para todo eso. Sentía que le había fallado estrepitosamente al hombre que, de un modo o de otro, comenzaba a sentir por mí.

Mis relaciones con los chicos habían sido escasas, como ya comenté, y no llegué a acostarme con ninguno de ellos. Por suerte, tampoco aquel energúmeno que quiso acabar con mi vida logró arrebatarme mi virginidad del modo que lo pretendió.

Ojalá estuviese en condiciones de ofrecerle a Enzo eso que nunca le había entregado a ningún otro. Ojalá pudiese llegar hasta él y confesarle que comenzaba a sentir por su persona, que me atraía su cuerpo, su mirada y su manera de ser. Ojalá hubiera podido apoyarme en él para superar tanto dolor. Ojalá no me hubiese dado miedo mirarle a los ojos. Ojalá hubiera más verdad en mi interior para ofrecerle. Ojalá no tuviera pendiente una confesión hacia él que me estaba matando. Ojalá todos mis problemas se acabasen de una vez. Ojalá mi vida hubiera sido tan distinta que ni yo misma pudiera reconocerla.

Traté de dormir algo más y no pude. El trinar de los pájaros terminó por desvelarme por completo en una mañana en la que de ninguna de las formas me sentía con fuerzas para levantarme.

Muchas veces en mi vida me encontré mal, pero todo lo sucedido acababa de sobrepasarme. No encontraba un motivo para levantarme, un motivo que no me costase tanto trabajo como una confesión a la que temía más que a un toro bravo. O como una despedida en la que todo saltaría por los aires, dinamitando cualquier posibilidad de relación entre ambos.

Odiaba la forma en la que todo se estaba desarrollando y odiaba también la manera en la que mi vida se me estaba yendo de las manos. No sentía ningún control sobre nada y hasta llegué a pensar que lo único que deseaba era dormir y luego dormir más.

l

a

a

Odiaba la forma en la que todo se estaba desarrollando y odiaba también la manera en la que mi vida se me estaba yendo de las manos. No sentía ningún control sobre nada y hasta llegué a pensar que lo único que deseaba era dormir y luego dormir más.

Capítulo 23



Enzo estaba muy preocupado por mí. Tuvieron que pasar varios días hasta que pude levantarme y hacer algo de vida normal, si es que así podía considerarse la mía, dado mi tormento interior.

Aquella mañana me pidió que me levantase, que nos marcháramos un par de días. Él tampoco levantaba la cabeza y era obvio que debíamos hacer algo, aunque lo mío no tenía remedio, ese era mi pensamiento.

Me propuso hacer un viaje y yo, aunque moría de ganas por hacerlo con él, le comenté que no me encontraba en condiciones, que lo sentía muchísimo. Sé que lo lamentó profundamente, porque también lo necesitaba. Yo es que no podía dar más de mí, por mucho que me diese pena su reacción.

—Está bien, nada de viajes. Pero al menos debes aceptar venir a pasar el fin de semana conmigo a un lugar que te encantará, si es que no lo conoces. Está muy cerquita de aquí y para ti será como encontrarte en casa, pues iremos a una villa de mi familia—me ofreció.

—Eres muy amable, Enzo, pero mi cabeza no está para nada ahora—le comenté.

—¿Y crees que la mía sí? El varapalo que nos ha asestado la muerte de Adriana no es pequeño precisamente, pero debemos hacer por superarlo. Me encantaría que me acompañases. Solo será un fin de semana—me aclaró.

Entendí sus ganas, que eran muy parecidas a las mías, y me levanté. Era un primer paso porque en aquellos días que sucedieron al entierro de Giulia ni siquiera pude hacerlo. Cuántas veces estuve por sacarle de su error. Mi hermana era Giulia, no Adriana. Y, de paso, nada tenía que ver con él.

Mentalmente, lo hacía una y otra vez. En mi mente se lo contaba, como en los dibujitos animados, cuando ves que la imaginación va un paso por delante, que crees haber hecho algo que no, que la escena de pronto da marcha atrás y te vuelves a encontrar en el punto de partida.

A nivel mental yo estaba hecha polvo. La muerte de Giulia me había situado en la boca de un pozo y yo solo podía mirar abajo, muerta de remordimientos y de dolor. La toxicidad de mi hermana había logrado terminar conmigo a nivel mental, me había dado una paliza, me había colocado en medio de un campo de minas imaginario en el que mi cabeza podía saltar por los aires en cualquier momento.

Pronto estuvimos en marcha. Enzo lo tenía todo preparado. Nos pusimos en carretera, si bien el trayecto era cortísimo porque yo no quise decantarme por otro más lejano, de manera que apenas nos apartamos de Roma y nos acercamos a Tivoli.

Nada más llegar a ese lugar de veraneo en el que yo nunca había estado, me enamoré de su magnífico paisaje compuesto por agua, mucha agua, y por unas colinas verdes que se me asemejaban a los ojos de Enzo.

Conforme avanzábamos a la que era su residencia allí, pues Enzo las tenía repartidas por toda Italia, me iba contando sobre las famosas Villa del Este y Villa Adriana.

Los ojos se le empañaron al nombrar esta última, cuyo nombre coincidía con el de su verdadera hermana. A punto estuve de desvelarle la verdad en ese profundo momento, pero luego me encontré con un muro de realidad que me obligó a silenciar mis labios, con un muro de temor que hizo que siguiera en mi interior y solo en mi interior una realidad que un día u otro tendría que salir al exterior.

Ese majestuoso lugar, la Villa Adriana, es una de las maravillosas reliquias que tenemos la suerte de que queden en pie como testimonio de las construcciones del Imperio Romano.

Enzo me iba dando las oportunas explicaciones, hablándome de su enorme tamaño, de sus villas, de sus teatros, de sus templos, de sus termas y de sus fuentes.

Yo le escuchaba embobada. Nadie se había esmerado tanto en la vida conmigo, en el sentido de darme tantas explicaciones sobre algo. De Enzo, entre otras muchas cosas, me llamaba poderosamente la atención su cultura, su forma de querer integrarme en todo lo que hacíamos o los lugares por los que pasábamos. Era un hombre extraordinario en todos los sentidos y yo le miraba complacida.

En mi caso, sentía mucha curiosidad y cualquier cosa o lugar del que me hablase, luego yo lo investigaba aparte. Nunca pude estudiar como me hubiese gustado, pues en casa pronto tuve que arrimar el hombro para que no nos faltase el pan en la mesa y mis sueños de estudiar para decoradora se desvanecieron.

Por esa razón, admiraba cada culta palabra que salía de su boca, aparte de que le miraba embelesada porque cuanto más me contaba, más interés despertaba en mí como mujer.

Desde que estaba en su casa, él no lo sabía, pero yo leía más y hasta estudiaba. Quería poder seguirle las conversaciones, haciéndome la ilusión de que charlaríamos de todo durante años, como si yo no tuviera una soga de punto de ahorcarme respecto a él, una soga capaz de ahorcarme para siempre de un modo cruel, capaz de apartarme para el resto de mi vida de él. ¿Sería lo que mereciera? Pues puede ser, no lo voy a negar, supongo que todo dependerá del prisma desde el que se mire.

Llegamos a su villa y era una verdadera pasada de lugar con vistas imperdibles y una piscina infinita. Un lugar de que enamorarse, aunque yo sabía muy bien que su propósito al llevarme allí no era solo proporcionarme otra magnífica estancia en un lugar de lujo distinto, sino sacarme del lugar en el que mi hermana había tomado la fatal

decisión y que, así, cambiara de aires.

Igual a él también le venía genial, pues los dos estábamos muy afectados. Ambos estábamos unidos por un nexo trágico, con la diferencia de que la única que había perdido una hermana era yo, aunque él no lo supiera, aunque é siguiera en un engaño del que no tuve el valor de sacarle.

)

;

e

l

a

l

decisión y que, así, cambiara de aires.

Igual a él también le venía genial, pues los dos estábamos muy afectados. Ambos estábamos unidos por un nexo trágico, con la diferencia de que la única que había perdido una hermana era yo, aunque él no lo supiera, aunque él siguiera en un engaño del que no tuve el valor de sacarle.

Capítulo 24



El día lo pasamos por los alrededores de Tivoli. Yo tendí a quedarme en la villa, pero él no me lo permitió.

—Tienes que salir más, Nicole. Eres muy joven y estás llena de vida—me comentó mientras me apartaba un mechón de pelo de la frente.

Cada vez que tenía un gesto así conmigo, me temblaban las piernas. Y sin tenerlo. Con solo acercarse a mí me provocaba sensaciones desconocidas, sensaciones que nunca había sentido y que me hacían flaquear.

—Yo es que prefiero quedarme aquí disfrutando del paisaje—me excusé.

—Y yo prefiero que te dé el aire y llevarte por los alrededores. Tivoli es una maravilla y te va a encantar. ¿Sabes que dicen de Tivoli que es el cofre del tesoro que la mar arrastró hasta la arena de Roma? —me preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—Ay, por favor, qué cosa más bonita—me derretí al escucharlo.

—Pues esa cosa tan bonita es justo la que tú te quieres perder, ¿te crees que es normal? —rio.

Miré a mi alrededor y tuve que darle la razón. Las colinas y montañas provocaban el deleite de mi vista y, sobre varias de ellas, lucía con orgullo un pueblecito medieval, coronándolas.

La paleta de colores me fascinaba; los marrones suaves, pero a la vez iluminados, se mezclaban con la intensidad de sus distintos verdes, lo que explica a la perfección que el emperador Adriano la escogiera como su residencia veraniega.

No tuve más remedio que seguir sus indicaciones y salir con él. Recorrer ambas villas, Adriana y la del Este, aunque fuese de forma somera, paseando con rapidez por sus jardines, me hizo saborear y expresar una experiencia que me había llegado en un día en el que todo era novedoso para mí.

Me sentía cansada, eso sí. Mientras caminaba notaba como si me hubiesen vaciado las pilas en los últimos días y él, que lo percibió, enseguida me cogió de la cintura.

No voy a decir que no me sonrojase, porque yo soy así y no pude evitarlo. No obstante, en ningún momento le pedí que me soltase, pues ese gesto me encantaba y me daba hasta por pensar que, en otras circunstancias, incluso podría seguir llevándome así siempre.

Cuando terminamos de dar la vueltecita, se había hecho la hora de almorzar y él arqueó una ceja para hacerme una propuesta inusitada.

—Por supuesto que aquí hay restaurantes magníficos y que en casa también nos podrían preparar platos deliciosos, pero te hago una propuesta distinta, ¿y si comemos un bocadillo de *porchetta*?

Para quien no lo sepa, esa receta a base de cerdo asado, sabrosa y crujiente, es muy típica de la zona y la propuesta abrió mis ojos como platos en un plis plas.

—No se me ocurriría nada mejor para comer—le contesté de inmediato.

Me apetecía y eso que llevaba unos días sin apenas apetito, pero de pronto quise saborear esa exquisitez en forma de bocata que me ilusionó.

—Pues no se diga más. Vamos....

Al decírmelo me cogió de la mano. Ya daba igual lo que nos preparasen, el asunto era que me sabría delicioso después de que él me la cogiese. No obstante, encima me metió en un pequeño bar en el que la gente no podía ser más amable y cuyo olor ya apuntaba a que comeríamos allí los mejores bocatas del mundo.

No es lo primero que piensas en relación a alguien tan adinerado como Enzo, pero parte de su encanto residía en que él sabía sacarle el jugo a todo. Y eso me encantaba.

Tras tomarnos el bocata en el ambiente más distendido del mundo, Enzo pagó y dejó una generosa propina gracias a la cual nos invitaron a unos chupitos que estaban espectaculares.

—¡Salud y libertad! —exclamó en ese momento.

Me ubiqué con ese brindis. La libertad es esencial en la vida y yo no disfrutaría de ella hasta que no le contara la verdad de lo sucedido, hasta que no le confesara quién era realmente y hasta que no le narrara que Giulia no le tocaba nada, que ya podía dejar de sufrir por ella.

Mientras no lo hiciera, me sentiría encadenada. Daría igual lo mucho que él quisiera acercarse a mí, lo mucho que deseara estar conmigo, yo nunca me sentiría libre mientras me escondiese bajo una coraza de mentiras. Y cuando dejase de hacerlo, entonces sería Enzo quien me diese la patada y quien no me permitiese permanecer más en su vida.

Me sentí muy mal al encajar todas las piezas y llegar a la conclusión de que el puzle, en mi caso, nunca llegaría a completarse. Me sentí tan mal que tuve que aguantar unas lágrimas que, al final, me ganaron la partida y terminaron saliendo unas detrás de otras. Lloré a lágrima viva delante de él en un momento en el que no pegaba que lo hiciera y en el que le di un tremendo mal rato.

a

A Enzo no le extrañó porque pensaba que lloraba por el duelo por el que estaba atravesando. Y no era así del todo. El duelo estaba ahí y dolía. Además, seguiría doliendo durante mucho tiempo, pero en mi caso había más.

Ni siquiera un enorme y rico helado al que me invitó un rato después terminó con esas lágrimas, pues vertí varias sobre él mientras me lo tomaba.

a

Cada vez me sentía más acorralada y notaba que él no sabía lo que hacer por contentarme. Enzo dejaba al lado su propio dolor para que a mí me doliera menos. Y observar que era tan bueno conmigo me producía el efecto contrario... Odiaba estar mintiéndole de ese modo y me odiaba a mí misma por hacerlo.

s

:

Me sentí muy mal al encajar todas las piezas y llegar a la conclusión de que el puzle, en mi caso, nunca llegaría a completarse. Me sentí tan mal que tuve que aguantar unas lágrimas que, al final, me ganaron la partida y terminaron saliendo unas detrás de otras. Lloré a lágrima viva delante de él en un momento en el que no pegaba que lo hiciera y en el que le di un tremendo mal rato.

A Enzo no le extrañó porque pensaba que lloraba por el duelo por el que estaba atravesando. Y no era así del todo. El duelo estaba ahí y dolía. Además, seguiría doliendo durante mucho tiempo, pero en mi caso había más.

Ni siquiera un enorme y rico helado al que me invitó un rato después terminó con esas lágrimas, pues vertí varias sobre él mientras me lo tomaba.

Cada vez me sentía más acorralada y notaba que él no sabía lo que hacer por contentarme. Enzo dejaba al lado su propio dolor para que a mí me doliera menos. Y observar que era tan bueno conmigo me producía el efecto contrario... Odiaba estar mintiéndole de ese modo y me odiaba a mí misma por hacerlo.

Capítulo 25



La noche la pasaríamos en la villa. Él mismo se puso a los mandos de una barbacoa en la gran terraza con piscina infinita.

Me hizo mucha gracia cuando salí de la ducha y le vi allí, incluso con el mandil colocado. Le dediqué una sonrisa que no le pasó por alto.

—Pero bueno, ¿se te da bien hacer eso?

—¿Una barbacoa? ¿Tan torpe me consideras? Ni que hablásemos de mandar un cohete al espacio, ¿te gusta cómo huele?

—Huele delicioso. De hecho, te lo iba a decir ahora mismo, ¿cuál es el truco?

—Ponerle mucho amor, ese es—me comentó mientras que daba un beso en la mejilla.

Ese gesto espontáneo me sacó una sonrisa muy amplia. Se había dejado caer y más cuando me tomó a la par por la cintura, me acercó a él y me dio un bonito abrazo.

Yo me dejaba querer, pensando en que esos pocos momentos serían los que me llevaría por delante. La atracción entre ambos era evidente. No hacía falta más que me mirase a los ojos para que saltaran chispas por ambos lados. Y eso era algo que me cautivaba.

Me senté a su lado y me sirvió una copa de vino blanco. Yo no era de beber mucho, pero tampoco de hacerle asco a un manjar que me supo a gloria, pues la calidad del vino era excelente, algo que comprobé nada más mojarme los labios.

Él también se los mojó y nos miramos. Nuestros labios lucían muy jugosos y las ganas de besarnos eran evidentes. Él me miró y se sonrió. A continuación, saltó una chispa que en ese caso fue real, saliendo de la barbacoa, y él acudió presto a apagarla.

Me gustaba observarle en las situaciones más cotidianas. A pesar de contar con servicio también en aquella villa, él mismo se ocupó de hacer la barbacoa para que contásemos con mayor privacidad.

De pronto quise ayudarle y lo hice. Me puse a su lado y él no paraba de besarme el contorno de la cara. Mis labios seguían mirando al frente, pero él dejaba caer los besos por ese contorno como si de un tobogán se tratase.

—Me gusta que estés aquí conmigo, Nicole. Me gusta mucho. Sé que no es el mejor momento para muchas cosas y lo respeto, pero me encantas y tengo que decírtelo. No puedo quedármelo para mí.

—A mí también me gusta estar a tu lado—murmuré.

—Sé que la desgracia que nos acaba de azotar lo condiciona todo, pero ¿crees que sería posible que por una noche tratásemos de dejarla a un lado? —me preguntó.

—Me encantaría—le respondí porque si hacíamos ese pacto sería la única forma de poder disfrutar de unas horas con él como si nada sucediera.

Logró con sus palabras que yo convirtiese en sonrisas esas lágrimas que me salían a cada momento, unas detrás de otras.

Una vez hubimos terminado de preparar la barbacoa, conmigo como pinche, nos sentamos a degustarla.

Poco hay que añadir sobre lo exquisito de los cortes de carne que Enzo había encargado. Uno a uno, se deshacían en mi boca.

Logró que comiese y eso que en los últimos días mi apetito era mínimo, no tenía ninguna gana de abrir el pico, No obstante, la compañía, la conversación, el lugar y esos bocados tan deliciosos hicieron que cenase en condiciones.

De música de fondo, sonaban melodías latinas. Tenía gusto para la música y era conocedor de que ese tipo de bailes me apasionaban también. Estoy segura de que las eligió por eso, porque deseaba que la noche fuese maravillosa y que no faltara ningún elemento que nos uniese.

Se le notaba la manera de querer agradarme. Las notas musicales comenzaron a arrancarme unos pasitos incluso cuando seguía sentada.

Nunca tuve el placer de recibir unas clases de baile latino unos años antes. Tan joven como era, me habría encantado vivir algunos de los momentos más felices de mi juventud junto a mis compañeros, pero eso nunca me llegó.

Apenas pude poner en práctica lo que aprendí yo solita porque no es que hubiera salido demasiado de noche. En ocasiones, Giulia me encontraba en casa bailando sola y entonces negaba con la cabeza, como si estuviera loca.

Quizás fuese una locura, pero una bendita locura. Quizás, todo lo que aprendí por mí misma me sirviera para

ponerme de pie junto a él en el momento en el que me invitó a hacerlo, y dar rienda suelta a la bailarina que llevaba dentro.

Enzo comenzó a llevarme como hacen los hombres en ese tipo de bailes. No es una cuestión de machismo, es que simplemente en ellos sí que funciona así. A mí me sirvió para relajarme al ver que sabía lo que hacía y que únicamente me tendría que dejar hacer, como en la noche que dio la fiesta en honor a mi hermana.

Enseguida comprobé de nuevo que había química en esa improvisada pista de baile. No era ya solo que bailásemos genial juntos y que yo siguiera los pasos que me indicaba sin el menor problema. Era más. Yo sentía que me anticipaba a sus indicaciones y él también se daba cuenta. Por esa razón, terminaba riendo junto a mí.

Dimos muchas, muchas vueltas... Y al final nuestros labios se quedaron descosidos los unos de los otros. Él me miraba y yo me sonrojaba.

Creí que me iba a besar, pero mis piernas me jugaron una mala pasada. Comenzaron a temblar demasiado y él se dio cuenta. Quizás pensó que no estaba preparada en ese justo instante o quizás decidió dejarlo para más adelante.

Al contrario de lo que sucedía con el baile, en cuestión de sus ritmos yo no era capaz de anticiparme. Lo que sí hice fue retirarme suspirando. Ya era muy tarde y me fui para el dormitorio de invitados que ocupaba en aquella villa en la que notaba el desate de la pasión, porque era lo que estaba sucediendo.

Llegué a la cama y suspiré hondo. Tenía que descansar, aunque notaba la humedad que invadía las partes más prohibidas de mi cuerpo y eso lo complicaba todo un poco. Me notaba arder. Nunca había experimentado algo semejante y tuve que hacer por calmarme.

ponerme de pie junto a él en el momento en el que me invitó a hacerlo, y dar rienda suelta a la bailarina que llevaba dentro.

Enzo comenzó a llevarme como hacen los hombres en ese tipo de bailes. No es una cuestión de machismo, es que simplemente en ellos sí que funciona así. A mí me sirvió para relajarme al ver que sabía lo que hacía y que únicamente me tendría que dejar hacer, como en la noche que dio la fiesta en honor a mi hermana.

Enseguida comprobé de nuevo que había química en esa improvisada pista de baile. No era ya solo que bailásemos genial juntos y que yo siguiera los pasos que me indicaba sin el menor problema. Era más. Yo sentía que me anticipaba a sus indicaciones y él también se daba cuenta. Por esa razón, terminaba riendo junto a mí.

Dimos muchas, muchas vueltas... Y al final nuestros labios se quedaron deseosos los unos de los otros. Él me miraba y yo me sonrojaba.

Creí que me iba a besar, pero mis piernas me jugaron una mala pasada. Comenzaron a temblar demasiado y él se dio cuenta. Quizás pensó que no estaba preparada en ese justo instante o quizás decidió dejarlo para más adelante.

Al contrario de lo que sucedía con el baile, en cuestión de sus ritmos yo no era capaz de anticiparme. Lo que sí hice fue retirarme suspirando. Ya era muy tarde y me fui para el dormitorio de invitados que ocupaba en aquella villa en la que notaba el desate de la pasión, porque era lo que estaba sucediendo.

Llegué a la cama y suspiré hondo. Tenía que descansar, aunque notaba la humedad que invadía las partes más prohibidas de mi cuerpo y eso lo complicaba todo un poco. Me notaba arder. Nunca había experimentado algo semejante y tuve que hacer por calmarme.

Capítulo 26



Mi cuerpo temblaba como una hoja cuando noté que la puerta de mi dormitorio se entreabría. No voy a negar que quizás, y de un modo inconsciente, le hubiese enviado señales, pero tampoco que la situación me imponía tanto que me aferré a mis sábanas, como si estas pudieran protegerme de algo que deseaba con todo mi ser, pero que a la vez me dejaba sin aliento con solo pensar en ello.

No solo me dejó sin aliento, también lo hizo sin palabras y eso fue peor. Ni siquiera él habló, esas palabras en realidad sobran aunque yo no lo supiese en ese momento.

Me sentía tan, tan pequeñita a su lado... Enzo lo llenaba todo con su increíble presencia. Las sensaciones que provocaba en mí eran tan diversas y todas ellas tan excitantes que apenas podría definir las. Es que ni siquiera me entraban en la cabeza.

Él, con su aplastante seguridad, venía a tiro hecho, como suele decirse. Ni uno solo de sus movimientos indicaba que pudiera haber en su persona un ápice de duda, no creo que por su mente pasase la posibilidad de un rechazo y poco se equivocaba al respecto.

Uno de mis secretos, de los múltiples que tenía, esperaba que le pasara desapercibido. Yo seguía siendo virgen, por mucho que alguien, en la que ya consideraba otra vida, hubiese tratado de profanar lo más sagrado para mí.

La mía no había sido una vida fácil, nada quería pensar sobre eso y en tal momento. Tampoco deseaba pensar en las repercusiones que pudiera tener respecto a la memoria de mi hermana. Me salía mucho más a cuenta, por una vez en la vida, mirar por mí y entregarme a un arrebatador deseo que tan pronto me provocaba la más grande de las excitaciones como un miedo cerval a que se me pudiese notar lo perdida que estaba en el sexo, lo perdida que estaba en la vida en general.

Mi respiración se entrecortaba mientras que su dominio sobre la suya era total. Enzo exhibió una atractiva sonrisa en el mismo momento de llegar a mí.

Seguro de sí mismo por completo, sin decir nada, apartó esas sábanas a las que yo me aferraba. Lo que encontró debajo de ellas no pudo ser más de su gusto y de sus labios salieron unas palabras que no tuve que descifrar, puesto que las pronunció alto y claro.

—Absolutamente deliciosa, mi pequeño colibrí.

Con solo eso, con cinco palabras, logró erizarme por completo y que el humedecimiento que me sobrevino resultase irremediable. Cuando lo noté, los colores afloraron a mi rostro y a él debí parecerle aún más deliciosa, a juzgar por lo que me decían sus ojos.

Liam hablaba con esos ojos suyos y me decía más cosas que sus propias palabras, las cuales también sentenciaban. Yo igualmente estaba sentenciada; lo estaba a entregarme a él, algo que haría con mucho temor, pero con cero reservas.

Mi pequeño camisón lencero, de satén blanco angelical, le podía. Se notaba por la forma en la que me acariciaba la piel a través de él, como si pudiera traspasarla con sus dedos.

Se trataba de un camisón cortito y bajo él tan solo llevaba unas pequeñas braguitas, también blancas y a juego. Aquel bonito conjunto me lo había auto regalado por mi último cumpleaños. Lo vi en el escaparate de una conocida marca de lencería en un centro comercial y me enamoré de él. Y eso que no pensé en lucirlo en compañía de un hombre como Enzo.

Enseguida alcanzó su borde inferior, acariciando mis muslos y con la intención de explorarlos en dirección norte, yendo de subida. Me estremecí entonces de un modo que no debía ser de este mundo, me estremecí hasta un límite bestial mientras notaba que el interior de mi vulva se volvía líquido, que me deshacía, que me derretía y que me perdía en su profunda mirada, la cual me costaba aguantar.

En más de un momento, yo trataba de desviar la mirada por pudor, ya que los nervios me atrapaban de un modo difícil de controlar. Entonces él tomaba mi mentón, provocando que tuviese que mirarle, que tuviese que sostenerle una mirada que me hacía temblar de arriba abajo.

Cuando sus dedos llegaron a mis braguitas ya el temblor fue bestial y eso que no era más que el principio, y eso que yo no podía ni siquiera imaginar la magnitud de lo que venía luego.

Yo no tenía interiorizado el sexo del modo en el que Enzo estaba dispuesto a enseñármelo. Con él cualquier sensación se amplificaría y eso era algo que yo iba a descubrir en las siguientes horas, pues no había entrado en mi dormitorio para hacerme una visita rápida, no era eso lo que tenía en mente, para nada lo era.

No tardó tampoco en apartarlas, echándolas hacia un lado, y entonces emití una especie de suspiro que debió ser de su total gusto, como me transmitió esa pícara sonrisa que me hizo ruborizarme mucho, mucho más...

Me fascinaba esa sonrisa, no podía negarlo, pero a la par contaba con el poder de hacer un par de volcanes de mis mejillas. Una sonrisa así sería capaz de derretir los polos a poco que se lo propusiera. Y me estaba mirando a mí. No quería dárme las de nada, pero se trataba de una sonrisa con dedicatoria, de una sonrisa destinada a mí que quiso sacar también la mía, si bien mis nervios provocaron que los músculos que me hubieran permitido hacerlo se me atrofiaran.

Me notaba petrificada, pero tenía que dejarme llevar. Deseaba con todas mis fuerzas, con todo mi corazón, que aquello ocurriese. Y a la par me sentía aterrada.

Puedo afirmar sin temor a equivocarme que Enzo intuía algunas de las cosas que me pasaban por la cabeza. Yo seguía siendo virgen, porque hay maldades que no prosperan y que solo sirven para poner el contador a cero, como estaba tratando de hacer.

Fue su boca, al tumbarse sobre mí, la que terminó por retirar mis braguitas. Bajo ellas, encontró un sexo totalmente depilado, pues soy muy pulcra para según qué cuestiones, y siempre me gustó llevarlo así. Además, que me gustaba cuidarme la piel y la tenía muy sedosa, algo que no le resultó indiferente.

Si digo esto no es porque lo supusiera así, sino porque me lo reveló su mirada y la forma en la que comenzó a exhalar aire de un modo suave, pero constante. Él también emitía señales en el sexo y no difíciles de interpretar. Él también se estaba creando unas expectativas tremendas, unas expectativas que erizaban todavía más mi piel, si es que eso era posible.

Sus dedos alcanzaron mis labios vaginales y sentí como una especie de escalofrío que me recorrió de arriba abajo, que me recorrió por completo.

e

—Tranquila, tranquila—depositó en mi oído y entonces reparé en que había llevado a cabo un movimiento tan brusco que a punto estuve de patearle.

No era mi culpa si no estaba familiarizada con el sexo y si este me ponía increíblemente nerviosa. Tampoco era la suya, eso por descontado, pero agradecí que intuyera que conmigo debía ir con pies de plomo.

Le deseaba con toda mi alma, por mucho que en determinados momentos no hubiera querido ni reconocérmelo a mí misma, por miedo a todo lo que me rodeaba. Pero no podía seguir ignorando un deseo que se veía a las claras por mucho que la habitación estuviera en penumbra.

La luz la había elegido él, ya que cuando entró en mi dormitorio se aseguró de encender la lámpara de una de las mesitas de noche, logrando así un ambiente cálido, pero discreto a la vez, en el cual no tuviera yo que exponerle mi cuerpo al completo de una manera más descarada.

Agradecí su sutileza y lo hice porque la necesitaba. Yo no habría asimilado bien que él entrase con intenciones de un sexo más expuesto, más ligero, más descarnado... De un sexo más crudo que pudiera asustarme. Enzo, sin conocer los secretos de mi interior, parecía conocer a la perfección cómo debía tratarme. Y eso era muy de agradecer.

Dicho esto, ya le tenía separando mis labios vaginales. Paró en ese instante. Era evidente que no pretendía asustarme y entonces, regalándome la más sugerente de las sonrisas, los separó y siguió explorando cuanto se

encontraba dentro de ellos.

Al contacto con su sexo, el interior de mi vulva pareció deshacerse. Yo notaba un ardor que no conocía y que me dejó perpleja. Un ardor líquido que enseguida impregnó sus dedos, los cuales terminó por llevarse a la boca provocando mi máximo estremecimiento.

Quizás llegué a pensar que no le agradara mi sabor, cuando lo cierto fue que la picante mirada que me dedicó al saborearme me indicó que le fascinaba.

No dudó entonces en querer probar directamente de la vasija de la cual ese sabor emanaba, para lo que llevó su boca hasta mi sexo, el cual encontró tan rosado y mojado como palpitante.

Dicho esto, nada como dejarme llevar como lo hice... En cuestión de segundos, me sentía levitar sobre una cama en la que estaba recibiendo un placer inusitado, un placer que yo no podría ni haber sospechado de no ser porque lo estaba recibiendo de primera mano, un placer que me llevaba de cabeza al infierno de su llameante lengua, una que avanzaba en dirección de mi clítoris provocando que mis piernas botaran sobre unas sábanas que ya comenzaban a arder igualmente.

Me costaba trabajo mantener esa apariencia de tranquilidad que él me pedía. No podía parecer una pardilla, no cuando estaba segura de seguir adelante, porque nada me ponía más que pensar en que me penetrase, en tener a Enzo en mi interior, en la que para mí sería la primera incursión de un hombre en mí.

Fui feliz pensando en que eso era así. Hasta aquel día, nunca pude verlo desde ese punto de vista, nunca pude dejar de lado el intento de violación como lo estaba haciendo en aquel momento.

Con Enzo el sexo adquiría una dimensión inconcebible, alcanzaba el siguiente nivel y me provocaba unas increíbles ganas de que siguiese, de que no parase en ningún momento, de que me demostrase que podía sentirme tan mujer como cualquier otra y que podía disfrutar de las mieles de un sexo que me habían sido vetadas hasta ese momento.

No pude evitarme cogerme fuerte a él, como si en ese vaivén pudiera salir despedida, como si fuese obligatorio agarrarme. Lo hice, como digo, con una fuerza que debió resultarle llamativa, pues me miró de un modo muy simpático, como si le gustase.

Se le notaba encantado. Debía de tratarse de un hombre extremadamente experimentado y eso me hacía sentir más tranquila por un lado, aunque, por otro, me hacía estremecerme por si no daba la talla, por si no estaba a la altura.

Hice el símil en mi cabeza de que fuese como en esos bailes latinos en los que el hombre lleva la voz cantante. Me sobra juicio para saber que en el sexo no ocurre igual, que no es así para nada, pero mi falta de experiencia la suplía con ese tipo de pensamientos para no tener la sensación de volverme en sus manos más pequeñita de lo que ya era.

Su tremenda envergadura me hacía sentir así. Era tal mi atracción por él que notaba cómo me mojaba más y más. Su lengua hacía maravillas y parecía producir olas cálidas sobre mi sexo, unas olas en las que se quedó navegando durante unos minutos en los que vibré más que nunca.

Había leído sobre lo maravilloso que resultaba sentir un orgasmo en pareja, pero no era algo que yo conociese. Yo sabía que me había masturbado y conocía ese intenso calor que anticipa una sensación fogosa al extremo, un clímax sublime que te lleva a un punto en el que tu cuerpo va por libre y tu corazón se apresura de un modo que llega a dar vértigo.

Me faltaba, sin embargo, sentir lo que era un orgasmo a dos, un orgasmo provocado por alguien que no fuera yo y que me mirase como Enzo me miró en ese instante en el que comencé a chillar sin poder evitarlo mientras la vida parecía irseme con aquel torrente que ardía desde mi interior, abrasándome a su paso.

La forma en la que se echó sobre mí y comenzó a insuflarme viento en la cara, soplándome, me resultó también de lo más morbosa y tentadora. Me sorprendí mucho porque no me hubiese imaginado gritando así delante de él, si bien tampoco supuse que esas sensaciones pudieran llegar a ser así de incontenibles.

Tras ello, terminó de quitarme un camisón que aún seguía sobre mi piel, la cual ya hervía en ese momento. Bajo él no encontraría ninguna prenda más y la visión de mis senos pareció hipnotizarle.

Mi escote no era demasiado generoso, más bien cuento con unos senos medianos, pero que le fascinaron, colocando sus manos sobre cada uno de ellos. Fue el único momento en el que cerró los ojos durante aquella sesión de cama, y no miento si digo que hubiese pagado por conocer sus pensamientos, por poder meterme en su cabeza y saber qué pensaba exactamente mientras que se deleitaba con ellos.

Esos senos míos tampoco habían conocido sensaciones como aquellas hasta esa noche en la que sus pezones se hicieron más duros que nunca. Bastó con que comenzara a amasarlos para que se empitonasen por completo ante su atenta mirada. Y luego volvió a entrar en juego esa lengua suya que echaba fuego por allí por donde pasaba.

Con mis pezones dentro de su boca, y con unas ganas tremendas de seguir sintiéndole, cerré los ojos y me dejé llevar por sus labios. La forma en la que succionaba de mis pezones me calentó a un punto que no creía posible, eso lo de he de reconocer... A un punto que bien podría haber alcanzado el de ebullición si yo hubiese estado sumergida en un medio acuático y no en una cama con él.

s

Esa cama se me había pequeña, por cierto, pues Enzo parecía ocuparlo todo. Me imaginaba con él en la suya y me emocionaba. Soñar despierta es una habilidad humana que yo puse en marcha durante unas horas en las que, tal cual él me sentía suya, yo también le sentí mío.

Su tremenda envergadura hacía que, encima de mí, sobresaliese por todos los lados. Yo cerraba los ojos y, cuando lo abría, le encontraba tan expectante, tan excitado, que mi lubricación iba a más y a más...

Nada como aquello para comenzar a aprender dónde estaban mis límites, si bien la lección no había hecho más que comenzar y podría dar de sí muchísimo más de lo que yo ni siquiera podría imaginar.

Mis senos formaban parte de un cuerpo, el mío, que parecía gustarle por completo. Sin embargo, esos senos y mi trasero le atraían de un modo muy poderoso. Lo supe porque succionaba de ellos con ansia mientras me pellizcaba ese trasero que encontró muy duro y de su gusto por completo, porque así lo leí en sus expresivos ojos.

Un nuevo orgasmo se avecinaba y yo lo noté por la forma en la que las terminaciones nerviosas de mi clítoris comenzaron a emitir señales. No hubiera pensado que pudiera ocurrir así; él succionaba mis pezones y pellizcaba mis nalgas. Y yo... Yo me corrí de nuevo, abriéndome para Enzo como si fuese una fuente de la cual no dudó en beber nuevamente.

Las prisas no iban con él y se notaba que no las tenía. Quería disfrutar con intensidad de cada uno de aquellos momentos en los que yo me deshacía para él y él parecía totalmente encantado, probándome, paladeándome y sin descuidarme ni un solo segundo.

Más allá de todo pensamiento ingenuo que pudiera tener por mi parte, entendí que mi falta de experiencia le resultaba igualmente ideal y que no le suponía el más mínimo problema. ¿Qué problema le iba a suponer cuando yo le resultaba la más deliciosa de las criaturas por lo que él me decía?

Una chica como yo, sin experiencia y que estaba tan por él, derritiéndome en mi interior, encharcándome por momentos. Lo único que deseaba era que el ritmo no parase y que los latidos de mi corazón siguieran en aumento.

Si en algún momento me había llegado a poner muy nerviosa, no digamos ya cuando me corrí por segunda vez y entonces se desnudó del todo, algo que hasta entonces no había hecho.

La anchura de sus hombros, la fortaleza de sus brazos y la definición de sus abdominales... Ese conjunto me atraía entero y se me notó muchísimo... El gesto que le puse debió parecerle de lo más simpático y entonces me besó... Ese beso fue largo, profundo e intenso, y creí que la vida se me iba en él.

Había vivido muy poco. Obvio que me refiero a mí y no a ese hombre que debía haber vivido varias vidas en una sola y al que le sobraba experiencia. En cada uno de sus gestos me ponía más y ese beso fue muy especial para mí. Yo también le besé con pasión, con una pasión que notaba recíproca.

Su lengua actuaba con agilidad y atrapaba la mía. Me costaba seguirle el ritmo y eso me ponía nerviosa. Él lo notaba y juraría que sonreía. Era lo que intuía porque no me consideraba capaz de dejar los ojos abiertos mientras él me besaba. No cuando mis mejillas me ardían.

Fue entonces cuando me dejó caer por completo sobre el colchón, pues en ese instante me tenía medio sostenida en el aire, y pude observar su rostro con total nitidez, tan sumamente atractivo como era.

Solo con verlo, mis palpitaciones subían y subían de nivel, de manera que me quedé expectante y con un gesto que debió parecerle de lo más cándido e inocente.

No emitió palabra alguna al respecto, simplemente se limitó a sonreír de medio lado y a negar con la cabeza. Le llenaba mucho mi manera de ser tan juvenil y candoroso.

Yo me imaginaba que sus amantes habituales no debían tener mucho que ver conmigo. Más bien pensaba en ellas como mujeres experimentadas que pudieran seguirle el ritmo y hasta tomar la iniciativa en la cama, algo que a mí no se me habría pasado ni por la cabeza.

A él no parecía importarle en absoluto mi falta de experiencia. Más bien apostaría a que estaba encantado porque cada uno de sus gestos apuntaba en esa dirección. Y hablando de eso, estaba a punto de comprobar hacia dónde miraba esa otra parte de su cuerpo que todavía no se había descubierto y que ocultaba en el interior de su bóxer, el cual largó en ese instante.

Su miembro viril me impresionó un poco. Grueso, largo, duro y caliente... porque enseguida rozó mi vulva con él y me traspasó ese calor, el cual se fundió con el que yo misma estaba sintiendo.

Con una sonrisa, se apartó y lo llevó hacia mi mano, para que me hiciera con él. Esta me tembló y el corazón se me aceleró mucho... Se me aceleró tanto que emití un ruidillo que le sacó la más amplia de las sonrisas.

—Tranquila, bonita—me volvió a indicar y entendí que así debía ser. Cerré los ojos y seguí mi instinto de mujer, pues yo también lo tenía por mucho que hubiera permanecido oculto durante años.

Él me fue guiando. Lo hizo al ritmo al que debía hacerlo y también respecto a la fuerza que debía imprimirle. Con la sonrisa amable en los labios para que la situación no me infundiera más respeto del que ya me infundía, me fue guiando para que le proporcionase placer, como era mi objetivo.

Yo no podía evitar que las manos me siguieran temblando y, pese a ello, sentí que lo hice bien, que le proporcioné bastante gusto, como lo indicaba su gesto.

A su vez, yo me mordía el labio inferior por los muchos nervios. No es fácil controlarlos cuando se están adueñando de lo más profundo de tu ser, aunque pretendí hacer todo lo posible.

Igual lo estaba deseando, pero él notaba mi ingenuidad, que debía salir a borbotones y de cada poro de mi piel, por lo que no me propuso en ningún momento que le practicara sexo oral, algo que me habría resultado demasiado en ese momento. Ya estaba bastante impactada con cuanto estábamos haciendo, aunque también me fascinaba cada uno de los avances que llevaba a cabo con él y en el sexo.

Cuando le pareció que ya era suficiente, retiró mi mano de su pene y entonces me pidió que me relajase, algo que no tenía yo muy claro si podría hacer o no. Lo intenté al menos y entonces intuí que había llegado el momento,

por lo que traté de relajarme en la medida de lo posible.

Por mucho que lo hice, los miedos comenzaron a asaltarme y él tuvo la habilidad de detectarlos por completo. Comenzó a acariciarme la frente, la cual se encontró perlada de sudor. No era solo el calor que sentía, sino los muchos nervios, y estos me llevaron a esa situación en la que él terminó pasando la mano por mi frente, algo que me apuró un poco.

No estaba acostumbrada al sexo y me quedaba mucho por aprender. Sensaciones que esperaba que pronto tuviera interiorizadas se me hacían un mundo en ese momento.

Enzo se situó delante de mí y me acarició. No había un ápice de rudeza en sus ademanes y eso yo lo agradecía más de lo que él pudiese llegar a imaginar.

La entrada de mi vagina se expandió en el momento en el que él se colocó delante de ella. Yo tragué saliva nerviosa y él me acarició el rostro justo antes de hacer por entrar en mí. Le noté muy condescendiente. No iba a la suya, no era sexo puro y duro sin ningún tipo de motivación más que la de saciar un instinto primitivo, algo que me hubiese resultado muy difícil de digerir.

De hecho, el sexo con Enzo me resultó de lo más caluroso, y no lo digo ya por el hecho de que nuestros cuerpos hirvieran en la intimidad de aquel dormitorio, sino porque pude notar su calor como hombre.

Sin saber lo que me había sucedido, me cuidó aquella noche y para mí eso suponía una especie de premio. Le noté avanzar lentamente en mi interior. El grosor de su miembro provocó que se fuese rozando con mi estrecho canal, algo que, lejos de hacerme daño, me proporcionó un intenso placer.

Enseguida me tomó de las manos y me las apretó fuerte, como en señal de que podía confiar en él, de que todo iría bien y de que me gustaría cuanto tenía pensado para mí.

No se equivocó en lo más mínimo, cuando su miembro cumplió su cometido, cuando se hubo adentrado hasta los confines de mi vagina, le acogí allí con inmenso calor, aunque no estaría quieto demasiado tiempo.

Es cierto que durante una serie de segundos que no podría precisar se quedó quieto, como analizando la situación, asegurándose de que yo estuviese bien. No podría haberle acusado de nada de no haberlo hecho, pues aquel que estábamos experimentando era sexo consentido y entre adultos. No obstante, me gustó su gesto y se lo agradecí con una sincera sonrisa.

A partir de ese momento, comenzó a moverse en mi interior, hacia dentro y hacia fuera. Yo disfrutaba cada uno de sus estocques. En determinados instantes, se paraba para mirar si yo estaba bien y entonces sacaba mi tímida sonrisa.

Los gemidos comenzaron a salir de mi garganta. Al principio no voy a negar que me costase más, pero muy

pronto me desinhibí en ese sentido y di rienda suelta a esos sonidos que le endurecieron más.

No sabía muy bien cómo actuar, aunque tampoco era necesario que tomara decisión alguna. Enzo lo hacía todo. Él se encargaba de moverse, de imprimir ritmo, de manejarme como si fuese una muñequita.

Quizás no hable demasiado bien de mí como amante eso. Pero es que mi experiencia como tal era nula. Yo deseaba hacerle disfrutar y, para mi alegría, veía que así era. Su nivel de excitación no dejaba margen para la duda.

Una vez que se aseguró de que yo también disfrutaba, y mucho, abandonó esa postura inicial para darme la vuelta y encararme hacia el cabecero de la cama. Me quedé a cuatro patas y, a pesar de que lo deseaba, en un primer momento no pude ladear la mirada para buscar la suya, pues sentía vergüenza.

Como si tuviese un sexto sentido, él debió notarlo y buscó el contorno de mi mandíbula para provocar que le mirase. Lo hice entonces con las mejillas más sonrojadas que os podáis imaginar.

Me sonrió y le devolví la sonrisa. Me seguía imponiendo, de eso no tengo duda, como tampoco la tengo de que deseaba por encima de todas las cosas no darle una apariencia de mocosa que le hiciera apartarse de mí.

Por alguna extraña razón que yo no acertaba a entender, él me había elegido para encamarse conmigo. Siempre hubiera pensado que una chica como yo pasaría totalmente desapercibida para un hombre como él y no. Enzo había decidido meterse en mi cama y en mi vagina, y yo... Yo había decidido convertirme en un volcán en erupción para él.

Sí, sé a lo que me refiero. Yo ardía por dentro y, aunque no fuese capaz de manejarme con las palabras, aunque no fuese capaz de indicarle que lo estaba haciendo increíblemente bien y que deseaba que me diera todo lo que tuviese guardado para mí, tampoco me rendía y deseaba con todo mi ser que le gustase hacerlo conmigo, transmitiéndole todo el calor que sentía por él.

—Eres increíblemente sexy—me susurró en el oído y mi piel al completo se erizó.

¿De veras me consideraba así? ¿Cómo podía hacerlo? Y de no ser de ese modo, ¿qué ganaba él diciéndomelo? Enzo no era del tipo de hombre que necesita regalarle el oído a una mujer. Alguien tan poderoso y tan seguro de sí mismo como él puede tener a cualquiera de ellas que desee en el momento en el que así lo quiera, y si había hecho esa elección sería porque me veía así.

Ojalá yo también me hubiese visto de ese modo y no tan pequeñita como me sentía a su lado. El aliento me faltaba y esas palabras se paseaban por mi cabeza una y otra vez. Hasta me salió una risilla cómplice que pronto me apuró por si había sonado demasiado infantil.

Si soy sincera, creo que no fue así. A él pareció gustarle y me dedicó la más sugerente de las sonrisas. Me acaloré

por completo, me acaloré tanto que llegué a sentir que no podía respirar y él entonces me insufló aire en el cuello.

LA cuatro patas, flipaba con el cabecero de aquella cama en el que me colocó las manos. No hubiera osado moverlas en ningún momento, no cuando en esa noche cualquiera de sus deseos se habría convertido en una orden para mí.

Esa postura me permitió mirarme con él en el espejo. Lo que vi me gustó tanto que hubiese dado lo que fuera porque se perpetuase, porque se tratase de una escena sin fecha de caducidad.

o

í

o

a

ó

por completo, me acaloré tanto que llegué a sentir que no podía respirar y él entonces me insufló aire en el cuello.

A cuatro patas, flipaba con el cabecero de aquella cama en el que me colocó las manos. No hubiera osado moverlas en ningún momento, no cuando en esa noche cualquiera de sus deseos se habría convertido en una orden para mí.

Esa postura me permitió mirarme con él en el espejo. Lo que vi me gustó tanto que hubiese dado lo que fuera porque se perpetuase, porque se tratase de una escena sin fecha de caducidad.

Capítulo 27



Cuando por fin hubo terminado, cuando noté que las fuerzas me fallaban mientras él llegaba al clímax en mi interior, ladeé la cara y me dio un intenso beso.

No contento con ello, y con haberme contado muchas cosas durante aquella escena en la que no faltaron múltiples caricias y en la que no hicieron falta más palabras, me tomó en brazos y entonces me llevó al dormitorio principal el cual ocupaba él.

Una vez allí, me tumbó a su lado y me cubrió de caricias. Mi cuerpo seguía desnudo y me llamó la atención que él parecía venerarlo, pasando las yemas de los dedos por encima con absoluto mimo, recreándose en su visión, oliéndolo y hasta escuchando los latidos de mi corazón.

Por cierto, que esos latidos se aceleraron al punto de que él tuvo que tranquilizarme. A pesar de haber terminado ya, a pesar de que por fin estábamos calmados, mi corazón seguía dando saltos dentro de mi pecho y él lo detectó, abrazándome hasta que me serené un poco.

—Es que ha sido mi primera vez—le confesé entonces mientras me refugiaba en sus arrumacos.

—Lo sé, me he dado cuenta. Y solo espero que te hayas sentido bien—me comentó.

—Muy bien. No hubiera podido imaginar una primera vez mejor. Tengo que darte las gracias—le comenté.

—¿Darme las gracias a mí? Soy yo quien debería dártelas a ti. Has compartido conmigo algo muy íntimo, un momento único. Eso no es una cosa que me suela suceder todos los días. No tengo con qué darte las gracias.

—Haces mucho por mí. Lo has hecho desde el principio.

—No he hecho nada que merezca tus alabanzas. Oye, me gustaría saber algo, ¿cómo es que no ocurrió antes? No me contestes si no quieres, pero me llama la atención que una chica tan bellísima como tú nunca haya estado con un hombre. Ya tienes una edad.

—¿Me estás llamando mayor? —bromeé porque la pregunta me ponía muy nerviosa.

—¿Mayor con tus años? Daría mi fortuna completa por volver a tenerlos. Pero ya me entiendes, mayor para seguir...

—Ya, virgen. Hay una larga historia detrás de eso. Un antes y un después tras el que mi hermana me metió bajo su ala y apenas me dejó volver a volar.

—¿Adriana hizo eso?

Me faltó poco para cortarle en ese momento, pero de nuevo me fallaron las fuerzas.

—Mi hermana lo hizo—le contesté como si dejar de nombrarla así me convirtiese en alguien menos mentiroso, lo cual no era cierto.

—¿Te ocurrió algo malo? ¿Acaso quisieron abusar de ti o algo parecido? —me preguntó horrorizado.

—Justo eso. No es un tema del que me sea fácil hablar.

—Y lo entiendo a la perfección. No debes hacerlo si no te sientes bien, aunque me gustaría poder ayudarte.

—Y lo haces. Solo con escucharme, lo haces.

—Hubiera sido más cuidadoso de haberlo sabido, lo lamento de corazón—me confesó con total franqueza.

—No era necesario. Has ido con pies de plomo al principio, con eso fue más que suficiente. Muchas gracias. Por lo demás, bastante marcó ya esa bestia mi vida sexual.

—No quiero condicionarte, pero si quieres hablarlo...

—Nunca lo he hecho, salvo con mi hermana. Fue algo que no le contamos a nadie, que quedó entre ambas.

—Ella querría que pudieras echarlo fuera, estoy seguro de eso.

—Te lo voy a contar, necesito que lo sepas. Es lo primero que sabrás de mí, pero no lo último. Y ahora que todo está bien, quiero que lo sepas.

—¿Por qué hablas así, Nicole? ¿Te he asustado? ¿Te vas a apartar de mi lado por lo sucedido esta noche? ¿Me he pasado de la raya?

—Yo no tengo ningún pensamiento de apartarme de ti, pero sé que terminará sucediendo—le revelé abatida.

—No lo entiendo...

—Pronto lo entenderás, pero no es momento de hablar de eso. Te voy a hablar del tema por el que me has preguntado, te lo voy a contar todo.

u

Abrí mis tripas para él y le conté todo lo sucedido en una noche que quedó para el recuerdo como la peor de mi vida, de una noche de la que me seguía dando escalofríos hablar, pero lo hice.

Noté la rabia total en su rostro, la forma en la que se le contrajo la frente, la manera de controlar una respiración que comenzó a ir por libre.

—Maldito hijo de la gran... Ojalá hubiera estado allí para auxiliarte.

—Lo hizo mi hermana, ella se encargó de todo. Llegó a tiempo de contener el ataque y ella solita logró reducir a ese animal.

—Gracias al cielo que lo hizo, gracias al cielo. Un motivo más por el que honrar su memoria—dijo él mientras comenzaba a acariciarme.

Se le notaba muy nervioso y yo también lo estaba, cada uno por un motivo diferente. No sé por qué tuve la necesidad de contarle aquello, quizás porque había sido mi primera vez y lo consideraba muy importante. Pero igual debía cortarme porque Enzo no sería para mí, no cuando conociera el dato de que ni Giulia ni yo le habíamos contado la verdad. Ella porque quiso actuar así y yo porque no pude o no supe frenarla.

Terminé durmiendo en su regazo. Cada paso que daba con él, cada triunfo por mi parte, porque para mí lo era, me suponía igualmente una ocasión única, pues todo aquello pronto no existiría en mi horizonte y Enzo no sería más que un recuerdo.

—Pronto lo entenderás, pero no es momento de hablar de eso. Te voy a hablar del tema por el que me has preguntado, te lo voy a contar todo.

Abrí mis tripas para él y le conté todo lo sucedido en una noche que quedó para el recuerdo como la peor de mi vida, de una noche de la que me seguía dando escalofríos hablar, pero lo hice.

Noté la rabia total en su rostro, la forma en la que se le contrajo la frente, la manera de controlar una respiración que comenzó a ir por libre.

—Maldito hijo de la gran... Ojalá hubiera estado allí para auxiliarte.

—Lo hizo mi hermana, ella se encargó de todo. Llegó a tiempo de contener el ataque y ella solita logró reducir a ese animal.

—Gracias al cielo que lo hizo, gracias al cielo. Un motivo más por el que honrar su memoria—dijo él mientras comenzaba a acariciarme.

Se le notaba muy nervioso y yo también lo estaba, cada uno por un motivo diferente. No sé por qué tuve la necesidad de contarle aquello, quizás porque había sido mi primera vez y lo consideraba muy importante. Pero igual debía cortarme porque Enzo no sería para mí, no cuando conociera el dato de que ni Giulia ni yo le habíamos contado la verdad. Ella porque quiso actuar así y yo porque no pude o no supe frenarla.

Terminé durmiendo en su regazo. Cada paso que daba con él, cada triunfo por mi parte, porque para mí lo era, me suponía igualmente una ocasión única, pues todo aquello pronto no existiría en mi horizonte y Enzo no sería más que un recuerdo.

Capítulo 28



Me desperté y él no estaba a mi lado en ese momento. Me vi desnuda y eché mano de las sábanas en un gesto muy divertido, como si no me hubiera visto sin ropa.

Él lo notó y me dirigió la más bonita de las sonrisas cuando entró en el dormitorio, con una impresionante bandeja de desayuno. En ella no faltaba de nada.

—¿Todo esto lo has preparado tú solo? —le pregunté.

—Pues claro, preciosa. Tienes que reponer fuerzas y me gustará cuidarte personalmente, si es que me lo permites.

—Eso que dices es muy bonito.

—Pero... Cuenta, porque veo en tus ojos que hay un pero, ¿es por mi edad? ¿Te parece demasiada diferencia? Puedes decirlo sin miedo. En absoluto me voy a ofender por eso—le comenté.

—No, no es por tu edad. No es por eso.

—¿Y entonces? ¿No te parece que ha llegado el momento de poner las cartas encima de la mesa? Quizás consideres que soy un insensible por proponerte que tengamos algo a solo unos días de la muerte de nuestra hermana, pero solo sigo lo que me dicta mi corazón. No puedo evitarlo y he llegado a la conclusión de que tampoco quiero hacerlo.

—Me vas a odiar, Enzo, me vas a odiar mucho.

—¿A ti? No podría odiarte en la vida. ¿Por qué dices eso, pequeña? Yo no esperaba enamorarme de alguien como tú.

—¿Te has enamorado de mí?

—Así es—afirmó contundente.

—¿Y te refieres a alguien como yo porque soy muy poquita cosa?

—¿Lo preguntas en serio? ¿Cómo vas a ser poquita cosa? Eres una mujer increíble atrapada en el precioso cuerpo de otra que aún no se lo cree. Pero eso va a cambiar porque estoy deseando que así sea.

—Crees conocerme muy bien y el problema es que no me conoces—le confesé entonces, dando un trago al zumo de naranja, puesto que el resto de la comida no me entraba. Desde que le vi aparecer con la bandeja supe que se quedaría completa. Una verdadera lástima, la verdad.

—¿Y por qué no intentas que te conozca?

—Lo voy a hacer, pero entonces será cuando me odies. Recuerda mis palabras.

—Yo nunca podría odiarte, pequeña. Por favor, ¿qué es eso tan terrorífico que dices guardar solo para ti? No puedo más, me estoy sintiendo mal, ¿qué puedes haber hecho que sea tan nefasto?

—Ayudar a mi hermana a mentirte—le solté de inmediato y de una sola vez.

—¿Ayudar a Adriana a mentirme? ¿En qué? ¿En qué tenía ella que mentirme?

—No, ayudar a Giulia, que es el verdadero nombre de mi hermana, quien acaba de fallecer.

—¿Giulia? ¿Qué clase de broma es esta? La hija que tuvo mi padre se llamaba Adriana y su ADN era justamente el de ella. Se hizo las pruebas...

—Con cabello arrancado al cadáver de tu verdadera hermana, Adriana, su novia.

—¿De qué me estás hablando? ¿Es que te has propuesto volverme loco?

—Lo siento de todo corazón. Sé que no debí participar en esa farsa, pero siempre le tuve miedo a Giulia. Hasta llegar a tu casa, jamás me enfrenté a ella. Además, que creía que le debía agradecimiento eterno por salvarme de las garras de mi violador, el cual además amenazó con matarme y ya lo había hecho antes.

—¿Ese tipo quería matarte? ¿Hay algún dato más que añadir a esta rocambolesca historia?

—Pues sí, porque se trataba de un asesino en serie y de no haber sido por Giulia yo no habría sobrevivido.

—¿Giulia? Maldita sea, ¿cómo Giulia?

—Ella te odiaba profundamente y planeaba hacerte mucho daño. Estaba obsesionada con tu difunta hermana Adriana.

—Entonces, ¿es cierto que Adriana murió?

—Lo siento de todo corazón, pero sí... Adriana murió en prisión, a donde llegó por los malos consejos que le dio mi hermana, que era una bala perdida. Yo se lo eché en cara en tu casa y por eso terminó tomándose las pastillas, creo. Giulia era un alma atormentada que nos llevaba a todos por el mal camino.

—Y que solo planeaba vengarse de mí... Ahora entiendo que apenas quisiera estar a mi lado y que se pasase el día en su dormitorio con todo tipo de excusas. También que apenas hiciera más que un paripé con mis hijos. Y tú la ayudaste, la ayudaste en todo.

—No puedo negarlo, aunque me aterraba la idea de que os hiciera daño.

—¿Más daño todavía? Se metió en mi casa, logró la mitad de mi fortuna, ¿qué más pasaba por su cabeza?

—Ella siempre afirmó que no pararía hasta verte destruido. Cuando Ginevra y Mateo llegaron a la casa creí que era la peor de las ideas. Yo vigilaba sus pasos de cerca, temiendo que les hiciera algo malo. Por eso...

—Por eso tiraste aquel día sus vasos de leche, ¿puede ser? Ninguno entendimos tu reacción. Así que he tenido al enemigo metido en casa y yo sufriendo por eso.

—¿Entiendes ahora por qué yo no podía aceptar su herencia? Ese dinero no es mío. Ella no era una Bianchi, lo siento mucho. Sé que no podrás perdonarme, ahora mismo recogeré mis cosas y me iré.

—Es que no lo entiendo. No lo entiendo, ¿no podías habérmelo dicho antes? ¿Es que pensabas callártelo para siempre? Me sobra juicio para saber que tú no eres como ella, no eres como esa mujer de la que me estás hablando, pero también te metiste en mi casa.

—Y no tengo perdón, así que vas a tener que olvidarte de mí. No reuní fuerzas para contártelo y hasta te iba a abandonar a tu suerte con ella. Tenía la maleta preparada para marcharme de tu casa el día que encontramos a Giulia intoxicada.

—¿Te irías sin decirme nada dejándome con ese marrón dentro de casa? ¿Y también a mis hijos?

—Lo siento, pero si te digo otra cosa te estoy mintiendo. Lo lamento de verdad. Ojalá pudiera hablarte mejor de mí, ¿entiendes ahora por qué me siento poquita cosa?

Recogí mis cosas y pedí un taxi. Me quedaba algo de dinero que Giulia me dio cuando cobró su herencia. Un poco con el que salir adelante mientras volvía a mi ciudad y buscaba algo de trabajo.

Enzo se quedó dando vueltas por el salón, como tratando de asimilar todo lo que le conté. Ni siquiera me sentí coragallas para despedirme de él. Tampoco salió a la puerta cuando el taxi pitó para que me subiera.

No tenía nada que esperar porque su comportamiento había sido totalmente normal. Otra cosa era el mío, que no tenía nombre. Por eso me subí a ese taxi y me fui comiendo una a una mis lágrimas.

a

o

1

No tenía nada que esperar porque su comportamiento había sido totalmente normal. Otra cosa era el mío, que no tenía nombre. Por eso me subí a ese taxi y me fui comiendo una a una mis lágrimas.

Capítulo 29



Tuve que buscar un billete barato de autobús y, por suerte, no me fue demasiado difícil. Encontré uno con plazas y lo esperé en la estación, la cual me pareció triste y desangelada en una mañana en la que no podía ver nada con otros ojos.

En ella observé a más de una parejita ilusionada por viajar en compañía del otro y pensé que yo hubiera sido muy feliz yendo a cualquier lado con Enzo.

Sé que ni siquiera suelo reparar en lo riquísimo que él era y en que probablemente no se hubiera montado en un autobús en su vida. También sabéis que eso no era lo que me importaba.

Si por algo me sentía bien era porque por fin logré sacar de mi interior tanta mentira como me corroía y me apuñalaba el alma. Pero, por lo demás, la pena me comía y las lágrimas resbalaban de mis ojos sin poder remediarlo.

Una niña pequeña que iba con su madre se acercó y me dio un pañuelo de papel. Me generó un sentimiento tan hondo al hacerlo que terminé llorando mucho más todavía.

—¿Estás bien? —me preguntó su madre.

—Es que os veo así tan juntitas, y echo muchas cosas de menos—le conté pensando en que quisiera volver a ser niña para tener a mi madre al lado.

—¿Es que tienes hijos y no puedes estar con ellos? —me preguntó.

—No, no tengo hijos. No tengo a nadie en realidad.

Quizás hasta ese momento en el que lo verbalicé no fui consciente de la gravedad de mi situación. No me quedaba ningún familiar en el mundo y provoqué que el hombre que me comenzaba a amar me quisiera muy lejos de él.

Sola, vulnerable, derrotada y llorosa, emprendí una vuelta a casa que, sin embargo, se me pasó muy rápido. Entiendo que serían mis ganas de no volver a poner un pie en mi ciudad en tales condiciones. Entiendo que sería eso porque, como cuento, hubiera preferido que el viaje durase más para no tener que afrontar una situación que s

me hacía durísima.

Ni siquiera tenía un hogar al que volver porque el que nosotras dejamos era de alquiler y lo soltamos cuando Giulia contactó con Enzo, a sabiendas de que ya no habría retorno posible.

Qué mal había salido todo: mi hermana murió y yo volvía con el corazón destrozado. Quien mal anda, mal acaba.

Llegar a Bérgamo en esas condiciones se me antojó como la peor de las desgracias.

y No es que tuviese yo una legión de amigas, pues siempre viví demasiado volcada en mi hermana Giulia y en todo lo que quisiera ordenarme, pero alguna amistad sí que pude cultivar en mis años en mi ciudad, por lo que marqué el teléfono de mi amiga Sofia.

Sofia siempre me apreció mucho y no entendió demasiado la relación entre mi hermana Giulia y yo, por lo que pensó que por fin le había dado un puntapié a quien tanto daño me hizo y que por eso la llamaba.

Ella no tenía idea del verdadero motivo por el que nos trasladamos a Roma y se alegró mucho al escucharme. Sin pensárselo, vino a recogerme a la estación de autobuses a la que llegué llorosa y abatida.

—Pero bueno, ¿se puede saber por qué vuelves a casa hecha una Magdalena? Ay, niña, que no quiero verte así, ¿es que por fin te has separado de tu hermana?

—Sí, Giulia ha muerto—le conté.

—¿Has dicho que ha muerto? No, no puede ser...

—Se suicidó, se suicidó por mi culpa...

—¿Tu hermana se ha suicidado? ¿Y dices que es por tu culpa? Déjame decirte que eso no me lo creo. Si Giulia tomó esa decisión sería porque fin vio la luz, dándose cuenta de la clase de bicho que... Perdona, nunca debí decir eso, pero es que sabes que no tengo precisamente un buen concepto de ella. O no lo tenía, solo espero que estés bien, que tú lo estés...

—Todo lo bien que puedo estar tras lo ocurrido. Te invito a un café y te lo cuento todo—le contesté llorosa.

—Estoy de acuerdo, pero trae tus cosas. No pareces con fuerzas ni para cargar con ellas—me comentó mientras las portaba ella y me tomaba del brazo.

Sofia y su madre, Aurora, siempre fueron muy buenas conmigo. Ellas vivían juntas y me tenían gran aprecio.

Invité a Sofia a ese café y casi tengo que encajarle la mandíbula cuando se lo terminé de contar todo, pues no daba

crédito.

—Es increíble que Giulia llegase tan lejos y que te metiese en ese marrón. Si te soy sincera, jamás esperé nada bueno de tu hermana, pero esto ya me parece demasiado. Sé que voy a soltar por la boca algo que no te gustará pero he de decirlo; tu vida comienza ahora, Nicole. Hasta este momento solo has vivido la de tu hermana. Se acabó, punto redondo. Siento muchísimo lo que le ha ocurrido, lo siento por ti, pero ten presente que Giulia nunca te habría permitido ser la mujer que llevas dentro y que ahora vas a ser.

—Lo sé, pero no le resta dolor a su muerte. Sabes como pocas personas lo que yo la quería.

—Pero ahora tienes una nueva ilusión y eso ayuda cantidad, porque la tienes, ¿no es así?

—¿Me hablas de Enzo?

—Y de quién si no... No es que te haya conocido yo muchos novios, precisamente.

—No, sabes que no. Y de Enzo me he enamorado, pero entiendo que me odie.

—Igual te odia, pero no tanto—me hizo un guiño de ojo.

—Qué más quisiera yo... Claro que me odia, me odia con toda su alma porque creará que le he mentido por partida doble; sobre lo de mi hermana y en todo lo demás. La cabeza me arde, no me puede doler más.

—Me imagino. Tienes que venir conmigo a casa. Yo te cuidaré y también mi madre.

—¿Cuidarme vosotras? Qué dices... Tengo que ir a un pequeño hostel o algo baratito, en tanto consigo una habitación para compartir algún piso.

—Vuelves tan pobre como te fuiste o quizás un poco más, tienes mucho mérito. Otra se habría aprovechado de la situación. Ya, no hace falta ni que me respondas, sé que no eres así. Siempre te he visto como la mejor de todas mis amigas, años luz... Por eso vamos a ayudarte.

Le insistí cantidad, pero ella aún más en que iban a ayudarme y así fue. Cuando me quise dar cuenta, ya estábamos en su casa. Mi amiga habló con su madre, quien siempre fue muy buena conmigo, y ninguna de las dos me permitió marcharme.

—Tienes una habitación en nuestra casa mientras te haga falta—me aseguró Aurora, quien estaba separada de su marido y siempre llevó el timón de su familia.

—¿Te quedas ya más tranquila, pesada? —me preguntó mi amiga.

Daba gusto dar con gente así. Personas altruistas más que decididas a ayudarte por mucho que te resistas.

—Pero necesito contribuir a los gastos, al menos eso. Además, que yo tengo que trabajar o me voy a volver loca.

—Mamá, ella va a servir, seguro. Y el trato que le dará a la clientela será muy agradable—le comentó Sofia sin
que yo supiera de qué se trataba.

—¿Qué trato? ¿Para qué voy a servir yo?

—Necesitamos alguien que nos saque algo de trabajo en la peluquería—me comentó porque ella trabajaba de
siempre en el negocio de su madre, el mismo en el que me corté el pelo toda la vida.

—Pero yo no soy peluquera y no me puedo hacer en dos días, eso no es posible—murmuré.

—No necesitamos más peluqueras—me aclaró Aurora—, solo alguien que lave y masajee cabezas mientras le dé
parla a la gente. Solo eso y se te dará sensacional, no se diga más.

Daba gusto dar con gente así. Personas altruistas más que decididas a ayudarte por mucho que te resistas.

—Pero necesito contribuir a los gastos, al menos eso. Además, que yo tengo que trabajar o me voy a volver loca.

—Mamá, ella va a servir, seguro. Y el trato que le dará a la clientela será muy agradable—le comentó Sofía sin que yo supiera de qué se trataba.

—¿Qué trato? ¿Para qué voy a servir yo?

—Necesitamos alguien que nos saque algo de trabajo en la peluquería—me comentó porque ella trabajaba de siempre en el negocio de su madre, el mismo en el que me corté el pelo toda la vida.

—Pero yo no soy peluquera y no me puedo hacer en dos días, eso no es posible—murmuré.

—No necesitamos más peluqueras—me aclaró Aurora—, solo alguien que lave y masajee cabezas mientras le dé parla a la gente. Solo eso y se te dará sensacional, no se diga más.

Capítulo 30



Me resultaba increíble haber tenido la suerte de que ellas dos me acogieran y, aun así, el dolor que yo sentía no había quien lo calmase.

Al menos, eso sí, logré dormir aquella noche gracias a una infusión doble que Aurora me preparó y que me relajó bastante. Lo malo fue al despertar, pues ya era casi por la mañana y debía enfrentarme de nuevo a todas las desgracias que estaban sacudiendo mi vida.

Aurora me tenía preparado el desayuno cuando un rato después me levanté. Se lo agradecí infinito con un beso y no pude sino pensar que la suerte de Sofía era inmensa por tener aún a su madre a su lado.

—Tienes que desayunar fuerte. Hoy empiezas con nosotras y el horario es muy amplio. El de la peluquería es un trabajo bonito, pero en ocasiones duro, debes saberlo.

Me lo decía Aurora con todo el cariño. Quizás no cayó en la cuenta, al decírmelo, de que pocas cosas podría haber más duras para mí y en esos momentos que cuanto ya me había sucedido. O quizás sí que lo sabía perfectamente y por ese motivo tenía tanta prisa en llevarme con ellas y que me distrajese, porque pocas situaciones tan jodidas como la que se te da cuando debes apartarte con urgencia de la persona a la que amas.

Sí, es que yo sentía que ya amaba al único hombre al que no debía amar porque para nada me podría perdonar por el daño que le habíamos infligido de un modo tan gratuito.

Lo mirase como lo mirase, mi hermana me había ganado la partida. Aun después de fallecida, desde el otro mundo, se había salido con la suya de que yo no estuviese al lado del hombre al que odiaba con todo su ser.

Siempre tuvo ella esa habilidad, la de controlarme desde allí donde estuviera. Seguía sintiendo que no pudiese superar la situación, que el desenlace fuera más trágico de lo que yo hubiese podido pensar, pero también os digo que el alivio para mí estaba resultando infinito, por mucho que ello me hiciera sentir mal respecto a mi hermana.

La peluquería de Aurora era pequeñita y de barrio. No obstante, contaba con una gran clientela y de ahí que su hija y ella necesitasen alguien más que les echase un cable.

El sueldo no sería para tirar cohetes. Tampoco yo lo necesitaba y menos cuando me habían ofrecido quedarme en

su casa todo el tiempo que lo necesitase.

Se suponía que la suerte se me estaba sentando al lado y aun así, ¿cómo podía sentirme tan desdichada?

Llegamos un rato antes de la apertura para que yo le lavara el pelo a Sofía mientras su madre me daba las oportunas explicaciones al respecto.

—Eso es, muy bien, así—me decía mientras yo ponía todo el empeño del mundo.

Por mucho que lo hiciera, y lo hacía, no podía apartar de mi mente al hombre al que seguiría amando por tiempo indefinido.

No es fácil romper con alguien cuando ningún daño te ha hecho. Más bien es complicadísimo. Él me superaría mucho antes porque sí debía sentirse muy dolido conmigo. Eso era de prever.

—Lo has hecho divinamente. Si continuas así con todos nuestros clientes, van a estar encantados—me anunció Aurora.

—¿No son solo clientas? Como toda la vida, vaya...

—Anda, mamá, que eso no se lo hemos contado... Qué va, nena, ahora hemos ampliado el negocio y también vienen hombres. Bueno vienen hombres y bombones, así que prepárate—me comentó Sofía.

r

—Eso es verdad, hija, que nunca se sabe de dónde puede salir el amor de la vida de una—me comentó su madre.

En eso tenía más razón que un santo. Eso nunca se sabe porque jamás hubiera imaginado yo encontrarlo en el hogar de los Bianchi. Tan solo recordar su nombre o su apellido provocaba que me asfixiase, que me faltase el aire.

Comencé a trabajar esa mañana como si no hubiese un día después, a tope. Ellas me miraban complacidas, ya que encima comprendía que parte de mi trabajo tenía mucho que ver con darles palique a los clientes y así lo hice.

En el caso de los chicos, pues pasaron dos por allí en esa mañana, me costó algo más porque cualquier gesto masculino me llevaba a pensar en Enzo y hacía que la reciente herida comenzase a sangrar de nuevo, pues todo estaba demasiado cercano.

La semana fue pasando y, al final de ella, un chico me tiró la caña. Lo cierto es que no podía ser más mono e ideal, de mi edad. Mi amiga se moría de la risa.

—Hay que ser boba para no darle tu teléfono, ¿por qué lo has hecho?

—Porque no podría salir con nadie ahora, te lo digo muy en serio, pero es que tú no me crees—le confesé.

—¿Tan fuerte te ha dado por ese hombre? Es cierto que la situación es de aúpa con él. Debe sentirse muy engañado. Yo de ti me olvidaría de él para los restos, nena.

—Ya sé que debo olvidarme, pero ¿cómo se hace?

—Pues volviendo al mercado—intervino su madre, quien sintió mucho que su padre se marchara mogollón de años atrás—. Si te quedas agarrada a la pena, esta te consumirá. El próximo día que llegue ese chaval por las puertas, que no tardará demasiado, le endiñas el número de teléfono.

—Os lo agradezco mucho, pero no quiero. No voy a quedarme a medias con nadie solo por sentir miedo a estar sola. Tengo muy claro quién es el hombre que me gusta y, dado que él no está a mi alcance, prefiero ir a mi bola y no entregarle nada mío a alguien que ni fu ni fa.

—No seas antigua, Nicole—apuntó Aurora.

—Mamá, es que ella se ha desvirgado con Enzo Bianchi. Y no me digas que eso no marca...

—Marca, marca... Ay, Dios, ¿por qué seremos tan tontas de sufrir por amor? —nos preguntó ella.

—Eso es por culpa del jodido Cupido, pero vamos, que como yo lo atrinque va a perder las alas, mamá. Eso ya te lo aseguro.

Sofía no era demasiado romántica y le fastidiaba que yo sufriera por un hombre. Quizás por esa razón me dio una tremenda paliza con el hecho de que tenía que abrirme al mundo y, con él, a otras posibilidades masculinas, algo a lo que yo me cerré en banda porque no le veía el sentido en ese momento.

—Porque no podría salir con nadie ahora, te lo digo muy en serio, pero es que tú no me crees—le confesé.

—¿Tan fuerte te ha dado por ese hombre? Es cierto que la situación es de aúpa con él. Debe sentirse muy engañado. Yo de ti me olvidaría de él para los restos, nena.

—Ya sé que debo olvidarme, pero ¿cómo se hace?

—Pues volviendo al mercado—intervino su madre, quien sintió mucho que su padre se marchara mogollón de años atrás—. Si te quedas agarrada a la pena, esta te consumirá. El próximo día que llegue ese chaval por las puertas, que no tardará demasiado, le endiñas el número de teléfono.

—Os lo agradezco mucho, pero no quiero. No voy a quedarme a medias con nadie solo por sentir miedo a estar sola. Tengo muy claro quién es el hombre que me gusta y, dado que él no está a mi alcance, prefiero ir a mi bola y no entregarle nada mío a alguien que ni fu ni fa.

—No seas antigua, Nicole—apuntó Aurora.

—Mamá, es que ella se ha desvirgado con Enzo Bianchi. Y no me digas que eso no marca...

—Marca, marca... Ay, Dios, ¿por qué seremos tan tontas de sufrir por amor? —nos preguntó ella.

—Eso es por culpa del jodido Cupido, pero vamos, que como yo lo atrinque va a perder las alas, mamá. Eso ya te lo aseguro.

Sofía no era demasiado romántica y le fastidiaba que yo sufriera por un hombre. Quizás por esa razón me dio una tremenda paliza con el hecho de que tenía que abrirme al mundo y, con él, a otras posibilidades masculinas, algo a lo que yo me cerré en banda porque no le veía el sentido en ese momento.

Capítulo 31



No fue hasta un par de semanas después cuando una tarde me la jugó.

Aurora había salido antes porque iba de cumpleaños y ya estábamos a punto de cerrar. Sofía hacía caja cuando me indicó que tenía que lavarle el pelo a un último cliente que entró a esas horas.

Si os digo la verdad, me sentó un poco mal porque llevábamos un día de aúpa y las piernas me estallaban por las muchas horas de pie.

No le dije ni mu porque les estaba infinitamente agradecida, pero tampoco voy a decir que me hiciese la más mínima gracia.

Tampoco soy un lince y no noté nada hasta que, de repente, ella bajó la intensidad de la luz y se marchó de golpe, dejándome a solas con el cliente, algo que no entendí.

Yo lo estaba flipando mucho, porque aún ni le había visto, pero al posar mis manos sobre su cabello, metiendo los dedos a conciencia para masajearle el cuero cabelludo, giró el cuello y me miró.

Creo haber expresado que algo de luz sí que había, pero, de no ser así, sus verdes ojos de tono esmeralda hubieran alumbrado el local al completo.

—¿Enzo? ¿Qué haces tú aquí? —le pregunté con lágrimas en los ojos.

—No me lo preguntes, por favor. Lo cierto es que nunca debí dejarte marchar de mi lado. Tendría que haberte escuchado y apenas te di la oportunidad de expresarte, lo lamento de corazón—me confesó mientras yo no podía ni mover los dedos sobre su cabeza, dada la enorme impresión que sentí.

—¿Escucharme? ¿Dejar que me expresase? Es cierto que pocas cosas pueden hacerme tan feliz en el mundo, pero también que no creo merecerlo.

—Todos merecemos una segunda oportunidad. Y si se ha sufrido tanto como tú lo has hecho en la vida, con mucho más motivo. Supe cosas por tu boca, pero Sofía ha tenido la valentía de dar con mi número de teléfono para contarme muchas más. Ahora sé de buena tinta que Giulia te robó la posibilidad de ser feliz, te la arrebató en

cuanto se quedó a solas contigo. Jamás me alegraré de la muerte de tu hermana, eso puedes tenerlo claro, pero con ella llegó tu liberación. No pierdas la perspectiva. He conocido por tu amiga el hondo pesar que toda esta historia te ha producido y lo mucho que parece estar enamorada de mí. Dudo que sea tanto como yo lo estoy de ti de manera que, si crees que puedes perdonarme, estoy aquí para llevarte a casa y que nos conozcamos de verdad, sin máscaras ni tapujos, sin mentiras ni miedos de por medio. Solos tú y yo, ¿qué me dices?

No pude decirle nada porque el nudo que se formó en mi garganta fue de categoría y no había manera humana de deshacerlo. Solo mis lágrimas de felicidad fueron capaces de responderle.

En cuanto a Sofía, apareció en un momento dado por allí con una sonrisa. Para entonces ya nos habíamos dado uno y mil besos, porque era de lo que teníamos ganas.

—Aquí tienes a la culpable de que no pueda parar de derramar lágrimas de felicidad—le comenté a él porque aún no la conocía en persona.

—No la hay ni más tonta ni más buena, Enzo Bianchi—se acercó ella para saludarle—. Te llevas a la mejor—le comentó.

—Gracias de corazón. Me hablaste desde el tuyo y me convenciste de que ella no tiene nada que ver con Giulia.

—Son la noche y el día, ya te lo digo yo. No te arrepentirás de querer conocerla.

—¿Os podéis callar ya que no puedo dejar de llorar? Mirad qué cara—les dije mientras las lágrimas corrían en dirección sur por mis mejillas.

Como gesto de agradecimiento, Enzo la invitó a que cenara con nosotros.

—Os lo agradezco mucho, tortolitos, pero a mí no me gusta hacer de aguanta velas—le respondió ella muerta de la risa.

—Yo pienso pasar mucho tiempo al lado de tu amiga, de manera que no aceptaré un no por respuesta—le aseguró él con esa seguridad tan suya.

—No sabes lo convincente que puede resultar. Si yo fuera tú, me vendría sin rechistar. Venga, no te hagas de rogar—le pedí porque me pareció la mejor de las ideas.

Teníamos mucho que agradecerle a quien logró que él moviera el trasero y me buscara en mi ciudad. Según me contaría luego, se arrepintió desde el mismo momento en el que me dejó marchar y, sin embargo, no encontraba la fórmula para volver a llegar a mí.

Otra de las cosas que no negó fue que cuando mi amiga se puso en contacto con él, investigó si era cierto cuanto le contó. Nada le podía reprochar yo al respecto, puesto que para eso llegamos Giulia y yo a su vida con la peor de

¡ las mentiras como bandera.

Cuando se tiene dinero, algo de lo que él no alardeaba en absoluto, puede ser más fácil descubrir la verdad. Según su versión, todas las referencias que le dieron sobre mí fueron buenas, en contraste con las que provenían de mi hermana, que resultaron ser nefastas.

En la cena, volvimos a brindar por la salud y por la libertad, y en esa ocasión yo murmuré las mismas y emocionantes palabras que él convencida de que, por una merecida vez, sí que me sentía libre, muy libre.

,

a

e

las mentiras como bandera.

Cuando se tiene dinero, algo de lo que él no alardeaba en absoluto, puede ser más fácil descubrir la verdad. Según su versión, todas las referencias que le dieron sobre mí fueron buenas, en contraste con las que provenían de mi hermana, que resultaron ser nefastas.

En la cena, volvimos a brindar por la salud y por la libertad, y en esa ocasión yo murmuré las mismas y emocionantes palabras que él convencida de que, por una merecida vez, sí que me sentía libre, muy libre.

Capítulo 32



Aquella noche nos la pasamos abrazados. Puede que se espere que salten chispas en una ocasión así, con una reconciliación de por medio y de ese calibre.

No voy a negar que las chispas saltaron como siempre que estábamos juntos, pero se trató de una noche más dulce que sexual. De las otras ya llegarían y yo esperaba que a puñados, pero esa me envolvió con sus brazos y no paró de besarme hasta que me quedé dormida.

Durante las semanas que permanecí lejos de él, iba descansando a trancas y barrancas gracias a las infusiones calmantes que me preparaba Aurora, si bien esa noche comprendí lo que era dormir a pierna suelta sin necesidad de ninguna ayuda.

Por la mañana, él ya me miraba embelesado cuando volví del otro mundo para que nos encontrásemos en este.

—Buenos días, mi pequeño colibrí—murmuró y los ojos se me empaparon en lágrimas—. Por favor, ¿qué te pasa? —me preguntó mientras me colmaba de besos.

—Que, al despertar, he sentido miedo de que lo de anoche solo fuese un sueño. Y no, mírate—me hizo ver.

—A mí me tengo muy visto. A quien quiero ver es a ti, preciosa. Te adoro, te adoro con todo mi corazón y estoy deseando que volvamos a casa, a Roma.

—Sí, pero antes de hacerlo, quiero llevarte a un sitio—murmuré con cierto dolor en mis palabras, se trataba de una cita obligada para él, se trataba del cementerio en el que habían enterrado a su hermana Adriana, uno muy humilde en el que recibió sepultura junto a su madre.

—¿Qué sitio? ¿Se trata de algo relacionado con Adriana? —me preguntó de inmediato porque tenía una especie de sexto sentido que le llevó a intuirlo.

—Eso mismo...

Un rato después estábamos delante de la lápida que recordaba su fecha de nacimiento y la de su prematura muerte. A Enzo se le aguaron los ojos. Se agachó y la acarició, como si con ese gesto estuviera acariciando de verdad a

una chica que, hasta donde yo supe, nunca contó con la posibilidad de ser feliz.

Demasiadas desgracias nos habían rodeado. Yo me mantuve a su lado hasta que él se levantó. Entonces, me pidió que le contara cosas de ella.

Me costó comenzar a hablar porque de nuevo se me formó el típico nudo en la garganta, pero al ver sus ojos como platos hice toda la memoria que pude para acercarle a la figura de una chica a la que yo apenas traté, pero a quien conocía muy bien a través de los ojos de Giulia.

No se trataba de un relato especialmente bonito, sino de uno con el peor de los desenlaces, el cual llegó de la mano de mi hermana. Giulia supo sembrar la desgracia a su paso y eso era algo irrefutable.

No voy a decir que Enzo saliera bien de aquella triste visita, pero sí más conforme. Conocer la verdad de algo que es importante para nosotros nos hace libres y la libertad es uno de los pilares fundamentales para cualquier persona.

—Me has hecho el mejor regalo del mundo—me comentó él mientras volvíamos a su casa.

—Tengo algo más para ti—le comenté, sacando de mi galería cantidad de fotos que estaban en el móvil de Giulia y que me traspasé a su muerte.

Enzo era un hombre sensible y los ojos se le humedecieron al ver la primera de muchas. En su obsesión por ella, mi hermana la había fotografiado en cantidad de escenas cotidianas durante todo el tiempo que permanecieron juntas.

—Ahora sí que es el mejor regalo de todos. Siempre vas a más, mi pequeño colibrí, siempre me sorprendes.

—Era una buena chica y no se merecía nada malo. Giulia no debió aparecer nunca en su camino. Esa fue su perdición.

—Ya nada podemos hacer al respecto. Ojalá la hubiese encontrado antes... Mira, se parece a mi padre mucho, es flipante—observó.

En unos segundos hizo una composición de las dos fotos, de Adriana y de su padre, y el parecido saltaba a la vista. También el que guardaba con él, con su propio hermano.

Sin un solo secreto, y habiendo hecho todo lo posible porque conociera la figura de su hermana, regresamos.

El giro de los acontecimientos fue brutal y yo no hacía más que saborear las mieles de esa libertad que me sabía mejor cada vez. Un bien preciado que nunca estuvo en mis manos y que comenzó a envolverme desde ese momento.

Todos en la casa, incluido Federico, se alegraron mucho de verme. Nada les contamos a ninguno sobre quién era yo en realidad o sobre el hecho de que Giulia no era Adriana. Saberlo no habría causado más que un revuelo totalmente innecesario y no existía ningún motivo para ello.

Por lo demás, él comenzó a hacer todo lo posible para que encontrara mi lugar allí, mimándome como nadie. También para que me perdonase a mí misma, que era el último paso que me quedaba de camino a esa libertad que tanto ansiaba.

Como anécdota, decir que en aquellos días nos nació un potro al que llamamos así, imponiéndole un nombre que para mí contaba con el más especial de los significados; libertad.

Al lado de Enzo me había convertido en una mujer feliz y era la primera vez que me sucedía. Con él estaba descubriendo un nuevo mundo altruista, romántico y a la vez erótico, que me hizo ver que el amor en mayúsculas existía.

A su lado, igualmente, me sentí la mujer más mimada y deseada del mundo. Cada día deseaba despertarme junto a él, pero cada noche moría por meterme en la cama con él.

La poca experiencia que yo tenía en las cuestiones de cama se fue transformando a lo largo de aquellos días en los que comenzamos nuestra vida en común, unos días plagados de maravillosas experiencias de todo tipo que nos hicieron olvidarnos de los muchos problemas de los que veníamos.

Cualquier plan que me propusiera me parecía magnífico y con él todo era sorprendente y auténtico, porque si por algo se caracterizaba Enzo era por su autenticidad, uno de los rasgos más llamativos del hombre que me había robado el corazón.

Todos en la casa, incluido Federico, se alegraron mucho de verme. Nada les contamos a ninguno sobre quién era yo en realidad o sobre el hecho de que Giulia no era Adriana. Saberlo no habría causado más que un revuelo totalmente innecesario y no existía ningún motivo para ello.

Por lo demás, él comenzó a hacer todo lo posible para que encontrara mi lugar allí, mimándome como nadie. También para que me perdonase a mí misma, que era el último paso que me quedaba de camino a esa libertad que tanto ansiaba.

Como anécdota, decir que en aquellos días nos nació un potro al que llamamos así, imponiéndole un nombre que para mí contaba con el más especial de los significados; libertad.

Al lado de Enzo me había convertido en una mujer feliz y era la primera vez que me sucedía. Con él estaba descubriendo un nuevo mundo altruista, romántico y a la vez erótico, que me hizo ver que el amor en mayúsculas existía.

A su lado, igualmente, me sentí la mujer más mimada y deseada del mundo. Cada día deseaba despertarme junto a él, pero cada noche moría por meterme en la cama con él.

La poca experiencia que yo tenía en las cuestiones de cama se fue transformando a lo largo de aquellos días en los que comenzamos nuestra vida en común, unos días plagados de maravillosas experiencias de todo tipo que nos hicieron olvidarnos de los muchos problemas de los que veníamos.

Cualquier plan que me propusiera me parecía magnífico y con él todo era sorprendente y auténtico, porque si por algo se caracterizaba Enzo era por su autenticidad, uno de los rasgos más llamativos del hombre que me había robado el corazón.

Capítulo 33



Conforme el verano iba avanzando, nosotros nos sentíamos mejor juntos. La confianza era total entre ambos y atrás quedaron los tiempos en los que un secreto, el más oscuro de todos, me alejaba de Enzo Bianchi, del hombre al que comencé a amar locamente.

Con él todo era coser y cantar. Un buen día, me habló de la posibilidad de cumplir mi sueño de hacerme decoradora y la más amplia de las sonrisas se instaló en mi rostro.

—¿Tú crees que yo serviría de verdad? —le pregunté.

—¿Es una broma? Serías la mejor... Vas a lograr todo lo que te propongas, Nicole. Todo.

Cuando Enzo me decía esas cosas, es que no las dudaba. Con él sentía que podría cumplir cualquier sueño que me propusiera y era el número uno a la hora de alentarme. Yo, que había tenido las alas tan cortadas, flipaba con cuanto me sugería y me sentía inmensamente feliz cuando veía mi futuro en abierto, como un lienzo en blanco en el que poder dibujar todo aquello que me apasionara.

Antes de que comenzara el curso escolar, y por tanto de que nos lo impidiera, tuvimos la ocasión de volver a contar con los niños en casa.

Para Enzo, quien no llevaba nada bien que vivieran tan lejos, fue toda una alegría, dado que los acontecimientos propiciaron que no pudiera verlos ese verano todo lo que quisiera.

Los pequeños, que ya sabían de la muerte de “su tía”, sin embargo se alegraron muchísimo al verme en su casa y con su padre.

—¿Es que os habéis hecho novios? —nos preguntó Ginevra mirándonos pícaro.

—Sí, cariño. Ahora Nicole es mi pareja, ¿qué te parece? —le preguntó su padre.

—Que mamá tiene razón—rio ella con sorna.

—¿En qué tiene razón tu madre, enana? —la interrogó él haciéndole cosquillas.

—En que siempre has sido muy listo con las mujeres. Mírala, si es súper joven—rio a carcajadas, de lo más contenta.

Nos contagió las carcajadas a todos, incluso a Federico, quien estaba disfrutando mucho de todo aquello. El ambiente en los últimos tiempos en la casa había sido un tanto fúnebre y mi llegada a la vida de Enzo parecía haberlo cambiado todo.

Al día siguiente de su llegada, Enzo nos ofreció un plan tan succulento como irrenunciable; recorrer las islas griegas en yate.

Por lo visto, todos eran unos enamorados de la navegación, algo con lo que yo no estaba nada familiarizada, pero por lo que me dejaría sorprender encantada de la vida.

En avión, llegamos hasta una de las islas, donde embarcamos. El yate, que era propiedad de Enzo, me dejó boquiabierto porque se trataba de una especie de hotel flotante para disfrutar al máximo en familia.

Los niños no podían estar más contentos y nosotros también. En un primer momento, navegamos rumbo a Creta, una isla de la que todos estaban enamorados y a la que los pequeños tenían muchas ganas de volver.

Yo me mostraba cien por cien entusiasmada y todo me parecía poco para demostrarles lo contenta que me sentía de poder compartir esos momentos familiares con ellos. No solo Enzo me había incluido en su vida sin pensarlo, sino que los niños me habían aceptado de un modo natural y bonito, de manera que compartíamos risas y confidencias en todo momento.

Enzo cada vez se mostraba más enamorado de mí. Bastaba, por ejemplo, con que estrenase una prenda de ropa de baño para que viniese corriendo a decirme lo sexy que me veía.

Sí, a mí me costaba trabajo creerlo, pero poco a poco me fui volviendo sexy. Yo, que viví años queriendo pasar desapercibida a los ojos de los hombres, sin embargo quería llamar su atención a todas las horas. Y lo conseguía.

Antes de embarcar, fui a ver a Isabella, esa mujer para quien la moda no tenía ningún secreto y que me dio innumerables consejos que seguía a pies juntillas. Luego, también seguía a varias influencers en las redes que daban muchos y buenos consejos sobre cómo lucir glamurosa y con un toque de atrevimiento que a él le podía.

Yo no aspiraba a perder mi naturalidad, pues lo sofisticado sí que lo dejaría para las grandes ocasiones. No obstante, era evidente que me encantaba volver loco a Enzo y que eso lo conseguía con ciertos toques que añadían picante a nuestras vidas.

En cuanto los niños no estaban delante, él me daba enormes muestras de lo mucho que le gustaba. Enzo buscaba cualquier rincón para hacerme suya y todas las situaciones normales era capaz de convertirlas en las más

morbosas. Con él, ardía a cada momento y las vacaciones estaban destinadas a ser inolvidables.

Me gusta fijarme, a la hora de conocer a un hombre, en todas sus facetas, también os lo digo. Como pareja, Enzo me parecía maravilloso, pero es que como padre era también la bomba.

Teniéndole cerca, mis deseos se disparaban y hasta soñaba despierta con la posibilidad de que un día pudiésemos aumentar la familia. Al fin y al cabo, a él le maravillaban los niños y yo también sabía que mi reloj biológico comenzaría a sonar en cualquier momento.

En ese mismo viaje, recuerdo la anécdota de que vimos una noticia sobre la familia que forman CR7 y Gio y él hizo un comentario sobre lo mucho que le gustaba una familia grande y demás.

Ni siquiera los todopoderosos pueden tener a veces todo lo que desean y Enzo se había visto obligado a separarse en el día a día, a nivel físico, de sus hijos, algo que no le gustaba un pelo, como ya he comentado antes.

En fin, que la idea era que los niños pasasen unos días inolvidables en el más idílico de los marcos, y nosotros también. A esa escapada le sucederían otras muchas, pues él me habría prometido que viajaríamos cantidad. A veces sería en familia y otras solos, escapadas todas ellas con encanto por las que yo suspiraba, pues viajar con ellos era la mejor de las experiencias.

morbosas. Con él, ardía a cada momento y las vacaciones estaban destinadas a ser inolvidables.

Me gusta fijarme, a la hora de conocer a un hombre, en todas sus facetas, también os lo digo. Como pareja, Enzo me parecía maravilloso, pero es que como padre era también la bomba.

Teniéndole cerca, mis deseos se disparaban y hasta soñaba despierta con la posibilidad de que un día pudiésemos aumentar la familia. Al fin y al cabo, a él le maravillaban los niños y yo también sabía que mi reloj biológico comenzaría a sonar en cualquier momento.

En ese mismo viaje, recuerdo la anécdota de que vimos una noticia sobre la familia que forman CR7 y Gio y él hizo un comentario sobre lo mucho que le gustaba una familia grande y demás.

Ni siquiera los todopoderosos pueden tener a veces todo lo que desean y Enzo se había visto obligado a separarse en el día a día, a nivel físico, de sus hijos, algo que no le gustaba un pelo, como ya he comentado antes.

En fin, que la idea era que los niños pasasen unos días inolvidables en el más idílico de los marcos, y nosotros también. A esa escapada le sucederían otras muchas, pues él me habría prometido que viajaríamos cantidad. A veces sería en familia y otras solos, escapadas todas ellas con encanto por las que yo suspiraba, pues viajar con ellos era la mejor de las experiencias.

Capítulo 34



Ya estábamos de nuevo en nuestro camarote, uno en el que Enzo hizo instalar gran cantidad de espejos, a sabiendas de que me había aficionado mucho a ellos.

En el poco tiempo que llevábamos juntos, ya habíamos aprendido a conocernos bastante en el terreno sexual. Yo sabía perfectamente cuáles eran sus debilidades y él tenía conocimiento de las mías.

Me lo pasaba bomba cuando, una vez los niños estaban dormidos, me solía coger en brazos para llevarme hasta ese camarote donde, prenda a prenda, me quitaba delante de uno de los enormes espejos todo lo que llevase encima para luego comenzar a palparme el cuerpo entero mientras este nos devolvía un reflejo (el de ambos juntos), que me excitaba muchísimo.

Una vez lo hacía, comenzaba a besarme el cuerpo al completo y entonces me tumbaba en la cama. No sería la primera vez que sacaba unas esposas para jugar con ellas. Yo me había aficionado a esos artilugios porque junto a él descubrí que hay determinados juguetes que le añaden un divertidísimo plus al sexo. Y el de las esposas y espejos era uno de ellos.

Para mí, lo tenía claro, esos espejos que él mandó colocar estratégicamente mejoraban el placer y añadían aventura en la cama. No solo lo hizo en el camarote, sino también en el dormitorio de casa.

Recuerdo todavía con los vellos de punta lo que sentí esa noche en la que, frente a uno de ellos, me pidió que me tocara para él.

—¿Y tú qué harás? —le pregunté con el aliento entrecortado por la excitación, dado que nunca lo habíamos hecho así.

—Yo seré tu *voyeur*, pero es que tú misma lo serás también—me comentó mientras yo me llevaba con cierta timidez la mano al pubis, pues era la primera vez que me tocaba de ese modo y para él.

Nada me gustaba más en el mundo que notar cómo tragaba saliva al mirarme con tanta excitación. Para mí, era como el colmo de la excitación, como la posibilidad de mostrarle eso que tanto deseaba.

Venciendo cualquier atisbo de timidez que aún me quedase, me llevé el dedo corazón de la mano derecha al

clítoris, no sin antes haberlo introducido en mi boca para chuparlo del modo más sugerente que se me ocurrió.

Yo me miraba y me gustaba lo que veía. Y después le miraba a él y comprobaba que aún le gustaba más. Desde distintos ángulos, le ofrecía el prisma de cómo me recreaba en ese clítoris mientras que mi otra mano se iba hacia mis senos con la intención de estimular mis pezones al máximo.

Mi confianza iba aumentando por momentos y entonces un gemido placentero salió de mi garganta. Miraba donde mirase, me encontraba espejos, incluso en el techo del camarote, y yo sentía que el placer se intensificaba mientras me recreaba en la imagen de todos ellos.

Poco a poco, sentí como que me mareaba y un bestial orgasmo salió no solo de mis partes más íntimas, sino también de mi garganta. Él no dudó en ese momento en arrodillarse delante de mí para beber de esa especie de manantial de aguas claras y ardientes en el que se había convertido mi vagina.

Aún no había terminado de correrme cuando intervino con su lengua. Lo hizo entrando en ese estrecho e hirviente canal que colapsó con esa lengua suya que moría de ganas por abrirse camino en dirección al elixir que le gustaba paladear como pocos.

Cuando lo hubo hecho, logró alargar la duración de un orgasmo que casi me hace tambalearme, circunstancia que aprovechó para tomarme en brazos y llevarme hacia la cama.

Que me tumbase y él se colocase encima de mí era algo que me hacía temblar de ganas con solo pensarlo. Y luego estaba que me cubriera por completo y que me hiciera suya.

No hay que olvidar el dato de que las esposas de acero aprisionaban mis muñecas en unos instantes en los que me sentía más suya que nunca. Me bastaba con la posibilidad de no poder moverme para que mi imaginación volase en relación a todo tipo de circunstancias que pudieran darse. Y de entre todas ellas, la realidad superaba con mucho mi imaginación.

Con las manos encima de mi cabeza y sin apenas poder hacer uso de ellas, él colocó mis piernas encima de sus hombros, completamente expuesta a sus deseos.

Me encantaba que se me dieran esas circunstancias en las que no tenía más remedio que ceder a cualquiera de sus deseos, como si me costase, como si no fuera real que todo lo que me hacía estaba pensado para potenciar mi placer al máximo.

Enzo era, básicamente, una máquina de darme ese placer. En cuanto se corría, no dudaba en probar mi sabor, como si eso nos convirtiera en uno solo, como si cuanto emanase de mi cuerpo fuese lo más rico que hubiese probado en su vida.

Para mí no existía nada más excitante que meterme con él en cualquier estancia y cerrar con llave, aunque también

os he de confesar que en el yate lo habíamos hecho por todos los lugares. Por supuesto, estos incluían la cubierta que, por las noches, se convertía en el más erótico de los escenarios.

Lo hiciéramos donde lo hiciéramos, la atracción era total y las ganas del otro crecían en ambos día a día. Cada una que pasaba, nos convertíamos en mejores amantes y Enzo supo hacer que mi limitada mente en ese campo se convirtiera en una prolífica, deseosa de experimentar más y más al lado del hombre que me hacía hervir con solo rozarse conmigo.

s

En aquel yate comenzó un nuevo episodio de nuestra vida sexual, uno en el que empezamos a añadir diversos alicientes que nos llevaron a un sexo más pleno, adulto y maduro. Idea que proponía Enzo, era idea que terminábamos celebrando por todo lo alto y entre unos gemidos que a veces se convertían en auténticos gritos de locura.

:

o

os he de confesar que en el yate lo habíamos hecho por todos los lugares. Por supuesto, estos incluían la cubierta que, por las noches, se convertía en el más erótico de los escenarios.

Lo hicieramos donde lo hicieramos, la atracción era total y las ganas del otro crecían en ambos día a día. Cada uno que pasaba, nos convertíamos en mejores amantes y Enzo supo hacer que mi limitada mente en ese campo se convirtiera en una prolífica, deseosa de experimentar más y más al lado del hombre que me hacía hervir con solo rozarse conmigo.

En aquel yate comenzó un nuevo episodio de nuestra vida sexual, uno en el que empezamos a añadir diversos alicientes que nos llevaron a un sexo más pleno, adulto y maduro. Idea que proponía Enzo, era idea que terminábamos celebrando por todo lo alto y entre unos gemidos que a veces se convertían en auténticos gritos de locura.

Capítulo 35



Al día siguiente, desembarcamos para hacer unas compras mientras los niños se quedaron un rato en la piscina de la cubierta del yate, debidamente vigilados por el personal.

Nunca lo había hecho en el parking de una tienda de ropa de alto standing. Lo cierto es que no sabía si fue algo premeditado o si le salió tal cual, sobre la marcha. Eso no era algo que con Enzo pudiera tener por cierto.

Solo sé que, cuando fui a salir del probador, él taponó la entrada... Y obvio que no era solo eso lo que deseaba taponar.

Me encantó ese gesto suyo al acercarse, sin pensar en nada, poniendo sus brazos por delante y haciéndome ver que de allí no me escaparía.

Lo primero que hizo fue darme un fuerte e intenso beso... Uno de esos besos que me hacían caer rendida a sus pies. Después, a ese, le siguió una batería que degusté con la sonrisa en los labios, por muy tímida que fuese.

A continuación, me dio la vuelta y me encaró hacia el espejo. Enzo sabía muy bien cómo debía hacer las cosas y yo contaba con la certeza de que había comprado nuestra privacidad, es decir, de que ninguna de las dependientas se acercaría a nosotros. Así, nos encontramos solos, como si no hubiese nadie más a kilómetros a la redonda, aunque eso no era cierto y yo no podría chillar de una manera desmedida o pondría en alerta a toda la tienda.

No creo de todos modos que hubiesen acudido, de sobra iba conociendo su poder, pero aun así yo me consideraba una persona discreta y ciertos comportamientos no entraban en mis esquemas.

Qué flipante el modo en que, mirándome a mí y ambos también a ese espejo, hizo un juego que no entendí por su rapidez, pero que pronto me hizo estar totalmente sometida a él.

No sé si lo vi o si lo oí antes. Me inclino a pensar que fueron ambas cosas a la vez o que quizás directamente lo sintiera... Sintiera su cinturón de cuero apretando mis muñecas, aprisionándolas.

El morbo se metió en mí en ese instante como no tardaría en hacerlo él.

—Me has atado—susurré nerviosa.

—Tú ya estabas atada de antemano, preciosa. Pero ahora lo estás más—me contestó rotundo.

¿Cómo podían ponerme tanto sus respuestas? ¿Cómo podía hacerme chorrear con tan solo mirarme? ¿Cómo podía hacer que le deseara por encima de cualquier otro hombre? ¿Cómo se había metido en mi cabeza hasta el punto de hacer que le deseara como le deseaba?

No necesitaba hacer nada más para tenerme a su disposición, para que yo notase que mi palpitante corazón podía salir de mi boca camino al exterior con solo una mirada por su parte. Y si era como esa que me estaba dirigiendo en aquellos momentos, no digamos ya nada.

Hay instantes en la vida en los que una sabe que es presa de alguien. Yo era presa de Enzo y me había dado caza en aquel habitáculo en el que me estaba probando un modelito alucinante que, sin embargo, no me duraría ni unos segundos sobre la piel.

Era justamente esa piel la que me estaba erizando, la que me hacía recordar cómo nos lo habíamos pasado en otros momentos y lo que estaba por venir.

En cuestión de segundos, estuve totalmente desnuda y él me tomó por esas aprisionadas muñecas, echándome el cuerpo hacia delante.

Tomó un aterciopelado cojín que había dejado de caer sobre una coqueta silla, pues para eso allí se derrochaba estilo, y lo colocó delante de mi frente, porque de otro modo habría podido ser peligroso, al chocar directamente sobre el espejo, esos que parecían perseguirnos allá donde fuésemos.

Con Enzo el sexo no era precisamente suave, lo cual no significaba que me fuera a hacer daño, eso lo tenía claro. De hecho, se aseguró de que estuviese bien antes de acuchillarse ante mí para beber de mis labios vaginales.

No era la primera vez que hacía algo así y yo sabía que no pararía hasta que me corriese. Si algo era en el sexo, aparte de muy bueno, era tenaz. Y no dejaría pasar la ocasión de probarme, eso yo lo tenía muy claro.

El placer que me provocó vino a ser poco menos que inmenso y yo traté de no gritar, ahogando mis placenteros gemidos en un cojín cuyo tacto era agradable al máximo.

Traté de cruzar las piernas en el momento en el que me iba a ocurrir, si bien él no me lo permitió. Se veía a las claras que deseaba gozar conmigo sin reservas, que deseaba que yo lo hiciera igualmente de la manera más natural y desinhibida, que no huyera de nada y que disfrutara de un orgasmo largo y salvaje durante el cual me penetró con los dedos, acentuándolo.

Yo nada podía hacer, ni siquiera tomar su sexo entre mis manos, el cual seguía a buen recaudo. No obstante, en el momento en el que lo liberó, sí quise acuclillarme igualmente y devolverle un favor que me había dejado con las

patas colgando.

No me lo impidió, pero sí que me dio un tiempo para hacerlo. Lo tenía todo medido. Abrí mucho la boca y él a mismo metió su miembro en ella.

;

Lo notaba duro y erecto, tanto que a poco que yo me moviese llegaba a la entrada de mi garganta, provocando que las lágrimas saliesen de mis ojos. No por eso quise parar ni mucho menos. De hecho, le había cogido el gustillo a eso de practicar sexo oral con él y creía haber mejorado mucho, por lo que me gustaba demostrárselo.

De dentro afuera, dibujando círculos en el interior de mi boca, sin parar de lamer ese miembro suyo que me mostraba cada vez más grueso y que a mí se me antojaba más apetecible.

· No solo representaba para mí un deleite el degustarlo, también el hecho de mirarlo de reojo al espejo y verme. Había desarrollado un gusto por contemplarme en los espejos mientras lo hacía. Era algo que me ponía muchísimo.

· A él también le encantaba verme por mucho que no dijese nada al respecto. No era necesario en absoluto que lo hiciera, su forma de mirarme hablaba por sí sola.

No es que fuera yo de maquillarme demasiado, pero el rímel que llevaba en los ojos comenzó a correrse a consecuencia de esas lágrimas que seguían brotando de mis ojos y que él borraba con el dorso de las manos.

Tan pronto como saliéramos del probador tendría que ir a retocarme, eso era un hecho. Me daba exactamente igual, aunque mi aspecto resultaba muy salvaje con el rímel de ese modo y el pelo enmarañado debido al movimiento de sus dedos sobre él, los cuales me estaban alborotando por completo.

Nada me importaba eso en el momento en el que tiró suavemente de mis axilas para que me incorporase. Nada en absoluto cuando llegaba el siguiente y sublime momento; el de la penetración.

Siempre que comenzábamos a hacerlo, siempre que notaba que le faltaba poco para entrar en mí, mis nervios se disparaban y mi corazón se desbocaba de un modo escandaloso.

De nuevo, coloqué mi frente delante del cojín para que sus embestidas no me lastimasen. También ahogaría mis gritos en él. No podía gritar de un modo disparatado como hubiese querido, como él me provocaba, como me pedía el cuerpo, como tanto me relajaba.

· Todo lo que sabía del sexo, toda esa parte que enganchaba, la había aprendido en manos de Enzo. Ese hombre sabía cómo hacerme vibrar con solo una mirada, con solo un roce, con solo una sugerencia.

Ya le tenía detrás de mí y yo suspiraba. Mis pequeños suspiros debían ponerle mucho, según me revelaban mis ojos. En cierto modo, eran una forma más de expresar lo mucho que me gustaba el sexo con él, lo adicta que me había vuelto, lo mucho que podía enloquecer con un sexo rematadamente bueno que cada vez amenazaba con

convertirse en mejor.

Ya le tenía dentro y aquella estocada parecía no terminar. Hizo tope conmigo y entonces retrocedió para comenzar de nuevo. Mis manos seguían presas de él y mi cuerpo entero se arqueaba a su antojo.

No podía imaginar una manera más relajada de salir de ese probador, pues no tenía la más mínima duda de que él no se permitiría terminar hasta que yo hubiera experimentado varios orgasmos más.

Esos orgasmos con Enzo representaban el gran descubrimiento de mi renacer sexual. Un despertar a la vida que me provocaba sueños húmedos con él y que me llevaba a un punto en el que creía estar perdiendo la cabeza.

Daba lo mismo lo que pensase, lo interesante era ver cómo me hacía suya, cómo su gusto por poseerme crecía también día a día. Eso sí, mientras me embestía no pensaba en nada, mientras me penetraba mi cabeza se volvía un lienzo en blanco.

También parecía un lienzo en blanco mi piel para Enzo. Y lo digo porque dibujaba sobre ella. Él parecía dibujarme con sus dedos mientras me penetraba de ese modo tan salvaje que me llevaba al orgasmo rápido y seguro.

No tardé en emitir uno con mi garganta mientras que mi vagina se volvía una especie de regadera que lo empapaba. Bien sabía yo cuánto le gustaba salir empapado de mí, igual que también conocía que no tardaría en agacharse, según su costumbre, con la intención de no renunciar para nada a mi sabor.

Mi cuerpo sobre el espejo y él que se acuclilló de nuevo. En esa ocasión ya mi clítoris había estallado más veces y su sensibilidad estaba a flor de piel. Un breve contacto con su lengua bastó para que yo recibiera un buen número de diminutas e intensas descargas eléctricas que me llevaron a la locura.

Él lo notó y lo último que hizo fue renunciar a degustarme. Lo hizo rozando su lengua por cada uno de los pliegues de mi interior, paladeando a tope mi esencia, llevándose para él y quedándose con todo lo bueno que mi cuerpo pudiera ofrecerle, que no era poco.

Mientras lo hacía, provocaba que yo sintiera lo mucho que le llenaba mi juventud, mi frescura y todo lo que representaba para él.

Enzo era para mí la seguridad mientras que yo era para él como una gota del rocío fresco de la mañana que cargaba sus pilas con mis pocos años, una circunstancia que parecía hacerle enloquecer.

De locura fue también la forma en la que logré que se terminara corriendo cuando me volvió a ensartar, ya que mi cadera se hizo una con la suya y cada vez que él me embestía, yo también tiraba hacia atrás, haciendo que mi trasero se rozara de un modo feroz con su miembro.

Sus ojos parecían salirsele mientras me miraba en ese momento en el que yo formaba parte de un insinuante movimiento que le llevaría de un modo inevitable al orgasmo.

r

Me volvía muy loca cuando le llegaba y él buscaba morder mi cuello, saciándose de mí. Cualquier movimiento que pudiera hacer no tendría comparación con aquel que nos llevara a un vaivén húmedo en el que mecernos una y otra vez en esas olas cálidas que parecían envolvernos allá donde estuviésemos.

El deseo era total por ambas partes y el mordisco en el cuello que indicaba que había llegado su final fue el detonante para que me diese la vuelta, buscando su boca, pues necesitaba besarle.

Me lo estaba planteando cuando él envolvió sus labios con los míos, cuando me dejé besar por el hombre que me hacía enloquecer con cada uno de aquellos encuentros que me llevaban a los rincones más lujuriosos que jamás pudiera haber imaginado.

Con Enzo no solo estaba descubriendo el sexo, sino un sexo fascinante que me colmaba de placer, que me había deseado más en cada ocasión, que me llevaba a pensar que el sexo entre dos puede llegar a ser el nexo más íntimo y maravilloso, que nada puede compararse a la sensación de fundirte con el otro, de notar que eres suya, de querer que sea tuyo.

r

i

Sus ojos parecían salirse mientras me miraba en ese momento en el que yo formaba parte de un insinuante movimiento que le llevaría de un modo inevitable al orgasmo.

Me volvía muy loca cuando le llegaba y él buscaba morder mi cuello, saciándose de mí. Cualquier movimiento que pudiera hacer no tendría comparación con aquel que nos llevara a un vaivén húmedo en el que mecemos una y otra vez en esas olas cálidas que parecían envolvernos allá donde estuviésemos.

El deseo era total por ambas partes y el mordisco en el cuello que indicaba que había llegado su final fue el detonante para que me diese la vuelta, buscando su boca, pues necesitaba besarle.

Me lo estaba planteando cuando él envolvió sus labios con los míos, cuando me dejé besar por el hombre que me hacía enloquecer con cada uno de aquellos encuentros que me llevaban a los rincones más lujuriosos que jamás pudiera haber imaginado.

Con Enzo no solo estaba descubriendo el sexo, sino un sexo fascinante que me colmaba de placer, que me había deseado más en cada ocasión, que me llevaba a pensar que el sexo entre dos puede llegar a ser el nexo más íntimo y maravilloso, que nada puede compararse a la sensación de fundirte con el otro, de notar que eres suya, de querer que sea tuyo.

Capítulo 36



El crucero por las islas griegas nos estaba resultando alucinante. Y por supuesto que no solo por el mucho sexo que estábamos teniendo durante que él (que también), sino por el derroche de amor por todas partes y por la magnífica compañía de los niños, que eran de lo más alegres y simpáticos.

En Creta nos lo pasamos fenomenal. Tanto Ginevra como Mateo estaban por la labor de disfrutar a tope de todo y nosotros no digamos ya... Su padre y yo moríamos de amor viendo cómo se lo pasaban.

Se habían convertido en mi familia y de un plumazo. Resultaba curioso porque Giulia y yo nos acercamos a ellos con la intención de mentirles al respecto y al final sí que eran eso, mi familia, aunque por otra vía.

Todo me resultaba tan emocionante que en más de una ocasión me pilló Enzo con la mente en blanco, sin apenas poder creer que todo aquello estaba sucediendo, que por fin las piezas encajaban y que, tras un rocambolesco principio, estábamos disfrutando a tope de algo que merecíamos porque el amor, cuando es verdadero, debe salir victorioso. Y el nuestro lo era.

A lo largo del día, tanto en el yate como fuera de él, organizábamos diversas actividades para que los críos se mantuvieran entretenidos. Eran muy activos y la idea de su padre y la mía consistía en que se llevaran el mejor recuerdo posible de unas vacaciones idílicas que contaran con total alegría una vez que regresasen a su casa, quedándoles el mejor de los recuerdos.

Fui yo quien les propuse hacer ese recorrido nocturno que les abrió los ojos como un búho. En Creta podían llevarse a cabo muchas actividades, pero la idea de salir a cazar el tesoro en el casco antiguo de Rethymno, les pareció la mejor de todas.

No por ser hijos de millonario necesitaban más... En ese emocionante recorrido participaban turistas de todos los estilos atraídos por la idea de enfrentar a piratas con corsarios.

Divididos en dos grupos, la búsqueda nos resultó increíblemente divertida y los niños se lo pasaron de miedo recorriendo las calles mientras entre todos (pues formábamos un equipo fenomenal) tratábamos de resolver los acertijos que nos llevaran de cabeza al tesoro en un entorno de lo más atractivo y con premios gastronómicos que nos hacían la boca agua cada vez que dábamos un paso más en dirección a ese tesoro.

No es porque fuesen los nuestros, pero tanto Mateo como Ginevra se alzaron con el premio por méritos propios, ya que en esa ocasión unieron fuerzas y fruto de ella fue ese premio que tanto disfrutaron al hacerse con él.

Lo cierto es que ese tipo de actividades nocturnas solían hacerse para adultos, pero ellos no eran ya bebés ni mucho menos y en aquellas noches los organizadores abrieron la mano a la participación de unos críos que se lo pasaron de vicio.

Fueron unos días imperdibles en los que no solo gozamos muchísimo en alta mar con ambos niños, sino que también disfrutamos de unos ratos familiares de playa que no tuvieron precio. Sus finas arenas y sus aguas cristalinas y no demasiado profundas las convertían en un oasis de calma al que escaparse cada vez que teníamos ocasión.

Entre esos auténticos paraísos, quiero destacar por lo mucho que me llamó la atención la playa de Elafonissi, muy popular por sus aguas transparentes pero, sobre todo, por sus arenas rosas, las cuales hacen de ella un lugar increíble del que nos llevamos cantidad de fotografías. En particular, su padre nos hizo muchas a Ginevra y a mí, pues Mateo era algo más pasota en ese sentido e iba más a la suya cuando él sacaba la cámara.

No nos faltó de nada en unas jornadas en las que tampoco renunciamos a visitar con ellos un parque acuático donde la adrenalina fue la reina, con sus interminables toboganes, algunos de los cuales tuve la suerte de poder bajar abrazada por un hombre, Enzo, que me mimaba al máximo en todo momento.

Mientras la diversión se apoderaba de nosotros, la calma me iba serenando. El dolor por la muerte de Giulia nunca se iría del todo, pero tendría que aprender a vivir con él. Lo más difícil para mí seguía siendo el sentimiento de culpabilidad que me arreaba fuerte cada vez que pensaba en que mi hermana se suicidó después de ponerle los puntos sobre las íes, aunque en el fondo yo sabía que no podía ser una mema y que si lo hice fue para salvarme de sus garras.

A veces la vida no te lo pone fácil y eso fue lo que me ocurrió en aquel año en el que, para alcanzar mi ansiada libertad, perdí a la persona que me la había robado.

Enzo me había puesto en contacto con un eminente psicólogo que me estaba dando las pautas para poder seguir adelante sin mirar atrás, para que doliese menos y para que pudiera dar pasos al frente sin miedo a ser feliz, porque era lo que me merecía, por mí y por él. Mi felicidad era también la suya y eso era lo que contaba.

Los niños participaban también de nuestra alegría y eso era lo mejor de todo. Yo nunca había echado tantas risas como las de aquellos días que se estaban grabando en mi memoria como los primeros en los que me sentía plena, en los que no creía deberle nada a nadie, en los que la vida se abría ante mí sin reservas y sin contemplaciones de ningún tipo, en los que la alegría comenzó a inundarlo todo y las risas se convirtieron en el mejor de los hilos musicales.

Capítulo 37



En Rodas también pasamos ratos para no olvidar. A los niños todo les parecía genial y he de confesar que igualmente nos conquistaron sus playas de doradas arenas en las que tostarse bajo el cálido y mediterráneo sol.

Ginevra se comparaba en todo momento conmigo en cuanto al tono de piel y demás, algo que a su hermano le parecía una bobada y así se lo hacía saber. A ella, que iba por libre en ese sentido, le importaba un verdadero bledo todo lo que dijera y se burlaba de él por sistema.

—Yo voy en plan influencer, como tú dices, y tú en plan niño pequeño, que solo te falta hacer castillitos de arena. Ah, no, que los has hecho de verdad—se mofaba porque él era bueno construyendo.

—Haya paz—solía decir su padre mientras negaba con la cabeza.

El de Ginevra era un humor mordaz y jamás le daba tregua a un Mateo que cada vez más se estaba aficionando también a picar a su hermana. El caso es que todo resultaba hilarante y a menudo yo acababa con las lágrimas fuera de la risa, es que no me podía reír más con aquellos dos malandrines.

Una de las mañanas les propusimos la vista del Palacio del Gran Maestre en el casco antiguo de la isla. Antes de llegar a él, ya me pareció un verdadero tesoro el laberinto de calles de ese casco. Cada rincón hablaba de una historia tan antigua como gloriosa y tanto los niños como yo íbamos descubriendo un entorno que era una verdadera pasada y del que su padre nos informaba, al haber estado allí muchas más veces.

Nos reímos bastante porque los peques adoptaron el rol de caballero y princesa pero, curiosamente, a Ginevra se le ocurrió la idea de intercambiarlos, de manera que ella actuó como un apuesto caballero y él como una delicada princesa en todo momento.

Cuando se ponían de acuerdo en algo nos resultaba delicioso, aunque tampoco voy a negar las risas que nos causaban esos ríffirrafes tan suyos que se producían a cada momento y que nos sacaban las lágrimas en muchas ocasiones por lo ocurrentes que resultaban.

La visita al castillo nos dejó un montón de momentos mágicos, lo mismo que esa otra que hicimos al mariposario, donde disfrutamos de un entorno único que nos ofreció una imagen natural y magnífica de la isla.

Como digo, un sinfín de actividades que nos encantaron a todos y que también incluyó un entretenido curso de cocina griega en la isla de Naxos.

Al principio, los peques se mostraron un poco reacios a participar, aunque para asombro de su padre les convencí enseguida.

Yo tenía lo que puede llamarse mucha mano con los críos, eso era indudable. Me gustaban y plantearles actividades se había convertido en una especie de reto para mí.

No en vano, conocía las muchas ganas que su padre tenía de pasar momentos de calidad con ellos y yo no pensaba consentir para nada que los días pasaran sin pena ni gloria.

Lo que nos pudimos reír con ese Mateo, que parecía tener dos manos izquierdas, tratando de cocinar comida típica griega. En concreto, el plato que nos enseñaron a hacer fue *tzatziki* y la verdad es que puedo decir que todos lo completamos, si bien con distintos resultados. El problema llegó cuando el chef le dio una palmadita en el hombro a Mateo y él lo interpretó como que el suyo (que estaba regular tirando a mal) era la caña. Entonces comenzó a dar saltos y el contenido del plato terminó encima de la camiseta de su hermana, quien lo correteó por toda la cocina.

El chico corría despavorido cuando, sin darse cuenta, pisó una escoba que terminó impactando fuerte contra su frente, momento en el que se cayó de espaldas y las risas generales no se hicieron esperar.

Mateo era tan patoso como cómico y a él mismo le dio la risa. Su padre, que actuó con mucha rapidez, grabó toda la escena que terminamos rememorando una y otra vez a lo largo de una tarde que, esa sí, pasamos en el yate.

Los ratos con los niños se simultaneaban con esos otros que, ya de noche, pasábamos en la intimidad. Una intimidad que a menudo comenzaba bajo un manto de estrellas en cubierta, con Enzo abrazándome antes de hacerme el amor bajo ellas.

Lo que yo podía disfrutar del sexo con él y lo mucho que me estaba enseñando... Enzo igual me hacía el amor de un modo romántico al máximo que me iba introduciendo en el *bondage*, y a mí... A mí me volvía literalmente loca todo lo que me hiciera.

Cualquier propuesta que viniese de su mente parecía expresamente destinada a hacerme disfrutar al máximo, ya que cuanto me hacía, me decía o me proponía me llevaba a hervir literalmente.

Fueron muchos los momentos durante esos días, o mejor dicho durante esas noches, en los que creí morir de amor por él y en los que me derretí en sus fuertes brazos. Cuando el sol caía, y era conocedora de que las horas destinadas a nuestro placer adulto estaban más cercanas, los nervios se apoderaban de mí.

Me gustaba, me gustaba tanto compartir esos ratos con él que, por muy bien que nos lo pasáramos durante el día y con los niños, anhelaba la llegada de unos momentos que para mí eran muy, muy especiales... Con él estaba

aprendiendo a valorar el sexo de un modo que jamás hubiera imaginado, de un modo bestial y brutal que me consumía por dentro cada vez que le imaginaba en mi interior y que me llevaba a lo más alto en cada momento que me veía con él en la cama, muchas veces rodeados de cantidad de espejos que me devolvían una imagen tan salvaje y natural, una imagen que me sabía a sexo crudo y que me inspiraba para, cada vez más, dar algún paso que me permitiera hacerle entender que yo también sabía cómo tocar las teclas que despertasen al máximo su placer.

a

a

o

r

:

/

aprendiendo a valorar el sexo de un modo que jamás hubiera imaginado, de un modo bestial y brutal que me consumía por dentro cada vez que le imaginaba en mi interior y que me llevaba a lo más alto en cada momento que me veía con él en la cama, muchas veces rodeados de cantidad de espejos que me devolvían una imagen tan salvaje y natural, una imagen que me sabía a sexo crudo y que me inspiraba para, cada vez más, dar algún paso que me permitiera hacerle entender que yo también sabía cómo tocar las teclas que despertasen al máximo su placer.

Capítulo 38



Antes de volver a Roma tuvimos que devolver a los niños en Bruselas. En la vida había yo viajado tanto como con él, por supuesto que no... Si yo apenas me había movido de mi casa, por lo que todo me resultaba muy emocionante.

Hablando de cosas emocionantes, también me resultó así que me presentara como su pareja a la madre de sus hijos, quien le había pedido hablar con él porque tenía algo que proponerle.

Ellos se llevaban bastante bien y mantenían una cordialidad que beneficiaba mucho a los críos, por lo que no le resultó tan extraño. Sin embargo, lo que ella tenía que proponerle sí que le sorprendió. Más bien le dejó loco.

—Enzo, sé que tú sufriste mucho cuando los críos y yo nos trasladamos aquí a Bruselas. Te pido disculpas, aunque sé que eres consciente de que no lo hice por causarte ningún mal, sino porque mi trabajo así lo requería.

—Nunca lo he puesto en tela de juicio...

—¿Eso es un chiste porque soy abogada? —le preguntó ella mientras nos sonreía a ambos.

—Al grano, por favor, ¿qué me vas a proponer?

—Necesito que te los quedes durante el siguiente año, en el que yo deberé viajar demasiado. Mis compromisos profesionales no serán compatibles con cuidarlos, pero pasado ese año...

—¿Querrás que te los devuelva aquí a Bruselas? Eso no me parece demasiado justo. Estaré con ellos durante un año al completo, que es como un sueño para mí, y luego volveré a separarme de mis hijos. La especialista en justicia eres tú, así que háztelo mirar.

—Ya lo entiendo, Enzo. Y por eso mi propuesta es muy distinta. Verás, aspiro a que te quedes este año con los niños...

—Por esa parte no hay ningún problema. Es más, se trata del mayor premio que pueda recibir por parte de la vida, pero después...

—No temas, que en esta ocasión miraré por todos. Tras ese año, yo misma volveré a Roma para instalarme allí y entonces podremos disfrutar de una custodia compartida de los niños, que vivirán con todos nosotros, contigo y conmigo.

Él me miró y vi la emoción en sus ojos. Para nosotros, y en ese momento, se trataba de un tesoro total que disfrutaríamos segundo a segundo... De un tesoro que desgranaríamos y de uno que no esperábamos.

Enzo se abrazó a mí y su ex nos sonrió.

—Chicos, hacéis buena pareja. Y yo tengo ojo para estas cosas, que para algo soy abogada—nos guiñó uno de los suyos.

Se trataba de una mujer que me caía bien y que me miraba también con buenos ojos. Además, la propuesta que nos hizo fue fabulosa y los niños estarían de vuelta en Roma y con nosotros a los pocos días.

—Gracias, muchas gracias—le contestamos a sabiendas de que la vida nos acababa de cambiar.

A Enzo era lo único que le faltaba. Vivir con sus hijos representaba para él un sueño que se le acababa de hacer realidad.

Los tres hablamos con los niños y la idea de volver a Roma les entusiasmó. Aunque ambos eran estupendos y se habían acoplado genial a Bruselas, aquellos dos pequeños italianos adoraban la idea de volver a casa y de disfrutar también de la compañía de su adorado padre.

Nosotros regresamos con las pilas más cargadas que nunca. Por delante teníamos días en los que habríamos de encargarnos de todo lo relacionado con la vuelta de los críos.

Dado que Enzo trabajaba, porque lo hacía por mucho dinero que tuviese, me encargó diversas gestiones en ese sentido, relacionadas por ejemplo con inscribirlos de nuevo en el selecto colegio en el que estuvieron de pequeños y al que tendrían el gusto de regresar ese curso.

Yo me mostré emocionada con eso y con la idea del regreso de los peques, encargándome de todo lo relacionado también con las compras para ese curso.

El día que ambos volaron hacia Roma, de sus armarios pendían los flamantes uniformes nuevos, los cuales se probaron y les quedaban fenomenal.

Les hacía gran ilusión volver a su antigua vida y a nosotros más. Para mí constituía una auténtica novedad. Su padre flipaba teniéndoles en casa y me estaba súper agradecido por haberme ocupado de todo, lo que hice de mil amores.

—Yo también te tengo una sorpresa—me anunció aquella noche.

—¿Una sorpresa para mí?

—Sí... No solo los niños volverán a las aulas. Mira...

Las lágrimas rodaron por mis mejillas al ver mi nombre inscrito en un curso de decoración e interiorismo que yo conocía por ser muy prestigioso.

—Pero, pero...

—Tú debes cumplir tus sueños, Nicole. Estás demostrando ser una mujer más que generosa con todos nosotros, pero eso no debe evitar que los cumplas, hazme caso. También debes perseguirlos y no parar hasta verlos cumplidos. Yo ya lo tengo todo en la vida, ahora vamos a por el hecho de que lo tengas tú.

Me lo decía de corazón y yo entendía que parte de razón no le faltaba. Era importante que yo también me sintiera plena y no solo en lo sentimental. Nunca había podido estudiar y era algo que me apenaba bastante. De pronto tenía la oportunidad y en un lugar que no podría ni haber soñado, por lo que me pasé un buen rato abrazada a él.

—Yo no voy a parar hasta verte inmensamente feliz—murmuró en mi oído.

—Es que yo ya soy inmensamente feliz—le contesté resuelta.

r

—Pues hasta que no lo seas mucho más. Quiero hacerte tan feliz que jamás vuelvas a acordarte de todo lo malo que te ha sucedido en la vida. Es más, quiero que rescates lo bueno que hayas vivido y que te hagas a la idea de que tu nueva vida comienza ahora. Yo me encargaré de que todo lo que te llegue sea bueno, como te mereces.

—Tú también te mereces algo genial. Eres el mejor hombre que he conocido nunca. Y pensar en que un día llegué a imaginarme que nunca encontraría a alguien así.

—Poco pensaste para todo lo que te ocurrió. Te prometo, repito, que cuanto te llegue a partir de ahora será bueno.

—Yo también te tengo una sorpresa—me anunció aquella noche.

—¿Una sorpresa para mí?

—Sí... No solo los niños volverán a las aulas. Mira...

Las lágrimas rodaron por mis mejillas al ver mi nombre inscrito en un curso de decoración e interiorismo que yo conocía por ser muy prestigioso.

—Pero, pero...

—Tú debes cumplir tus sueños, Nicole. Estás demostrando ser una mujer más que generosa con todos nosotros, pero eso no debe evitar que los cumplas, hazme caso. También debes perseguirlos y no parar hasta verlos cumplidos. Yo ya lo tengo todo en la vida, ahora vamos a por el hecho de que lo tengas tú.

Me lo decía de corazón y yo entendía que parte de razón no le faltaba. Era importante que yo también me sintiera plena y no solo en lo sentimental. Nunca había podido estudiar y era algo que me apenaba bastante. De pronto tenía la oportunidad y en un lugar que no podría ni haber soñado, por lo que me pasé un buen rato abrazada a él.

—Yo no voy a parar hasta verte inmensamente feliz—murmuró en mi oído.

—Es que yo ya soy inmensamente feliz—le contesté resuelta.

—Pues hasta que no lo seas mucho más. Quiero hacerte tan feliz que jamás vuelvas a acordarte de todo lo malo que te ha sucedido en la vida. Es más, quiero que rescates lo bueno que hayas vivido y que te hagas a la idea de que tu nueva vida comienza ahora. Yo me encargaré de que todo lo que te llegue sea bueno, como te mereces.

—Tú también te mereces algo genial. Eres el mejor hombre que he conocido nunca. Y pensar en que un día llegué a imaginarme que nunca encontraría a alguien así.

—Poco pensaste para todo lo que te ocurrió. Te prometo, repito, que cuanto te llegue a partir de ahora será bueno.

Capítulo 39



La vida comenzó a hacer de las suyas, pasando muy rápido en las siguientes semanas en las que el otoño se instaló en el jardín de nuestra casa.

La vuelta a la rutina también tenía su encanto, eso es indiscutible, y yo comencé con ese curso que tanta ilusión me hacía.

De lunes a viernes, los horarios estaban para cumplirlos y ninguno de nosotros sacaba los pies del plato. Los fines de semana sí. Ahí el ambiente era más distendido y tanto Enzo como yo gozábamos de más tiempo para pasarlo genial fuera y dentro de la cama.

El *bondage* también llegó a nuestras vidas, igual que el otoño. Cada vez que se acercaba una sesión, la excitación me hacía temblar de pies a cabeza. Enzo parecía dominarlo por completo y eso me proporcionaba una enorme seguridad.

Iniciarme en el *bondage* con él era algo que me ponía mucho, que me ponía muchísimo... Esa práctica erótica que va de usar cuerdas, telas, esposas o hasta corbatas, con el objetivo de inmovilizar al otro, puede ser de lo más potente y adictiva si se hace con total consentimiento.

Yo estaba dispuesta a consentirle cuanto quisiera, pues sabía muy bien que todo redundaría en mi placer. Cada paso que daba con él en la cama me satisfacía más que el anterior, cada capítulo que sellaba representaba para mí un paso más en esa trayectoria sexual que me llevaba al total delirio, dejándome hacer por él cuanto me propusiera.

Yo ya sabía que le iban esas técnicas que tanta curiosidad me provocaban, no podía imaginarse él hasta qué punto. O quizás sí, porque le bastaba mirarme para averiguar más cosas de mí de las que yo estaba dispuesta a revelar.

Cuando es ligero, cuando las ataduras o el *bondage* lo son, no tienen por qué implicar peligro ni dolor. Eso me lo había explicado de antemano, supongo que pensando en que tampoco debía tomarlo yo como una especie de potro de tortura del cual pudiese salir escaldada.

Si de algo era partidario Enzo en el sexo era de no encasillarse, de introducir grandes dosis de misterio y morbo en el momento más inesperado.

Quienes lo practican aseguran que la subida de adrenalina es total, como resultado en la persona que es atada de la tensión y del miedo, elevando su excitación. Yo doy fe. Desde el primer momento, practicar sexo *bondage* con Enzo me puso muchísimo.

Verle venir con las cuerdas, así como con un morbosos antifaz, provocó que me humedeciera de antemano. Él era especialista en nudos *bondage* y todo lo que pudiera enseñarme en ese sentido me ponía demasiado, más quizás de lo que mi pareja pudiese imaginar. O no, porque su imaginación daba para mucho y así me lo estaba demostrando día tras día.

⁵ El antifaz no tardó en colocármelo. Según Enzo, privarme del sentido de la vista haría que se potenciaran algunos otros de los míos.

El sencillo nudo con el que me ató en un principio, cuya forma intuí en el aire al tocarlo, es el que se conoce como cabeza de alondra o nudo constrictor, ideado para apretarse cuando se tensa.

Resulta que curiosamente me gustaba el mundo de los nudos y les había prestado atención en determinados momentos de mi vida, como de niña, cuando me aburría porque no tenía nada que hacer y entonces me daba por practicar con ellos.

Imaginarle a él haciéndolos me enloquecía. Pero más me puso cuando me ató con ellos al cabecero de la cama.

Para mí que no pretendía asustarme y por ese motivo no apostó fuerte. Era de agradecer porque se trataba de mis primeras incursiones en un mundo en el que nunca me había imaginado y en el que estaba encantada de aterrizar, que todo hay que decirlo.

Si en el resto de los entornos me dejaba llevar por Enzo, no digamos ya en aquel en el que no podía ver, inmersa en una oscuridad que me resultaba de lo más erótica y en la que todo me olía a él. Su embriagador e intenso perfume, que me llevaba a refugiarme mentalmente en su oasis de masculinidad, me resultó más intenso que nunca. Como digo, el resto de los sentidos se iban potenciando al haberme robado la vista, enmascarándola tras aquel suave antifaz que me estaba prohibido retirarme.

En el fondo, y pese a mi apariencia de total timidez, estaba llegando a la conclusión de que en mí habitaba una pequeña rebelde que, pese a ello, no fue capaz de enfrentarse a Enzo, quizás precisamente porque aquel tipo de sexo me intrigaba más de lo que yo misma me había llevado a reconocer.

⁵ Enseguida noté cómo esas cuerdas que aprisionaban mis muñecas iban directas a un cabezal de cama que estaba preparado para que dichas cuerdas fuesen anudadas en él.

¹ Nada, absolutamente nada, en el dormitorio de Enzo, que ya era de ambos, se había dejado al azar. Cada pequeño detalle estaba más bien pensado para que el placer invadiera cada poro de la piel de quienes tuvieran la suerte de

compartir una sesión de cama allí.

1

Yo sentía como si el dormitorio entero gritara mi nombre, como si “Nicole”, con las 6 letras que lo componían, fuese la banda sonora de una estancia donde no tardarían tampoco nada en sonar las melodías que saldrían en forma de gemidos placenteros y de mi garganta.

eSus manos me iban recorriendo el cuerpo al completo mientras él me iba estirando. Mis muñecas quedaban apesadas por las cuerdas y mi cuerpo se encorvaba gracias al enorme placer.

Él comenzó a estimular entonces, y a dos manos, tanto mis pezones como mi clítoris. La idea era hacerme gritar de placer. Quizás no haya mencionado hasta ahora el hecho de que el dormitorio estaba insonorizado. Nadie como Enzo para pensar en ese sentido y, como digo, todo estaba calibrado de antemano.

›Sentí mis pezones endurecerse de una manera que no parecía ser humana. Enzo se había especializado en hacerme correr en tiempo récord y a eso no iba a renunciar en ningún momento, pues para eso se le notaban las ganas de hacerme disfrutar hasta la extenuación.

En cuanto notó que sus caricias linguales estaban haciendo efecto, siguió lamiendo y succionando mis pezones. No tardó, efectivamente, en hacerme correr y yo no tardé en comenzar a gritar como una loca. La insonorización del dormitorio me venía fenomenal en ese sentido.

Mis uñas se clavaron en su piel en un gesto que no fue premeditado. No es que le hiciera especial daño, pero sí debí producirle una especie de escozor al que reaccionó con el más picante de los gestos.

Quedaba mucha sesión por delante y no era yo sola quien iba a producir reacciones de ese tipo en el otro. Sin más sacó un pequeño látigo, cuyas tiras estaban destinadas a propinar unos pequeños azotes, y me levantó el trasero, sin dejar de acariciarme los pezones, ya en ese momento con una mano.

Cada vez que me propinaba uno de esos azotes, mi cuerpo reaccionaba dando un saltito que él aprovechaba entonces para succionar de nuevo mis pezones. En apenas un par de minutos simultaneando unos gestos con otros me produjo tal placer que me corrí de nuevo a lo grande.

Muy excitada, pero también extenuada, me quedé bocarriba en la cama esperando más. No hay que olvidar que me colocó un antifaz que no me permitió ver, solo sentir... Me ponía tanto, me ponía tantísimo que hiciera ese tipo de cosas...

Su boca se acercó a la mía con la intención de besarme, o al menos eso creía yo. Cuando preparé mis labios para recibir el ansiado beso, se apartó dejándome con la miel en ellos.

Esposada y privada del sentido de la vista, busqué enloquecida su boca, la cual me había empeñado en besar una y otra vez, y entonces la llevó nuevamente a mi sexo, del que deseaba beber más y más.

Se empleó a fondo en degustarme enterita... Yo sentía una excitación tal que hasta notaba una especie de pequeñas contracciones en la entrada de mi canal, el cual se abría para él.

Aprisionar su pene entre las paredes de ese canal era algo que me podía. Notar cómo me estrechaba para él, cómo lo estrangulaba dentro de mí al entrar, pues eso fue lo que hizo; penetrarme... Mmmmm...

Mientras lo hacía, sus fuertes y grandes dedos no paraban de entrar en mi boca. A él le gustaba hacerlo así, y a mí más que lo hiciera, como si me penetrase por varios lugares a la vez.

› Pensaba en ello cuando escuché el estimulante sonido del consolador anal que puso en marcha. En ese momento, casi experimento un nuevo orgasmo, pues la idea de que me penetrase por más de un agujero al mismo tiempo me llevaba a delirar de placer.

›

Noté cómo me lo metió en la boca. Era de látex y con una consistencia rugosa que imitaba a un pene real, aunque no contara con el morbo que me producía el de Enzo en la boca, pues me estaba convirtiendo en una especialista en el sexo oral.

Nadie dice que pasar de nada a todo en el sexo sea sencillo... No obstante, con Enzo sí que lo fue. Él supo introducirme como nadie en unos juegos que me hacían rozar la locura y gritar su nombre como si el mañana no existiera, como si nunca, como si nadie, como si nada...

Yo, que era virgen hasta hacía poco, me estaba refugiando en un sorprendente sexo (el que él me proporcionaba) que me hacía relamerme de placer de solo pensarlo.

,

Noté cómo me desató las esposas con la intención de que me diese la vuelta. Noté también cómo mi cuerpo entero se perlaba de una fina capa de sudor que me recorría de pies a cabeza.

Enzo me separó ambas nalgas para aplicarme un gel dilatador que dejó actuando durante pocos minutos antes de emprender esa incursión anal que yo esperaba con ansia.

Poco a poco, él me había introduciendo en esa práctica que ya no me era desconocida. Al principio, lo hizo con muchísimo tacto, si bien llegó un momento en el que yo misma se lo pedía y en el que también le rogaba que actuase con énfasis, que yo no era ninguna muñequita por mucho que tuviera la apariencia y que fuera a por todas

La penetración vaginal me llegó antes. Mi vagina se había convertido en una fuente cuando Enzo entró en mí. Al poco, comprobando que mi parte trasera ya había dilatado, comenzó igualmente esa nueva incursión que le llevó a los confines de mí.

⁄ Solté un gemido de placer que me abrasó la garganta, al igual que me abrasaba por dentro. Normal, las brasas producidas por el fuego de nuestra pasión hacían mella en mí y me llevaban a desearle con fervor, esperándole en

un estado febril que elevaba mi temperatura hasta puntos insospechados.

Cuando Enzo me penetraba doblemente, cuando buscaba las maneras de darme placer por todos los lados y a la vez, su satisfacción era máxima. Nadie como él para hacer sentir mujer a quien, como yo, nunca me había sentido tal en mi plenitud, al no haber alcanzado mi madurez sexual.

Con ese hombre no solo la alcancé, sino que me sentí tan mujer como la que más mientras recibía esos pequeños mordiscos con los que recorría mi espalda al completo, con los que me proporcionaba tal placer que, unido al resto, me llevaron a un nuevo orgasmo con el que busqué su boca.

En esa ocasión sí que la encontré y se la comí entera. Su boca era, sin duda, una fuente de inspiración para mí de la que deseaba beber a todas las horas. Mientras me hacía suya de ese modo, mientras me hacía gozar hasta el límite, yo solo podía repetir su nombre... El nombre de quien me estaba llevando a rozar el olimpo del disfrute con la yema de los dedos.

o

.

1

un estado febril que elevaba mi temperatura hasta puntos insospechados.

Cuando Enzo me penetraba doblemente, cuando buscaba las maneras de darme placer por todos los lados y a la vez, su satisfacción era máxima. Nadie como él para hacer sentir mujer a quien, como yo, nunca me había sentido tal en mi plenitud, al no haber alcanzado mi madurez sexual.

Con ese hombre no solo la alcancé, sino que me sentí tan mujer como la que más mientras recibía esos pequeños mordiscos con los que recorría mi espalda al completo, con los que me proporcionaba tal placer que, unido al resto, me llevaron a un nuevo orgasmo con el que busqué su boca.

En esa ocasión sí que la encontré y se la comí entera. Su boca era, sin duda, una fuente de inspiración para mí de la que deseaba beber a todas las horas. Mientras me hacía suya de ese modo, mientras me hacía gozar hasta el límite, yo solo podía repetir su nombre... El nombre de quien me estaba llevando a rozar el olimpo del disfrute con la yema de los dedos.

Capítulo 40



Aquellas Navidades las celebraríamos en familia. Y no solo lo digo porque la fuésemos a vivir con los niños, que eso nos fascinaba, sino porque también vendrían Anna y Carlos Alberto, es decir, la madre de Enzo y su pareja, quienes vivían en el Caribe.

No es que la suya fuese la relación más estrecha del mundo, pues desde joven vivió Enzo solo con su padre, pero eso tampoco la convirtió en una madre despreocupada del todo y, sobre todo, en ella descubrí a una suegra divertida donde las hubiera, lo que fue todo un hallazgo por mi parte.

Ella misma fue quien, al llegar a Roma con una pabela del tamaño de una plaza de toros, nos dio la idea de que también invitásemos a la madre de los niños a pasarla con nosotros.

Si os soy sincera, a mí era algo que se me había pasado por la cabeza. Cuando Anna lo verbalizó, hasta Federico lanzó una risilla de conformidad, pues no existe nada mejor que una familia unida en fechas tan entrañables, y lo cierto es que aquellas lo serían.

Allegra, que creo no haber mencionado hasta ahora el nombre de la madre de los hijos de Enzo, agradeció mucho el gesto y no solo eso, sino que vino acompañada por un compañero suyo con el que acababa de comenzar una relación, de nombre Darío.

Los niños alucinaron al saber que todos pasaríamos las vacaciones juntos y no era para menos. Por primera vez tenían la oportunidad de hacerlo y encima con las bromas de su abuela Anna, quien se había revelado como la *show woman* de la familia y que estaba compinchada en todo momento con Ginevra.

Con decirnos que el día de Navidad todo amaneció lleno de regalos, pero que tuvimos que vestirnos de elfos y renos para recoger los nuestros... Ellas lo habían dispuesto así y ninguno quisimos llevarles la contraria.

Por mí, de hecho, encantada. Yo nunca tuve la oportunidad de disfrutar de un verdadero ambiente navideño como aquel año en el que todo me hacía especial ilusión.

De pronto tenía a un hombre que me amaba con infinita locura y que me lo demostraba cada día, así como con un familia al completo que no paraba de crecer...

Y hablando de familias y de crecer... Justo estaba yo recogiendo del pie del árbol mis regalos cuando me sentí mareada. Recuerdo que Enzo se dio cuenta y no vaciló a la hora de colocar su mano en mi cintura y levantarme con cuidado, mientras yo veía borrosas las rayas de los leotardos de mi disfraz.

—Cielos, perdonad, qué mareo más tonto. No sé qué me ha podido pasar.

—Tienes la cara súper blanca—me comentó Ginevra en ese momento.

—Sí, das un poco de yuyu—añadió su hermano.

—¿De verdad? —pregunté mientras me asomaba al espejo que había al lado de la enorme chimenea y del árbol.

—Si tú supieras que en ese mismo espejo me miré yo un día, igual que tú, sin saber qué me pasaba... ¡y resultó que venían estos dos! —señaló Anna a sus hijos.

—¿Estabas embarazada? Pero yo no...

—¿Tú por qué no? —me preguntó Enzo junto con una sonrisa mientras me abrazaba.

—Eso digo yo... No me vayas a decir que a mi hijo le falla la escopeta—nos soltó Anna con una copita de anís en la mano que se acababa de servir. Lo que le faltaba para que se le soltara la lengua del todo.

—No, si yo no digo nada, pero que no lo tenemos planeado y...

—Pues anda que, si solo existieran en el mundo los hijos planeados, la humanidad se quedaría en menos de la cuarta parte—se echó a pecho el contenido de la copa de anís—. Federico, prepárame el coche—le pidió al mayordomo.

—¿Qué coche, mamá? Que te acabas de meter un lingotazo entre pecho y espalda—le recordó su hijo.

—Pues tú me harás de chófer, por hablar... Ahora mismo nos vamos a una farmacia.

—¿Te ha caído mal el anís, Anna? —le pregunté porque estaba un tanto espesa y no me enteraba muy bien de nada.

—El anís me ha caído fenomenal, niña. Nos vamos a por una prueba de embarazo. Y que nadie toque la botella porque me la pienso beber entera como dé positivo.

a¿Era real? Al menos ella salió como alma que lleva el diablo a la farmacia y al poco volvió con la prueba y con Enzo, con quien venía charlando y que se mostraba de lo más nervioso y animado.

—Ea, pues ya la tienes aquí, que no se diga que no te damos facilidades. Háztela—me la puso en la mano.

—¿Aquí en medio? —le pregunté nerviosa, en el colmo del disparate.

—Muy decoroso no quedaría, aunque si te digo la verdad, yo no soy escrupulosa—rio.

—Ven, amor, vamos arriba—me dio el brazo Enzo, poniendo fin a mis dudas.

—¿En serio lo vamos a hacer ahora?

—Hombre, la prueba estaría bien que la hicierais... Ya verás que da positivo, pero que si no es así, os esperamos hasta que hagáis otro intento—se desternilló Anna.

—Va a ser—asintió Allegra.

—¡¡Me muero por un hermano!! —chillo Ginevra.

—Pero si ya tienes uno que soy yo—le aclaró Mateo.

l —Pero es que yo me refiero a uno que no sea idiota, no sé si me explico—apuntó ella.

—Niños, ya... Que este es un momento muy emocionante.

—Es verdad, papá, disculpa a mi hermano, que es un inmaduro—le pidió la niña.

—Hija, no te cueles...

—No, si el que puede que se haya colado, pero con un niño, es Papá Noel. Y eso que yo creía que a los críos los traía la cigüeña—nos guiñó un ojo porque esa niña sabía mucho más de lo que le habían enseñado.

—Ea, pues ya la tienes aquí, que no se diga que no te damos facilidades. Háztela—me la puso en la mano.

—¿Aquí en medio? —le pregunté nerviosa, en el colmo del disparate.

—Muy decoroso no quedaría, aunque si te digo la verdad, yo no soy escrupulosa—rio.

—Ven, amor, vamos arriba—me dio el brazo Enzo, poniendo fin a mis dudas.

—¿En serio lo vamos a hacer ahora?

—Hombre, la prueba estaría bien que la hicierais... Ya verás que da positivo, pero que si no es así, os esperamos hasta que hagáis otro intento—se desternilló Anna.

—Va a ser—asintió Allegra.

—¡¡Me muero por un hermano!! —chillo Ginevra.

—Pero si ya tienes uno que soy yo—le aclaró Mateo.

—Pero es que yo me refiero a uno que no sea idiota, no sé si me explico—apuntó ella.

—Niños, ya... Que este es un momento muy emocionante.

—Es verdad, papá, disculpa a mi hermano, que es un inmaduro—le pidió la niña.

—Hija, no te cueles...

—No, si el que puede que se haya colado, pero con un niño, es Papá Noel. Y eso que yo creía que a los críos los traía la cigüeña—nos guiñó un ojo porque esa niña sabía mucho más de lo que le habían enseñado.

Capítulo 41



¿Cómo olvidar uno de los momentos más emocionantes de mi vida?

Les debíamos a todos el poder visualizarlo en conjunto, porque la emoción era máxima y en todas las caras, por eso volvimos con ellos tras hacerla. La reunión navideña había sido un tanto improvisada y, sin embargo, en ella había encontrado yo oro puro, porque para mí lo era.

Los niños tamborileaban mientras dejábamos pasar el tiempo de rigor. Enzo me sostenía por la cintura y a mí las manos me temblaban. Justo cuando fui a mirar el resultado de la prueba, el temblor fue a más y esta resbaló, cayendo al suelo bocabajo.

—¡Y ahora el mágico momento de levantarla!! ¿Qué será, será? —se preguntó Ginevra.

—Pues esta vez no te puedes reír de mí diciendo que una mierda *empapelá*—le aclaró su hermano causando las carcajadas en todos nosotros.

En mi caso eran histéricas, porque moría ya por saber. Ginevra le dio de pronto la vuelta y el resultado no arrojó dudas... ¡¡Positivo!!

—¡Hermano al canto!! —gritó mientras yo me ponía a llorar sin más.

Las lágrimas tampoco se hicieron de rogar en los ojos de Enzo, quien me abrazó más que emocionado.

—Vamos a tener un hijo, mi pequeño colibrí, ¡¡vamos a tener un hijo!!

—Un hijo más pequeñito que tu colibrí, papá, sí—añadió Mateo, quien estaba entrando en la edad del pavo y a veces lo acusaba bien.

—Eso espero, porque si no, a ver cómo lo echa por... Bueno, ya me entendéis—comentó Anna mientras le echó nuevamente mano a la botella de anís.

—Felicidades de todo corazón—me abrazó Allegra.

—Pues si tan contenta te has puesto, ya sabes... Dile a tu nuevo novio que se te ha antojado uno—le sugirió Anna su exsuegra.

—No, no... Si yo no tengo tiempo ahora para bebés, Anna.

—Es que el mundo está muy mal repartido... Porque yo ahora sí que querría uno y Carlos Alberto no atina—se refirió a su novio, quien la miró atónito.

—Pero Anna, que tú ya tienes...

—Di mi edad en alto y hasta hoy hemos llegado, que lo sepas.

Las risas se sucedieron en una disparatada secuencia durante la cual descubrimos que seríamos padres. Enzo me miraba con infinita ternura y emoción y me parecía que estuviéramos solos él y yo en un momento de lo más emocionante, por mucho que allí hubiese más gente que en la guerra.

Descubrir que estás embarazada siempre es una gran noticia, pero hacerlo el mismo día de Navidad ya es la bomba. Ciertamente, Papá Noel nos había traído un regalo inesperado y sorprendente, el regalo más bonito de todos, que sembró la emoción en mi rostro lo mismo que en el del futuro padre. Enzo ya lo era, pero estrenarse conmigo se notaba que le hacía especial ilusión.

Jamás me hubiese imaginado siendo madre a corto plazo, nunca en la vida... Pero hay bebés que vienen sin ser llamados y con la clara intención de aumentar a tope la felicidad de sus orgullosos papás.

Con lágrimas en los ojos, verbalicé una idea que ya había tenido tiempo atrás, desde el día que visitamos la tumba de la verdadera hermana de Enzo.

—Si es una niña...

—Es que va a ser una niña, ya te lo digo yo—me interrumpió Ginevra, a quien se le notaba que deseaba que fuera chica.

—Bueno, pues si es una niña, se llamará Adriana—les anuncié sin pensarlo dos veces.

—¿De verdad? ¿Quieres que lleve el nombre de mi hermana? —me preguntó Enzo, más emocionado todavía.

—Claro que quiero. Se llamará así.

No me preguntéis por qué, pero yo intuía que el fruto de mi vientre era del sexo femenino. Puede que quizás fuese por mis ganas de que la vida compensase con otra chica a Enzo, después de que no pudo conocer a una hermana que tanto buscó.

l,

Comenzaba entonces un nuevo período para nosotros. Una dulce espera que, no obstante, se nos haría larga, porque cuando cuentas con tantas ganas de verle la carita a tu bebé, un buen puñado de meses amenaza con hacerse eterno.

Después de las Navidades, todo volvió a su ser. La rutina, esa que me gustaba, se adueñó de nuestras vidas. Nos quedamos solos con los niños, aunque todos estuvieron muy pendientes del embarazo.

Enzo se reveló como el hombre más cuidador del mundo. Si ya me lo había demostrado en nuestra anterior etapa, no digamos ya en esa en la que mi pancita comenzó a crecer y crecer.

No dejé por ello mis estudios, en absoluto los abandoné y me gradué poco antes de que mi bebé viera la luz.

Poco nos habíamos equivocado, al menos Ginevra y yo, porque el ginecólogo nos confirmó que se trataba de una niña. Una niña, que sería la de nuestros ojos, a la que ya moríamos por conocer.

La vida se fue abriendo camino. En su día perdí una madre y una hermana, por mucho que no se comportase como tal, pero una hija me venía de camino. Una hija que era la más deseada del mundo y por la que yo rezaba para que naciera perfecta, para que completara una felicidad que era casi total en nuestra casa y que con ella lo sería del todo.

El embarazo transcurrió al completo sin ningún tipo de problema. Yo me encontré genial todo el tiempo y me preparé a conciencia para el parto con la ayuda de Enzo, que me animaba a cada instante.

En los últimos días, mis tobillos se hincharon. Yo, que siempre los tuve muy finitos, acusé una inflamación contra la que Enzo luchaba masajeándomelos cada noche.

Se había convertido en una especie de ritual que me cautivaba, porque mientras lo hacía yo soñaba despierta con todo lo relacionado con nuestra niña, la cual ya estaba por llegar al mundo. Solo faltaban unos días y la ilusión de ambos crecía y crecía... Adriana muy pronto estaría con nosotros y nada podía alegrarnos más. La llegada de un hijo es algo muy grande, y si no que me lo dijeran a mí, que no hacía más que contar las horas.

;

Comenzaba entonces un nuevo período para nosotros. Una dulce espera que, no obstante, se nos haría larga, porque cuando cuentas con tantas ganas de verle la carita a tu bebé, un buen puñado de meses amenaza con hacerse eterno.

Después de las Navidades, todo volvió a su ser. La rutina, esa que me gustaba, se adueñó de nuestras vidas. Nos quedamos solos con los niños, aunque todos estuvieron muy pendientes del embarazo.

Enzo se reveló como el hombre más cuidador del mundo. Si ya me lo había demostrado en nuestra anterior etapa, no digamos ya en esa en la que mi pancita comenzó a crecer y crecer.

No dejé por ello mis estudios, en absoluto los abandoné y me gradué poco antes de que mi bebé viera la luz.

Poco nos habíamos equivocado, al menos Ginevra y yo, porque el ginecólogo nos confirmó que se trataba de una niña. Una niña, que sería la de nuestros ojos, a la que ya moríamos por conocer.

La vida se fue abriendo camino. En su día perdí una madre y una hermana, por mucho que no se comportase como tal, pero una hija me venía de camino. Una hija que era la más deseada del mundo y por la que yo rezaba para que naciera perfecta, para que completara una felicidad que era casi total en nuestra casa y que con ella lo sería del todo.

El embarazo transcurrió al completo sin ningún tipo de problema. Yo me encontré genial todo el tiempo y me preparé a conciencia para el parto con la ayuda de Enzo, que me animaba a cada instante.

En los últimos días, mis tobillos se hincharon. Yo, que siempre los tuve muy finitos, acusé una inflamación contra la que Enzo luchaba masajeándomelos cada noche.

Se había convertido en una especie de ritual que me cautivaba, porque mientras lo hacía yo soñaba despierta con todo lo relacionado con nuestra niña, la cual ya estaba por llegar al mundo. Solo faltaban unos días y la ilusión de ambos crecía y crecía... Adriana muy pronto estaría con nosotros y nada podía alegrarnos más. La llegada de un hijo es algo muy grande, y si no que me lo dijeran a mí, que no hacía más que contar las horas.

Capítulo 42



Cuando estás preparada y deseando dar a luz lo afrontas con la máxima de las ilusiones. El miedo también está presente, qué duda cabe, aunque Enzo permanecería en todo momento a mi lado y eso lo anulaba en gran parte.

Me puse de parto de mi hija Adriana a media tarde. La emoción me embargó al mismo tiempo que los nervios. Cuando eres primeriza, cualquier posible contratiempo te parece una fatalidad debido a los muchos nervios, aunque yo sabía que me encontraba en las mejores manos.

Resultó que mi ginecólogo, el que me atendió durante todo el embarazo, debía encontrarse indispuesto, porque no contestaba al teléfono. Yo me subía por las paredes, aunque pronto apareció una chica muy amable, ginecóloga también, que me prometió que todo iría sobre ruedas.

Se notaba que sabía lo que hacía y sentí que tenía toda la razón: que yo estaba en unas manos estupendas. A pesar de ser nueva en la clínica, según nos comentaron, tenía mucho don de mando y enseguida puso a todo el equipo a trabajar.

—Tranquila, que en nada tienes a tu hija en el mundo, ¿estás nerviosa? —me preguntó mientras me cogía la mano.

—No... Digo sí. A ver...

—A ver, en realidad como todas, qué pregunta también la mía. Tengo que explorarte, Nicole, vamos a ver cómo se está desarrollando el trabajo del parto.

Eché un vistazo y su mirada me tranquilizó.

—¿Todo bien por ahí abajo? —le pregunté.

—Todo mejor que bien, ¿y si te digo que casi puedo verle la cantidad de pelito que tiene? ¿Cómo se va a llamar la cría?

—Adriana, se llamará Adriana—le contesté para orgullo de Enzo, que no se movió ni un segundo de mi lado.

—Pues que sepas que Adriana es todo lo contrario a esos bebés que nacen calvos como bombillas. Vaya, que podrías cogerle ya unas trenzas—reía.

Me animaba mucho. Se llamaba Lucía y parecía tremendamente resuelta, algo que le comenté a Enzo.

—Sí y no debe tener más edad que tú, da gusto toparse con profesionales así. Se ve muy bien formada, ya verás que enseguida nos entrega a Adriana como si fuese un paquetito de Navidad atrasado, uno que no llegamos a abrir en su momento.

Yo ya me encontraba muy relajada. Los dolores que sentí en las horas anteriores habían caído frente al poder de la anestesia epidural que me administraron.

Cuando tienes esas inmensas ganas de ser madre, lo que quieres es poder ayudar a tu bebé a salir al mundo con toda la energía, llorando a pleno pulmón como señal de salud.

Enzo apretaba mi mano en el momento en el que Lucía me indicó que empezase a empujar con todas mis ganas. Si fuerzas manifiestas durante el embarazo, no digamos ya las que salen de tu interior cuando te dicen que estás a punto de alumbrar a esa vida a la que ya en esos momentos quieres mucho más que a ti misma.

Lágrimas de emoción, como puños de grandes, resbalaron por mis mejillas en el instante en el que noté que el bebé salía de mí y escuché que entonaba un primer llanto que al principio fue más suave y enseguida sonó atronador.

Enzo rompió a llorar igualmente de felicidad mientras besaba mi frente y yo... Yo moría de amor.

—Lucía, dámela, por favor—le pedí.

—Aquí tienes a tu campeona, raro será si no se convierte en soprano, Nicole. Enhorabuena, es una niña preciosa.

—Sí que lo es, sí que lo es... Es nuestra hija, Enzo—le miraba yo con infinito amor mientras él me seguía besando y colocaba sus manos encima del bebé.

—Unos minutos solo porque me la tengo que llevar a la exploración. Disfrutadla, tortolitos—nos dijo y entonces esbocé una gran sonrisa.

—Eres la mejor, Lucía, gracias.

—No hay de qué—me sonrió.

Nos dejó a solas con la cría durante unos minutos. El parto había sido perfecto y ni siquiera me desgarré, por lo que no hubo que suturar. No se podía pedir más.

—Es preciosa, Enzo. Y tiene tus ojos... Tus ojazos verdes.

—Pero la naricita es tuya y la barbilla también.

—Es el bebé más bonito que he visto en mi vida. Y parece sanita como una pera, ¿verdad?

—Eso ni lo dudes. Esta niña crecerá fuerte como una roca—me comentó él mientras la acariciaba.

¹ Lucía apareció para llevársela. Era normal, pero me costaba cantidad separarme de ella.

—Venga, no me pongas esa carita, Nicole. Al poco de que te suban a la habitación, ya la tendrás allí contigo.

—Vale, voy a estar contando los minutos, ¿eh?

—Que sí. Cualquiera niega que eres primeriza. Pero mujer, si vas a tener mucho tiempo para estar con ella. Y con los pulmones que tiene, Dios te libre de que empiece a berrear por las noches. Ven aquí, cosita bonita—le dijo mientras la tomó en brazos.

Como ella me comentó, al poco me subieron a la habitación. Yo estaba deseando tener a la niña conmigo y comencé a consultar mi reloj.

—Enzo, ¿no tardan demasiado? Dijeron solo unos minutos...

—Pero eso sería para calmarte, cariño. Es lógico que tengan que hacerle pruebas y que tarden algo más—trataba de serenarme.

—¿De verdad? ¿No me engañas?

—Pero cómo te voy a engañar, cariño mío, ¿cuándo lo he hecho?

—Está bien, está bien. Pero ¿por qué no vas en busca de Lucía y le preguntas? Es que necesito verla ya, mi amor.

—Ok, ahora mismo voy. Mira, hablando del rey de Roma, aquí la tienes—me informó señalándola. Ahora bien, entre que venía sin la niña y que su cara no era precisamente de portar las mejores noticias, me asusté.

—¿Todo bien Lucía? —le pregunté con la respiración entrecortada.

—Me temo que no, pareja. Veréis, vuestra hija ha nacido con una anomalía de corazón que ha de ser estudiada de inmediato.

—¿Con una anomalía de corazón? Pero eso no es posible... Tú misma dijiste que estaba perfecta, que podría ser soprano.

—Y lo sé, Nicole, pero por desgracia hay dolencias que pasan desapercibidas a los ojos de cualquier médico. Y las dolencias coronarias son así en muchos casos. Hemos de trasladarla con urgencia a un hospital especializado. Tenéis que autorizar el traslado.

—¿Con una anomalía de corazón? Pero eso no es posible... Tú misma dijiste que estaba perfecta, que podría ser soprano.

—Y lo sé, Nicole, pero por desgracia hay dolencias que pasan desapercibidas a los ojos de cualquier médico. Y las dolencias coronarias son así en muchos casos. Hemos de trasladarla con urgencia a un hospital especializado. Tenéis que autorizar el traslado.

Capítulo 43



Bien sabe Dios que hice todo lo posible porque me trasladaran de inmediato con mi niña.

Yo no podía dejar de llorar, ¿cómo hacerlo cuando su salud no era todo lo fuerte que yo esperaba? Cuando te conviertes en madre, la salud es el bien más importante para tu bebé y si eso falla, tu mundo entero se desmorona.

—Tú debes esperar aquí, Nicole. Acabas de dar a luz y no sería lógico que te movieras. Además, a la cría la internaran en una unidad especializada en la que no podrás permanecer con ella. Te prometo que, en cuanto estés más recuperada, te trasladaremos. Mientras, te mantendré informada en todo momento—me comentó Lucía.

El alma se me cayó a los pies. Miré a Enzo y él estuvo de acuerdo.

—Cariño, todo va a salir bien. Por favor, tranquilízate—me pidió mientras me abrazaba.

—Es que no puedo. Me muero de pensar que algo malo le ocurra a la niña, me muero—le comenté.

Estábamos solos en la clínica y aún no habíamos informado a los nuestros de su nacimiento. Mejor así, porque yo no me encontraba para visitas. Solo quería estar con él, llorar con él por el mucho miedo que sentía.

Lucía, en un gesto que la honraba, se ofreció ella misma a acompañar al bebé en la ambulancia hasta la llegada al hospital, desde el cual nos informaría. No por eso lograba yo tranquilizarme y el equipo que me atendía barajaba administrarme un calmante que rechacé de plano, puesto que lo único que deseaba era tener noticias de mi pequeña.

Ya he hecho referencia en alguna ocasión a un sexto sentido que en ese momento me indicó que algo iba rematadamente mal. Y no me refiero solo a la salud de la niña, sino que nadie me pregunte por qué, pero yo sentí que algo más estaba pasando.

—Enzo, vete para ese hospital. No me repliques, por favor. Yo estoy bien y me quedo aquí, pero necesito que me confirmes que allí todo fluye.

—No puedo dejarte sola, cariño, acabas de dar a luz. Y, por desgracia, a la niña no nos podemos acercar en estos momentos.

—Te he pedido que no me repliques, que solo lo hagas. Sé que algo va mal, lo sé...

—No digas eso, pero si es tu deseo, ahora mismo iré. Lo haremos así.

Aún no le había dado tiempo a salir de la habitación cuando el director del hospital se acercó a hablar con nosotros.

—Tenemos algo que contarles, parece ser que ha surgido un gran problema—nos comentó.

—¿Qué clase de problema? —le pregunté desesperada porque no me cogió en absoluto de sorpresa.

—Su ginecólogo acaba de aparecer en el parking subterráneo maniatado. Parece ser que alguien le atacó con la idea de que no pudiera atender el parto de su hija.

—¿Cómo? No puede ser, no puede ser—me llevé las manos a la cabeza, rota de dolor.

—¿Y Lucía? ¿Qué pasa con Lucía y con nuestro bebé?

—Me temo mucho que la tal Lucía es solo una impostora. No niego que sea ginecóloga, pero desde luego que nunca ha trabajado en este centro y que no cuenta con contrato. Un enfermero me informó de que ella atendió el parto y por eso vine a ponerles sobre aviso. Entonces, tuve conocimiento de que su ginecólogo fue atacado.

—¿Una impostora? ¿Con qué fin? ¿Se trata de un secuestro? ¿Es que acaso no es verdad que nuestra hija esté enferma? —le interrogué.

—Parece ser que no. Todo se ha tratado de la invención de esa mujer para llevarse a la cría consigo.

—¿Han secuestrado a nuestra hija? —intervino Enzo.

—Parece ser que sí. Me temo que su fortuna ha actuado como reclamo y que algún desalmado se ha quedado con la cría para exigir un rescate.

—¿Un rescate? ¡¡Pagaré lo que haga falta para que nos la devuelvan!! —gritó Enzo.

—La policía viene de camino. Jamás nos habíamos encontrado con un caso similar, lo lamento de todo corazón. No entiendo cómo esa mujer ha podido infiltrarse en la plantilla de este hospital. Lo cierto es que no lo entiendo.

En alguna ocasión me había comentado Enzo que temió por la seguridad de sus hijos. Al fin y al cabo, se encontraba en las listas de los hombres más ricos de Italia y eso podía pasarle factura.

Rompí a llorar sin consuelo mientras él corría a encontrarse con los agentes de policía que llevarían el caso.

Qué injusto y qué terror el que ambos sentimos... Un hijo es alguien a quien adoras desde el mismo momento en el que descubres que viene en camino. Y nada más tremendo que descubrir que unos depravados se lo han llevado de tu lado con fines económicos.

El ginecólogo a quien habían abatido a golpes y luego maniatado, no supo arrojar luz sobre el suceso, pues le pillaron de espaldas, como los buenos cobardes que eran.

En cuanto estuvo algo mejor, subió a hablar con nosotros y a disculparse por no haber podido hacer nada para evitar que se llevaran a nuestra hija.

Era de locura. Ese hombre se disculpaba por algo que no había hecho mientras nosotros nos partíamos la cabeza pensando en quién podría haber ideado algo así. No era la primera vez que secuestraban a un niño con un móvil económico, aunque aquel secuestro estaba bien hilvanado, puesto que nos la habían colado y a lo grande.

Enzo no hacía más que hablar por teléfono y yo rezaba. Sin duda, su fortuna nos acababa de jugar una mala pasada, una que ya no merecíamos a esas alturas cuando todo el mal que nos rodeó se había disipado por completo.

Rompí a llorar sin consuelo mientras él corría a encontrarse con los agentes de policía que llevarían el caso.

Qué injusto y qué terror el que ambos sentimos... Un hijo es alguien a quien adoras desde el mismo momento en el que descubres que viene en camino. Y nada más tremendo que descubrir que unos depravados se lo han llevado de tu lado con fines económicos.

El ginecólogo a quien habían abatido a golpes y luego maniatado, no supo arrojar luz sobre el suceso, pues le pillaron de espaldas, como los buenos cobardes que eran.

En cuanto estuvo algo mujer, subió a hablar con nosotros y a disculparse por no haber podido hacer nada para evitar que se llevasen a nuestra hija.

Era de locura. Ese hombre se disculpaba por algo que no había hecho mientras nosotros nos partíamos la cabeza pensando en quién podría haber ideado algo así. No era la primera vez que secuestraban a un niño con un móvil económico, aunque aquel secuestro estaba bien hilvanado, puesto que nos la habían colado y a lo grande.

Enzo no hacía más que hablar por teléfono y yo rezaba. Sin duda, su fortuna nos acababa de jugar una mala pasada, una que ya no merecíamos a esas alturas cuando todo el mal que nos rodeó se había disipado por completo.

Capítulo 44



Los agentes de policía concluyeron lo que todos ya sospechábamos; nuestra niña había sido secuestrada.

Dada la cantidad de dinero que se le presuponía a Enzo Bianchi, al padre de Adriana, a nadie le cogió por sorpresa que pudiera ser el blanco de unos desalmados que solo trataran de enriquecerse a costa del sufrimiento ajeno.

La hipótesis era que se trataba de una banda cuya cabeza visible era Lucía, a quien enseguida identificaron como una joven ginecóloga que había comenzado su carrera con el pie izquierdo. Por lo visto, una denuncia por parte de los padres de un bebé cuyo parto atendió la dejó fuera del circuito médico, por lo que era la persona ideal para valerse de ella a la hora de hacerse con la niña de un millonario como Enzo.

Las desgracias nos perseguían, eso estaba más claro que el agua. Dolía pensar que una familia como nosotros estuviera en el ojo del huracán de semejantes malhechores.

Los agentes pronto comenzaron a revisar las cintas de seguridad del parking subterráneo y se dieron cuenta de que habían sido estratégicamente apagadas tanto en el momento de la agresión del ginecólogo como cuando se llevaron a nuestra hija con ellos.

Quien quisiera que estuviera detrás de todo aquello no lo había pensado de la noche a la mañana, pues se necesitaba una infraestructura bastante en condiciones para llevar a cabo tal fechoría.

Poco o más bien nada podíamos conocer sobre los datos del secuestro a través de las cámaras, aunque sí que hubo un hecho relevante que nos puso sobre la pista.

—Mi niño tiene altas capacidades y ya les digo yo que se fija mucho. Es cierto que es muy pequeñito, pero si les dice que se trata de una furgoneta azul, pueden jurar que es así—les comentó una chica a los agentes que andaban haciendo preguntas por todas las plantas.

Yo misma me lancé a los pasillos en una sillita que empujaba Enzo, a quien le dejé claro que me moriría en el caso de no poder intervenir en la búsqueda de mi recién nacida, que yo era su madre y que debía protegerla igual que él.

—¿Es que tu niño ha visto algo? —le pregunté pidiéndole a Enzo que se diera prisa en llegar hasta ella.

—Sí, ¿tú eres la madre de la niña desaparecida? No veas cuánto lo siento. Y sí, mi niño vio cómo una chica joven le entregaba un bebé a otra mayor que la esperaba en la furgoneta, al bajarnos del coche en el parking.

—¿A otra mujer? ¿Qué mujer? ¿Pudo ver algo más? Por favor, tenéis que ayudarnos, te lo suplico...

—Espera, por favor. Él nos dirá lo que sabe. Mi niño os ayudará.

La chica se acuclilló ante su niño y comenzó a preguntarle con mucha tranquilidad, porque era pequeñito y de otra manera podría asustarse.

—Dice que no la vio demasiado bien, pero que tenía una cicatriz en la barbilla, por la parte baja, que en eso sí que se fijó.

—¿Una cicatriz? ¿En la barbilla? No puede ser, ¿cuántas casualidades existen? ¿Es que el mal siempre cobra la misma forma? —me pregunté en alto.

—Lo dices porque tu hermana Giulia también tenía una, eso ya lo recuerdo—me comentó Enzo.

—Sí, se la hizo de pequeña... Se cayó de la bici y le quedó esa señal de por vida. Ella decía que le daba aspecto de mala, como si eso le hiciera falta—refunfuñé.

—Giulia, sí—le escuchamos decir entonces al pequeño.

—¿Qué has dicho, chiquitín? —me acerqué a preguntarle.

—Que cuando le dio el bebé, la otra la llamó Giulia—nos aseguró.

Por un segundo creí que lo que acababa de escuchar era de ciencia ficción. Si también se daba esa casualidad, que viniera Dios y lo viera. Enzo se quedó tan perplejo como yo, aunque fue él quien tuvo una reacción que me dejó paralizada.

—Enséñale al crío una foto de Giulia, te lo ruego—me pidió.

—¿Una foto de mi hermana? Por el amor del cielo, Enzo, ella lleva mucho tiempo muerta. Lo sabes igual que yo...

—Y aun así te ruego que se la enseñes. Hazle caso a mi instinto, no tienes nada que perder.

Sin saber a qué venía todo aquello, busqué una foto de Giulia en la que salía en primer plano y se la acerqué al chiquitín, quien se llamaba Hugo, y el cual asintió con la cabeza.

—Esa es la mujer de la cicatriz, ¿la ves? —me señaló.

—Sí, cariño, pero esta mujer no se ha podido llevar al bebé. Hazme caso, no ha podido ser ella.

—Sí, sí que ha sido ella—asintió de nuevo con la cabeza.

Miré a su madre y la muchacha le dio la razón.

1

—Mira, mi hijo es un portento en lo de reconocer a las personas y demás, si él te dice que se trata de esa mujer, y pongo la mano en el fuego porque lo es.

;

Si en ese momento me pinchan, no me encuentran ni una gota de sangre en las venas. O al menos no líquida, porque se me debió helar. Enzo me miró y me hizo un gesto.

—Creo que alguien nos la ha jugado más de lo que jamás podríamos haberlo pensado. Tú no llegaste a verla muerta, creo recordar que me dijiste que no quisiste pasar.

—No, y luego la sacaron ya tapada... Pero vi sus manos al lado de las sábanas, no las movía... ¡Estaba muerta! —echillé.

—Podría hacerse la muerta. No tengo claro quién la ayudó a engañarnos, aunque cabe la posibilidad de que fuera la médica que la atendió... Igual ella sí despertó y...

—¿Y por qué la ayudarían?

—Por dinero. Nunca te lo dije, pero cuando recuperé el dinero de Giulia, el que yo le había entregado, faltaba una gran cantidad, un pellizco más que considerable. Lo achaqué a que lo hubiera gastado nada más cogerlo, a que tuviera deudas... Pero está claro que lo usó para pagar a alguien, para fingir una muerte que no fue tal. Al despertar debió valorarlo y actuó rápido, aprovechando que yo no estaba contigo, aprovechando que tú te quedarías abatida por su presunta muerte y que ni siquiera te acercarías a ella. Después debieron entregarnos otro cadáver, que fue el que enterramos... Maldita sea, maldita Giulia...

—Y ahora tiene a nuestra niña. Ella te odia con todo su corazón, Enzo.

—¿Tú crees que sería capaz de hacerle daño a su propia sobrina?

—Con tal de hacértelo también a ti, que no te quepa la menor duda. Giulia es la maldad personificada. Tenemos que dar con ella, tenemos que hacerlo ya—le confesé llorosa.

No me quedó más remedio que claudicar. Enzo debía tener razón en cuanto estaba pensando. Mi hermana no

estaba muerta, estaba viva y coleando... Y había esperado el momento perfecto para asestarnos a ambos el peor de los mazazos, llevándose a ese ser pequeñito al que adorábamos.

Los agentes tomaron buena nota de todo, así como de la matrícula del vehículo en el que se la llevaron, pues resultó que el pequeño la soltó como si tal cosa.

La maldad no debería triunfar nunca y fue un golpe de suerte para nosotros que mi hermana y sus compinches se toparan con un crío como Hugo, capaz de retener tantos datos pese a su poca edad.

Desde siempre, desde su más tierna infancia, Giulia fue siempre una marimandona de libro. Sin duda, a esas alturas ya no debía tener dinero con el que volver a pagar los servicios de quienes le ayudaran, pero sí que les habría ofrecido repartir con ellos el succulento rescate que supuestamente pedirían por nuestra hija.

Con todo y con eso, lo peor es que podía haberlos engañado para que le prestasen ayuda y después ni siquiera cobrar el rescate, en el sentido de que la veía más capaz de hacer algo terrible a la cría que de devolverla a nuestros brazos a cambio de dinero.

Sinceramente, estaba aterrada, más miedo no podía sentir. Enzo trataba de calmarme, aunque la inquietud y la zozobra también debían estar muy presentes en él, como mostraba su abatido gesto.

No por eso en ningún momento se vino abajo en el sentido de perder la serenidad, para nada lo hizo, más bien tomó las riendas de la situación y, junto con los agentes de policía, movilizó una búsqueda que puso Roma patas arriba.

Fueron, sin duda, las horas más tensas de nuestras vidas, pues hay que tener en cuenta que tanto él como yo teníamos la absoluta seguridad de que la vida de Adriana estaba en juego. La prueba más evidente fue que, durante el transcurso de estas, no recibimos llamada alguna pidiendo un rescate, lo que nos dio a entender que Giulia, ciertamente, no solo nos había engañado a nosotros, sino a los criminales que la habían ayudado a secuestrar a nuestra niña, porque no solo debió ser Lucía, sino que ya a esas alturas contábamos con la absoluta certeza de que habría más gente involucrada.

Unas horas en las que me sentí morir hasta que Enzo entró en el dormitorio con la mejor de sus sonrisas.

—La han detenido, amor. Cambió de vehículo, pero aun así han podido seguirle la pista. Está en una casa a las afueras de la ciudad. Yo voy pitando para allá, te traeré a la niña en un santiamén y nunca más tendrás que separarte de ella. Casi agonizo al no poder cumplir mi promesa de protegeros a ambas, pero todo ha salido bien.

—Tú no podías prever nada de lo sucedido, pero algo sí que te digo: no te vas a deshacer tan pronto de mí, voy a ir hacia esa casa sí o sí.

—No puedes hacerlo, vida, no puedes porque acabas de dar a luz y...

e

—Y te digo que voy a ir, voy a ir seguro. No puedes hacer nada para pararme. Ahora mismo soy como un huracán y nadie puede parar a un huracán, sé que me entiendes y que, en el fondo, harías lo mismo.

No tuvo más opción que acatar cuanto yo le decía. Los dos nos subimos en el coche y fuimos en dirección hacia ese lugar en el que ya la tenían detenida.

En poco o en nada se había equivocado Enzo. Aquella noche aciaga en la que la creíamos muerta, ella se despertó y le ofreció a la médica una considerable suma de dinero con tal de ayudarla en su maquiavélico plan de hacerse pasar por un cadáver.

Ella misma me lo contó cuando por fin la tuvimos de frente, en un momento en el que Enzo tuvo que agarrarme para no abalanzarme sobre la persona que se suponía que era mi hermana, pero que en realidad se había portado conmigo como si fuera mi peor enemiga.

—Eres el ser más despreciable del mundo, Giulia, el más—le espeté ya con mi hija a buen recaudo, lejos de sus garras.

—Ya me lo hiciste saber una vez y casi me quito la vida, pero no me vas a volver a convencer... Tú has tenido la culpa de todo esto, en cuanto me desperté lo tuve claro. Me diste la espalda, a mí... A la persona que más te ha cuidado en la vida.

—Eso no es verdad. Eres lo peor, Giulia, lo peor...

—Lo peor eres tú, que te has aliado con el enemigo, con el hijo de quien le jodió la vida a Adriana. Te odio con todo mi ser por eso y siempre te odiaré.

—Hasta donde yo sé, Adriana no hubiera querido nada de esto—intervino Enzo—. Tu hermana me ha contado que era una buena chica que vivía sin rencores, no como tú.

—Lávate la boca antes de hablar de Adriana, cerdo. A ti te odio todavía más que a esta desgraciada, que ya es decir—me señaló.

—¿Desgraciada tu hermana? Ya quisieras, aunque fuera en tus sueños, llegarle a la suela del zapato. Nicole es la mejor mujer que he conocido y me tiene totalmente enamorado. Mientras tú te pudres en la cárcel, pues ese es tu destino, yo me encargaré de que a ella no vuelva a faltarle de nada en la vida, empezando por el cariño y el amor que tú nunca fuiste capaz de darle porque no tienes sentimientos.

—¡Vete a la mierda! ¡Yo sí que los tengo! ¡Yo amaba a tu hermana!

—No te hace falta que te repita que, si la hubieras amado, no la hubieras metido en el lío en el que la metiste. Ya

te lo dijo Nicole y ahora, que te toque algo de suerte en el reparto, porque la vas a necesitar.

1

No le dio tiempo a decir nada más porque se la llevaron esposada. Ahí comenzó su verdadero viacrucis, pues ya os adelanto que Giulia cumpliría un buen número de años de cárcel conforme a una sentencia que la consideró culpable del crimen de haber secuestrado a nuestra pequeña, aparte de que ella, a quien se le había ido la chota de todo, reconoció que sus intenciones eran otras y que, de no encontrarla nosotros antes, Adriana hubiera sufrido el peor de los destinos en brazos de quien era su tía y que la trató como si de verdadera escoria se tratase.

Comenzó ese día nuestra nueva vida, ante los atónitos ojos de Enzo y de los míos, al enfrentarnos de repente con un pasado que creíamos muerto y enterrado, y nunca mejor dicho.

te lo dijo Nicole y ahora, que te toque algo de suerte en el reparto, porque la vas a necesitar.

No le dio tiempo a decir nada más porque se la llevaron esposada. Ahí comenzó su verdadero viacrucis, pues ya os adelanto que Giulia cumpliría un buen número de años de cárcel conforme a una sentencia que la consideró culpable del crimen de haber secuestrado a nuestra pequeña, aparte de que ella, a quien se le había ido la chota del todo, reconoció que sus intenciones eran otras y que, de no encontrarla nosotros antes, Adriana hubiera sufrido el peor de los destinos en brazos de quien era su tía y que la trató como si de verdadera escoria se tratase.

Comenzó ese día nuestra nueva vida, ante los atónitos ojos de Enzo y de los míos, al enfrentarnos de repente con un pasado que creíamos muerto y enterrado, y nunca mejor dicho.

Capítulo 45



Un año después la vida nos sonreía. Todo era maravilloso a nuestro alrededor y por eso habíamos tomado la decisión de que ¡¡nos casábamos!!

Dicho así puede sonar no demasiado romántico, pero por supuesto que lo fue, ¡¡y muchísimo!! Todo comenzó con una escapada en solitario que hicimos un fin de semana a Venecia en la que Enzo lo tenía todo previsto para pedirme matrimonio mientras paseábamos en góndola entre arrumacos.

Para mí, fue el gesto más tierno del mundo. Cuando le vi delante de mí, con la rodilla en el suelo de la embarcación y las perlas a las que se me asemejaban sus dientes fuera, como protagonistas de la más bonita de sus sonrisas, la emoción me embargó hasta el punto de que las lágrimas asomaron a mi rostro, agolpadas unas detrás de otras.

No dudé en soltarle un “sí, quiero” que sonó tan fuerte y contundente que los turistas que estaban cómodamente instalados en otras góndolas, lo oyeron y comenzaron a aplaudir.

Ese “sí, quiero” tuvo mucho que ver con aquel otro que nos daríamos ese día en una magnífica villa de La Toscana, igualmente propiedad de Enzo, en la que decidimos unir nuestras vidas para siempre.

Isabella, la diseñadora, fue la encargada de confeccionar mi vestido de novia a medida. Yo tenía claro que lo quería de corte sirena y rematadamente sexy.

Aunque la esencia de las personas no cambia y yo me sentía orgullosa de quién era, sí lo hace la forma de encarar la vida. Y ya os aseguro que nada habitaba en mi interior de aquella chica que se consideraba tan poquita cosa y que un día llegó a casa de Enzo con tanto miedo como vergüenza.

Decidida, avanzaba hacia el altar (nos casamos por la iglesia, pues Enzo y Allegra anularon su matrimonio). Por cierto, que allí estaba ella junto con Darío, pues esa relación prosperó. También estaban Anna y Carlos Alberto, es decir, mi suegra y su pareja, quienes habían decidido pasar algunas temporadas en Roma para disfrutar más de la familia.

Mis niños mayores, Ginevra y Mateo, a quienes yo adoraba, vivían ya la mitad del tiempo con su madre y la otra mitad con nosotros, todos en Roma, por lo que las cosas no podían marchar mejor.

Adriana, nuestra pequeña, era un rollizo bebé que nos tenía a todos con la baba caída y que se había convertido en el juguete preferido de sus hermanos mayores, que se pasaban la vida pendientes de ella.

Por muy millonario que fuera Enzo, y cada vez lo era más, la nuestra fue una boda privada porque así lo decidimos. Una a la que asistieron sus mejores amigos y también los míos, por lo que no faltaron ni Sofía ni Aurora, su madre, esas mujeres que me echaron el cable en el momento en el que más lo necesitaba.

La boda fue sencillamente deliciosa, de día, como nosotros deseábamos. Nos convertimos en marido y mujer ante del mediodía para luego celebrar un fantástico convite que duraría hasta la cena.

De ella guardamos los más gratos de los recuerdos, como el momento en el que, bajo la atenta mirada de Anna, Ginevra y Mateo dijeron unas palabras que convirtieron mis ojos en dos ríos, al comentar que ya me consideraban una segunda madre. Y todo ello con Adriana en brazos, que estaba para comérsela.

Enzo también pidió la palabra antes del corte de la tarta y me dedicó unas palabras que jamás olvidaré.

—Amor, por motivos que muchos no conocen, tengo que decirte que nuestros comienzos fueron turbulentos. Nunca hubiera creído en una historia que comenzase así, pero tú me has demostrado que eres tan grande que cuentas con la capacidad de hacerme cambiar de opinión con solo pestañear. Cuando una vez creí perderte, supe enseguida que debía seguir tu rutilante estrella, pisándote los talones allí donde fueses y trayéndote de vuelta a casa. Y si hago el símil con una estrella no es por casualidad. Tú brillas con luz propia y siempre brillarás, Nicole. Tú eres el faro que alumbró mi camino y, junto con mis tres hijos, te has convertido en el pilar de mi vida. Te quiero con todo mi corazón, mi pequeño colibrí.

Él me consideraba el faro de su vida. Y yo creía que los faros de la mía eran sus dos ojazos verdes, esos que se habían convertido en mi razón de existir y que había heredado Adriana.

El día estuvo plagado de anécdotas memorables y tras él nos fuimos de viaje de luna de miel a Australia. Primero pasamos unos días solos, tras los cuales, hicimos llegar hasta allí a los niños acompañados de su abuela y del compañero de esta, quien se mostraba encantado de ejercer igualmente de abuelo. Por surrealista que pueda parecer, no tanto si se tiene en cuenta que formábamos una moderna familia, hasta vinieron a visitarnos Allegra y Darío en la última etapa de ese magnífico viaje en el que recorrimos Australia al completo, comentándonos que también estaban pensando en boda.

Atrás dejamos unos desgraciados acontecimientos que fueron a dar con los huesos de Giulia en la cárcel por mucho, mucho tiempo. Yo, que tanto había temido perderla y quedarme sola en la vida, me sentía más amada y acompañada que nunca, y pronto aprendí a considerarla muerta de veras, como un día ella nos hizo creer.

La nuestra fue la luna de miel más bonita del mundo, una que sirvió de pistoletazo de salida a una vida en la que ya todo tenía que salir bien, más que nada porque no podía salir mal cuando solo estábamos rodeados de amor. Amor... Esa palabra tan corta y con un significado tan amplio. Amor del bueno fue el que me regaló Enzo desde

el mismo momento en que me abrió su corazón para mostrarme sus sentimientos. Y desde entonces lo dejó abierto para que yo me instalase en él, anidando como el pequeño colibrí que siempre fui para él.

s

l

.

el mismo momento en que me abrió su corazón para mostrarme sus sentimientos. Y desde entonces lo dejó abierto para que yo me instalase en él, anidando como el pequeño colibrí que siempre fui para él.

Epílogo



Cinco años después...

Anna y Carlos Alberto también se casaban. Y nosotros volábamos hasta el Caribe en un avión privado en el que igualmente volaban Allegra y Darío, quienes contrajeron matrimonio un año después que nosotros.

Sí, un buen puñado de bodas celebradas y mucho amor repartido en unos años en los que todos seguíamos siendo familia.

En cuanto a los niños, Ginevra y Mateo ya no eran tales, sino un par de adolescentes que habían comenzado su andadura universitaria y de los que estábamos muy orgullosos.

En lo referente a los pequeños, allí viajaban Adriana, que tenía cogido de la mano a nuestro hijo Hugo, pues fuimos padres de nuevo de un niño al que le impusimos el nombre de ese otro que un día nos ayudó a encontrar a la niña de nuestros ojos.

Por parte de Allegra y de Darío, también contábamos con un bonito bebé recién nacido, Alessandro, porque aquella abogada que se negaba a ampliar la familia al final recibió la visita de la cigüeña.

Anna y Carlos Alberto, por tanto, vieron ampliado en mucho su número de nietos y, aunque ya comenté que pasaban bastantes temporadas con nosotros, no renunciaban a vivir también en ese Caribe que tanto les entusiasmaba y que era el mejor marco para celebrar una boda desenfadada como fue la suya, acorde con su carácter.

Incluso en la distancia me había encargado yo de muchos de los detalles de esta, porque me hice decoradora e interiorista, pero luego me especialicé en la organización de eventos, que era algo que me entusiasmaba al máximo.

Las familias más reconocidas de Roma me llamaban para que me hiciera cargo de sus fiestas y yo disfrutaba una barbaridad cuando veía cómo confiaban en mi criterio y me dejaban hacer.

Sin duda que la playa era el mejor telón de fondo para la boda de los que yo ya consideraba mis suegros. Anna, que nunca conoció el amor al lado del padre de Enzo, lo estaba saboreando al máximo gracias a ese hombre junto

al que encontró una segunda oportunidad que no dudó en paladear.

Y hablando de sabores, el caribeño fue el que predominó en una idílica boda en la que todos bailamos al son de los más ardientes acordes. En ella, tanto Enzo como yo rememoramos la nuestra, esa que guardábamos en nuestros corazones como un tesoro.

Un tesoro, en realidad, fue todo lo que me ocurrió junto a él desde que le conocí. El padre de mis hijos era el hombre más ardiente y a la vez más romántico que yo hubiera podido imaginar.

Si hablo con el corazón en la mano, y me gusta hacerlo así, yo nunca me hubiera figurado que pudiera existir un hombre como él: un hombre que me comprendiese con solo posar sus ojos en mí.

Ni uno solo de los momentos que compusieron aquellos años me volví a sentir sola... Ni uno solo porque Enzo supo llenar mi vida de tanto amor que me salió a borbotones del pecho.

El hombre que tanto me amaba en público lo hacía aún más en privado. Él me había apoyado y hasta servido de inspiración para transformarme en la mujer en la que me había convertido, en una empresaria segura de sí misma, en una madre de familia feliz y en una esposa enamorada hasta la médula de mi flamante marido.

A los años solo les pido que nos sigan regalando tantas cosas buenas como hasta el momento. Cada segundo que paso al lado de Enzo es un diamante para mí, un diamante que ambos hemos sabido pulir, pues nos conocemos tanto el uno al otro que en ocasiones nos resulta asombroso.

Felicidad, en estado puro, es para mí compartir la vida con él y con nuestros hijos. Felicidad es saber que, pase lo que pase, ahí estaremos el uno para el otro.

Cuando Anna y Carlos Alberto se dieron el “sí, quiero”, ambos murmuramos de nuevo esas palabras, por lo bajini renovando una promesa que un día nos hicimos y que estamos más que dispuestos a llevar hasta sus últimas consecuencias, a que nos acompañe hasta el final de nuestros días.

Amo a Enzo Bianchi con todas mis fuerzas y prometo que me siento amada por él de la misma manera. Esta es mi historia y así os la he contado. Ojalá os haya podido transmitir la mucha emoción que he deseado poner en su relato, partiendo de la base de que mi marido puso a latir mi corazón.

al que encontró una segunda oportunidad que no dudó en paladear.

Y hablando de sabores, el caribeño fue el que predominó en una idílica boda en la que todos bailamos al son de los más ardientes acordes. En ella, tanto Enzo como yo rememoramos la nuestra, esa que guardábamos en nuestros corazones como un tesoro.

Un tesoro, en realidad, fue todo lo que me ocurrió junto a él desde que le conocí. El padre de mis hijos era el hombre más ardiente y a la vez más romántico que yo hubiera podido imaginar.

Si hablo con el corazón en la mano, y me gusta hacerlo así, yo nunca me hubiera figurado que pudiera existir un hombre como él: un hombre que me comprendiese con solo posar sus ojos en mí.

Ni uno solo de los momentos que compusieron aquellos años me volví a sentir sola... Ni uno solo porque Enzo supo llenar mi vida de tanto amor que me salió a borbotones del pecho.

El hombre que tanto me amaba en público lo hacía aún más en privado. Él me había apoyado y hasta servido de inspiración para transformarme en la mujer en la que me había convertido, en una empresaria segura de sí misma, en una madre de familia feliz y en una esposa enamorada hasta la médula de mi flamante marido.

A los años solo les pido que nos sigan regalando tantas cosas buenas como hasta el momento. Cada segundo que paso al lado de Enzo es un diamante para mí, un diamante que ambos hemos sabido pulir, pues nos conocemos tanto el uno al otro que en ocasiones nos resulta asombroso.

Felicidad, en estado puro, es para mí compartir la vida con él y con nuestros hijos. Felicidad es saber que, pase lo que pase, ahí estaremos el uno para el otro.

Cuando Anna y Carlos Alberto se dieron el “sí, quiero”, ambos murmuramos de nuevo esas palabras, por lo bajini, renovando una promesa que un día nos hicimos y que estamos más que dispuestos a llevar hasta sus últimas consecuencias, a que nos acompañe hasta el final de nuestros días.

Amo a Enzo Bianchi con todas mis fuerzas y prometo que me siento amada por él de la misma manera. Esta es mi historia y así os la he contado. Ojalá os haya podido transmitir la mucha emoción que he deseado poner en su relato, partiendo de la base de que mi marido puso a latir mi corazón.

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

Amazon: relinks.me/AitorFerrer

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

Amazon: relinks.me/AitorFerrer